



Soy toda oídos

Kim Hye-jin

Pasa sus jornadas en calma y en silencio. Si bien esa es la impresión que da al observarla desde fuera, su interior es un cristal quebradizo que se rompe de un golpe y no se restaura con facilidad. Lo que alguna vez se dañó no puede volver a su estado original. Aunque lo sabe bien, no pierde la esperanza de recuperar su templo de antaño. Es un anhelo imposible. Un deseo inalcanzable.

Traducción de Irma Zyanya Gil Yañez y Minjeong Jeong

las afueras

TABLE OF CONTENTS

[Soy toda oídos](#)
[Créditos](#)
[Las afueras](#)

Soy toda oídos

f

Kim Hye-jin
**SOY TODA
OÍDOS**

Traducción de Irma Zyanya Gil Yañez
y Minjeong Jeong

las afueras

Créditos

Título de la edición original: 경청 - *Gyeongcheong*

© 경청 - *Gyeongcheong* by 김혜진 - Kim Hye-jin

© 김혜진 - Kim Hye-jin, 2022

All rights reserved.

Originally published in Korea by Minumsa Publishing Co., Ltd.

Published in arrangement with Kim Hye-jin c/o Minumsa Publishing Co., Ltd, and Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción, Irma Zyanya Gil Yáñez y Minjeong Jeong

© de esta edición, Editorial Las afueras, 2024

Av. Diagonal, 534, 2o 2a

08006 Barcelona

ISBN:978-84-127570-3-3

Dirección editorial: Magda Anglès y Francisco Llorca

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer

Producción: Bet Nel·lo

Imagen de la cubierta: Lorena Rivega, *Quiero una barca* (detalle)

Maquetación: María O'Shea

Corrección: Maitane Dóniz Fuentes

This book is published with the support of the Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea)

Para el periodista Seongmok Lee.

Señor Lee:

Soy Haesu Im. Supongo que esta carta lo tomará por sorpresa. Podría ser que, incluso, ya no recuerde mi nombre. Lo que unos llevan consigo hasta la muerte, otros lo descartan con facilidad. No entiendo cómo estos pueden continuar con su vida como si nada, a pesar de que quienes no olvidan se mantengan en constante agonía.

Aunque, posiblemente, en la vida ocurran cosas más increíbles que esto.

Aparento seguir viva; vivo estando muerta. Me encuentro en un estado en que da lo mismo vivir que morir. Si usted me viera en estos momentos, comprendería de inmediato que es posible existir de esta manera. Me imagino que sabe el porqué.

En Internet aún se pueden encontrar los reportajes que usted redactó, aquellos en los que habló de mí. Todavía no puedo entender cómo fue capaz de escribir esos artículos sin molestarse en verificar los más mínimos detalles.

Tampoco comprendo por qué, a pesar de que se lo pedí incontables veces, se negó a borrarlos. Por más que lo pienso, no entiendo cómo pudo negarse a una petición tan

En este punto, la mujer se detiene y baja el bolígrafo. Una mancha de tinta que le ha teñido el dorso de la mano deja una marca negra en la parte inferior del papel donde no hay nada escrito. Ya no sirve. Tiene que empezar de nuevo. Sin embargo, sabe que la razón no es el borrón de tinta, sino que esta carta no consigue transmitir sus sentimientos. El léxico es mediocre y el estilo es demasiado cortés y apacible.

Mira los vocablos que ha elegido. Luego toma el bolígrafo y tacha «supongo», «muerte», «agonía». Cambia «llevan consigo hasta la muerte» por «cargan consigo», además de reemplazar «nombre» por «existencia». No obstante, no logra acabar por completo con la cautela y la indecisión que empapan esa carta.

Con estas palabras y frases ordinarias no puede expresar los sentimientos que la asaltan constantemente, lo que la parte y lo que la quema, lo que la abrasa y lo que reaviva las brasas. Se quedan cortas.

Había vivido mucho tiempo sin expresar lo que sentía. Si bien había pasado por momentos duros de sobrellevar, con facilidad los olvidaba y, en general, le habían parecido tolerables. Alguna vez tuvo la convicción de que podía controlar sus sentimientos. Estaba segura de que solo necesitaba esfuerzo y voluntad. Y, ahora que le es imposible hacerlo, no le queda más remedio que reconocer que, si antes lograba dominarlos, era por lo que había rodeado su vida hasta entonces, no por su propio empeño y determinación.

Dobra la carta por la mitad dos veces, se la mete en el bolsillo y sale de casa. Es la hora en la que incluso quienes dan paseos nocturnos han regresado a sus hogares. Unos borrachos fuman frente a una tienda de alimentación con las luces encendidas. Los faros de los automóviles que pasan iluminan sus rostros enrojecidos.

Sale de una estrecha callejuela y cruza una avenida de cuatro carriles en dirección a un parque oscuro y desierto. Hasta hace unos años, este lugar había sido campo de batalla entre modestos bares que, alumbrados con bombillas de varios tonos y sin pantalla, dejaban entreabiertas sus puertas de cristal cubiertas con vinilos adhesivos a la espera de clientes. El interior que se divisaba a través de las rendijas era burdo y decadente, además de un tanto melancólico. Parecía un puerto tosco en el que atracaba todo lo que la corriente trajera a flote.

Ya no queda rastro alguno de eso.

Hay edificios de apartamentos colocados a igual distancia entre sí, además de caminos amplios hechos con pulcros bloques de cemento y tiendas cuyo interior se aprecia con claridad a través de cristales transparentes. La gente se mueve de un lado a otro acostumbrada al nuevo panorama, como si se hubiera olvidado del paisaje antiguo. Si bien es cierto que quedan pocos que aún recuerden el pasado de este lugar.

Camina por el largo paseo del parque. Se esfuerza por recuperar la calma en medio de la

serenidad y las luces apacibles. La primavera se acerca. Se concentra en la estación que la rodea. Cada vez que sopla el viento, la sombra proyectada por las hileras de árboles se agita sutilmente. Aquellas siluetas que en invierno no son más que raquílicas líneas comienzan ya a recuperar su forma. En los meses venideros se seguirán agrandando terriblemente.

Pasear en mitad de la noche es, en muchos sentidos, beneficioso y seguro.

En la claridad diurna todo se revela, a la gente le gusta fisgonear sobre lo que está al descubierto. Solo de noche, cuando la visibilidad es escasa, se adormila la atroz curiosidad de los demás. Tras dar una vuelta más por el parque, moviéndose por las zonas oscuras, por fin se detiene frente al cubo de basura junto a la entrada. Luego saca la carta bien doblada y la hace pedazos, como si así se deshiciera de los sentimientos contenidos en el papel, como si no fuera a permitir que la controlaran de nuevo.

Al llegar a la callejuela frente a su casa, encuentra a dos de sus vecinas en plena trifulca.

—Por Dios, ¿por qué les pones comida justo frente a las casas ajenas? —grita una baja y encorvada que está de espaldas.

—Señora, esta no es la puerta de su casa, es la calle. Por aquí pasa la gente —replica otra que es relativamente más alta y a quien tampoco puede ver de frente.

—Bueno, entonces, ¿por qué les dejas comida a los gatos en la calle por donde pasa la gente? Si tanto te gustan, ponla en tu casa. ¿Por qué tienes que venir a jorobar a este barrio?

—¿Y cómo estoy jorobando? Ellos también necesitan alimentarse para vivir. ¿En qué le afecta a la gente que yo les dé comida? Usted es la que me molesta a mí.

La voz de una es agresiva y la de la otra, defensiva. Una blande una lanza y la otra, un escudo. No obstante, ninguna de las dos da indicios de rendirse.

Se oye una canción popular desde un coche que sale de la callejuela. Esa melodía triste y melancólica se va alejando poco a poco. La mujer se pega a un camión aparcado ilegalmente. Para llegar a su casa, tendrá que pasar por donde discuten y alguna de ellas podría reconocerla. Es posible que le dirijan la palabra, que le pidan que se ponga de su lado, le lancen preguntas o le digan cosas innecesarias.

Unos días atrás fue víctima de un ataque así en el supermercado.

Sucedió cuando estaba en la sección de productos frescos, empapelada con ofertas como 2x1, superdescuentos y rebajas de última hora. Una persona que la había estado mirando de soslayo desde el puesto del apio y las lechugas romanas se le acercó.

—¿Acaso no es usted la doctora Haesu Im? Sí, ¿verdad? Qué sorpresa encontrarla aquí. ¿Vive en este barrio? —preguntó.

Se trataba de una señora que llevaba una rebeca azul, una cesta amarilla colgada del hombro y, sobre su cabeza, unas enormes gafas de sol que parecían a punto de caerse.

Sin dejar que respondiera, la miró a los ojos y continuó:

—No sé cómo se tomará lo que le voy a decir, pero la verdad es que no estoy de acuerdo en que lo sucedido haya sido totalmente culpa suya. La gente opina sin tener ni idea. Solo le gusta discutir. No debería darle importancia.

Al escucharla, la mujer sonrió. No, más bien, lo intentó. Sin embargo, sentía con claridad que los músculos del rostro se le agarrotaban como si se le paralizaran.

—La verdad, creo que usted debería haber tomado medidas más rigurosas cuando empezaron a salir todos esos artículos criticándola. A esas personas solo es posible cerrarles el pico con mano dura. En cuanto notan un dejo de vacilación, arremeten en su contra. No se puede lidiar con gente así.

La mujer bajó la mirada hacia la alta pila de lechugas iceberg que más bien parecía una torre y no le quedó más remedio que aguantar. Si no se hubieran caído las de la cima, si no se hubiera derrumbado con estrépito ese cúmulo en forma de pirámide, si no hubiera llegado corriendo un empleado a levantar ese pequeño desastre, habría tenido que quedarse ahí de pie escuchando tales descortesías hasta que esa señora decidiera terminar su soliloquio.

—Yo no soy así. No piense que soy como esos chismosos —afirma la señora.

Palabras que trazan líneas entre ella y los demás, que la alejan de todos, que presumen de su honradez y su equidad. No obstante, para la mujer no había diferencia entre una y otros, porque ambos la hacen evocar tiempos pasados, porque son la evidencia de que nada se olvida, porque son una advertencia de que su nombre quedará en boca de todos sin importar cuanto tiempo pase. Es posible que solo se trate de su sentimiento de culpabilidad y victimismo. De cualquier modo,

no quisiera dejarse arrastrar por las opiniones de los demás. No quisiera involucrarse aún más en ese asunto, en nada de eso.
Al volver la cabeza, una bolita amarilla se esconde velozmente debajo del camión.

* * *

Su día a día es muy ordenado.

Se despierta a las ocho de la mañana y hace unos estiramientos ligeros aún acostada sobre la cama. Se lava los dientes y toma un vaso de agua. Luego abre la ventana y escucha la radio mientras toma una taza de café. Por lo general, pone un programa basado en historias triviales contadas por los radioyentes. Desayuna ya tarde, hacia de las diez de la mañana, y hace las labores de la casa hasta el mediodía. Después de esa hora, el tiempo pasa más rápidamente. De pronto dan las dos, luego las tres y, al fin, llega la tarde.

Lo que hace antes de la cena es, más que nada, escribir. Redacta una carta a mano y, en ocasiones, un correo electrónico. Es su labor más importante del día. Comienza con un saludo convencional y luego va colocando palabras que selecciona con mucha cautela, como si fueran un camino de piedras sobre un arroyo, hasta que termina por perder el rumbo entre una avalancha de palabras. Al anochecer, toma la carta sin terminar y sale a dar un paseo. Camina por el parque poco más de una hora, se deshace de ese escrito elaborado con gran esfuerzo y, solo al volver, encuentra el alivio de haber concluido un día más sin contratiempos.

Pasa sus jornadas en calma y en silencio.

Si bien esa es la impresión que da al observarla desde fuera, su interior es un cristal quebradizo que se rompe de un golpe y no se restaura con facilidad. Lo que alguna vez se dañó no puede volver a su estado original. Aunque lo sabe bien, no pierde la esperanza de recuperar su temple de antaño.

Es un anhelo imposible. Un deseo inalcanzable.

Quizás sigue con su día a día de esta manera porque se aferra a esa esperanza.

Una noche, al volver de su paseo, vuelve a ver una figura amarilla que se oculta debajo del camión. Es un gato. La mujer se arrodilla a un costado del vehículo aparcado. El felino agazapado la mira con ojos resplandecientes.

—Conque tú eres el que ocasiona las peleas entre los vecinos —dice en voz baja estirando una mano hacia él.

El gato, encogido, abre un poco el hocico en señal de alerta. Es pequeño. No es un cachorro, pero tampoco es adulto.

—Ven.

Ella inclina la cabeza y estira la mano un poco más. Se oyen voces que se acercan y se alejan. Dos motocicletas salen de la callejuela a toda velocidad, como si estuvieran echando una carrera. El minino mira el entorno agachando las orejas con temor y sin bajar la guardia.

—Tienes mucho miedo, ¿verdad?

En el momento en que se levanta, el gatito lanza un maullido. La mujer se agacha de nuevo para mirarlo debajo del camión y el animal vuelve a maullar.

Le descubre una herida rojiza en la frente. Es una costra de sangre. Con la cabeza totalmente inclinada hacia un lado, la mujer la observa con detenimiento. Es color granate, del tamaño de una moneda, ha comenzado a tornarse negruzca y supura por los bordes. Esto no es todo. Una de sus patas delanteras está tan hinchada que parece llevar un guante. De cualquier modo, la esconde bajo el cuerpo en cuanto ella se acerca a examinarlo mejor.

En la tienda de alimentación cercana, la mujer compra leche y pechuga de pollo cocida para saciar el hambre de esa pequeña criatura; o, quizá, para salvarlo del abismo cubierto de colillas, bolsas de plástico y otros muchos tipos de basura; no, mejor dicho, para volver a dejarse llevar por el victimismo a través de ese desafortunado ser.

El animal agazapado debajo del camión le recuerda su miserable situación y la cruel realidad a la que ella misma está condenada. Qué fácil es encontrar en ese gato callejero el reflejo de sus penas y aflicciones, de su llanto e ira. Logra la victimización absoluta; una autocompasión sin fin.

Al regresar con los alimentos, el gato ya se ha marchado. Lo espera no poco tiempo, pero él no aparece, como si adivinara sus intenciones. La mujer regresa a su casa y guarda en el frigorífico

lo que compró.

* * *

No se queja de este patrón de vida que lleva desde hace ya un año.

Sin embargo, no sabe cuánto tiempo será capaz de seguir viviendo de este modo. Bien sabe que esta monotonía no va con ella. Entiende mejor que nadie que no encontrará satisfacción en esta insípida rutina. Esperaba muchas cosas. Tenía infinidad de sueños. Nunca se habría imaginado que su existencia se desplomaría así, que se quedaría sin peculiaridad ni carácter alguno.

Cayó en una vida sin más. No le extrañaría que, en realidad, se tratara de la historia de otro, pues ella ha dejado de llevar el timón.

La tarde del día siguiente, lo vuelve a ver. El gato, que asomaba su cabeza desde debajo del camión, se esconde de inmediato en cuanto la ve acercarse. Ella se pone en cuclillas con cuidado a un lado del vehículo y saca lo que había preparado. Sirve la leche en un vaso de papel y al lado coloca un pedazo de pechuga de pollo.

—Come. Anda, prueba esto.

Intenta persuadirlo con dulzura, pero el animal ni siquiera se inmuta. No hace más que observar atento con brillantes ojos cada uno de sus movimientos. ¿Esa pertinaz desconfianza al exterior será innata? ¿Acaso no le ha quedado más remedio que aprender a temer? Sea como sea, esa cautela vuelve su vida más dura y solitaria. Los pensamientos de la mujer, de nuevo, se inclinan a la autocompasión. Da un paso hacia atrás esforzándose porque la melancolía no la devore.

El gato demuestra interés sacando la nariz.

—Oiga —le dice alguien.

Al girarse, se encuentra con una niña. Bueno, para ser una niña, es bastante grande. Cruza la mirada con ella mientras evalúa si aún se trata de una estudiante de primaria o si es de secundaria.

—Si se lo da así, en pedazos grandes, no se lo va a poder comer con esa boca tan pequeña que tiene. ¿Eso es pechuga de pollo? Hace rato tomó comida para gatos.

—¿Lo conoces?

Cuando la mujer se pone en pie, la niña le parece relativamente pequeña. Esta se cambia de un hombro al otro una enorme mochila mientras da unos ligeros saltitos sin avanzar.

—¿A ese gatito? Claro. Oiga, pero ¿eso no es pechuga de pollo de la que comemos nosotros? No es bueno darles comida de humanos. Como está condimentada, les daña los riñones.

—Ah, ¿en serio? —responde volviéndose a mirar la carne blanquecina sobre el suelo.

Ese alimento, que tan apetitoso se veía sobre el plato, ahora le parece sospechoso. No sabe si debería alzarlo o dejarlo ahí. La niña de pronto inclina el torso y se asoma debajo del camión. La enorme mochila le cae hacia delante y los objetos dentro hacen ruido al moverse.

—Ah, pero esta pechuga sí la puede comer porque no está sazónada. Yo también la como a veces. Es bastante insípida —dice la niña y luego se acucilla.

Enseguida comienza a rebuscar en su mochila. Sus movimientos son bruscos y repentinos. Se comporta con naturalidad sin que le importe quién esté a su lado, lo cual sosiega un tanto la cautela de la mujer.

—¿Podría darle esto la próxima vez? Le gusta mucho.

—¿Qué es?

—Se llama Churu. Es una golosina para gatos que te deja los dedos apestosos si la tocas.

Un coche mediano pasa por la callejuela tocando la bocina. Ambas se pegan al camión todo lo posible. El rostro de la niña brilla por el sudor y su cuerpo despidе un aroma acre. Es un olor a fatiga propio de quien no ha parado de moverse en todo el día. La mirada de la mujer se pasea por los calcetines deportivos, la muñequera en un solo brazo y la firme coleta.

—Ábralo un poco por aquí y presione para dárselo. Como el gatito no se acerca, coloque un poco sobre el suelo.

La mujer toma el Churu que le ofrece la niña. Nunca ha pasado tanto tiempo conversando con alguien de este barrio. No es que no conozca a nadie, pero incluso esas pocas personas han olvidado ya cómo hablar con ella. Ahora la juzgan y opinan. Quieren darle consejos y orientación, como si disfrutaran manteniéndola encerrada en aquel asunto del pasado.

—Conque esto les gusta a los gatitos. ¿Cuánto te debo? —pregunta hurgando en sus bolsillos.

—No tiene que pagarme —replica la niña de inmediato—. A mí me lo dio una señora. Cuando vuelva a ver al gato, póngale más —insiste y, de pronto, señala debajo del camión.

El minino ha salido y lame la leche del vaso de papel. Se sostiene en tres patas, con la lastimada colgando en el aire, en una postura incómoda, pero sin perder el equilibrio. Así atrapa unos instantes sus miradas.

—¿Ve lo hinchada que la tiene? Hace unas semanas estaba aún peor. Ni siquiera podía caminar bien —explica la niña.

Al darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor, el gato vuelve a esconderse debajo del vehículo. La mujer no entiende por qué la niña le cuenta estas cosas ni por qué ella misma conversa así con alguien a quien ve por primera vez. Y, sin embargo, no se mueve de ese sitio.

—Una señora que le da de comer me aseguró que ya está fuera de peligro. Me contó que es más fuerte de lo que la gente piensa y que por eso ha resistido. Me explicó que los gatos callejeros no son como la gente cree, sino que son muy inteligentes y valientes.

A la mujer le agrada lo que escucha. Por debajo del coche, se asoma un poco la cabeza del felino. Ahora que lo ve de nuevo, le parece distinto. La mujer le pregunta a la niña algo más sobre el gatito: cuándo suele aparecer, dónde come y quién le da el alimento, su edad aproximada, cuándo se lastimó y demás. La niña le responde con diligencia. No obstante, en cuanto suena su móvil, de inmediato cierra la mochila y se despide.

—Me tengo que ir.

—Ah, ¿cómo te llamas?

—Sunmu. Se lo puse yo —responde antes de marcharse.

La mujer asiente sin más, aunque no le había preguntado el nombre del gato, sino el suyo. Y, cuando la niña ya se ha alejado bastante, a la mujer se le ocurre algo más:

—¿Sabes cómo se lastimó?

—La gente nunca me cree cuando digo que estoy en tercero de primaria. ¡Pero juro que es verdad! —responde la niña sin relación alguna de nuevo.

Al parecer, no oyó bien la pregunta por el ruido de los coches. Luego cruza la calle y se pierde detrás del tráfico.

* * *

Querida Juhyeon:

Te he llamado varias veces, pero parece que no puedes contestar. ¿Cómo te ha ido? Yo me encuentro mejor. Al menos, eso intento y, afortunadamente, sé lo importante que es esforzarse por ello.

Supongo que tienes claro que estaba muy nerviosa la última vez que nos vimos. No era para menos. No me encontraba en mis cabales. Recuerdo que insistías en que pronto todo pasaría, que tenía que soportarlo, que no empeorara más las cosas.

Aunque era consciente de que lo decías por mi bien, en aquel momento tus consejos me cayeron como un balde de agua fría. Sentía que presagiabas que, en adelante, lo arruinaría todo. Me moría de miedo. Para ocultarlo, no hice sino gritar e insultar a la persona más cercana a mí.

Me equivoqué. No sé por qué dije esas cosas. Te pregunté si te alegraba que hubiera caído en desgracia. En tono burlón, insinué que disfrutabas viéndome en ese estado y saqué a colación las dificultades por las que tú tuviste que pasar. Sí, lo hice para recordarte que tú también habías vivido un infierno. No entiendo cómo pude comportarme de tal forma.

Al verme despotricar como una desquiciada, dijiste que te marchabas. ¿Qué habrás pensado en ese momento? Es posible que ese fuera el instante en que nuestra relación se quebró. En cuanto saliste y se cerró la puerta, yo guardé silencio. No pude seguir hablando porque rompí a llorar. Recuerdo haber llorado sin consuelo durante mucho tiempo. Pensaba en lo que había perdido y en lo que iba a perder, mientras me lamentaba por mi vida que caía en picado.

En ese momento, no se me ocurrió que fueras una de las cosas más importantes que había dejado ir. Lo cierto es que, por aquel entonces, ni siquiera era capaz de darme cuenta de eso.

Deja de escribir y vuelve a leer la carta. La repasa una y otra y otra vez, hasta reconocer que solo se engaña a sí misma.

¿Lo que busca es recuperar a Juhyeon? ¿Quiere pedirle disculpas? No. Ella bien sabe que no es eso lo que pretende expresar en realidad. Lo que intenta es defender a su yo de aquel entonces y alegar que se comportó así porque, en aquellas circunstancias, no le quedaba más remedio. Por eso, esta carta, de nuevo, está mal escrita.

De noche, de regreso del paseo tras desecharla, deambula cerca del camión donde por lo general se encuentra Sunmu. Ha comprado unos cuantos Churu después de ponerle el que la niña le regaló la vez pasada. Esta vez lleva tres con diferentes ingredientes y sabores.

Nunca se había interesado así por un animal.

Durante mucho tiempo fue una terapeuta muy capaz que trataba, básicamente, a personas. En aquel entonces, creía que podía controlar a su voluntad los sentimientos y los estados de ánimo de sus pacientes. En dicha convicción se basaban los consejos que les daba con total seguridad a quienes llegaban a ella con diferentes sentimientos o estados mentales. En su existencia no había lugar para los animales, las plantas ni nada que no fuera gente. Su vida estaba colmada solo por cosas relacionadas con lo humano. Era una vida por completo humana. No, ¿de verdad es adecuado calificarla así?

La mujer trata de detener esos pensamientos que escapan a su control y mira a su alrededor. Después de un rato, encuentra a Sunmu, que no está debajo del camión aparcado de manera ilegal, sino sentado sobre un muro observando los coches detenidos.

Tiene la cara del tamaño de un puño, la naricita rosada, las orejas puntiagudas y relativamente grandes, y unas patas pequeñas que ocultan unas garras afiladas. El pelaje amarillo le comienza en la frente y, como si dibujara un mapa, le cubre la espalda hasta abrazarle la cola por completo. No solo aprendió estas cosas del minino, sino muchas más.

Se saca un Churu del bolsillo y se acerca con cautela. Sunmu mira a su alrededor, un indicio claro de que duda entre quedarse o huir. Es una buena señal. Incluso después de que la mujer se le acerque bastante, se queda en su sitio.

—¿Quieres una golosina? Mira, es la que te gusta.

Abre el envoltorio por un extremo y exprime el contenido sobre el suelo. Se siente ridícula en esa pose, con el cuerpo lo más alejado posible y los brazos extendidos. Una figura redonda aparece de pronto detrás de Sunmu. Se trata de otro gato, Cami, con el pelaje totalmente negro. La mujer saca otro paquete. Sin recelo alguno, Cami se acerca y, tras devorar la golosina, le lanza un maullido.

—¿Quieres más?

Cami no desconfía. Comparado con Sunmu, demuestra más candidez e inocencia. ¿Estas características serán un perjuicio o una ayuda para estos seres que deben vivir en la calle? ¿Estos dos serán amigos, familia o no tendrán relación alguna?

Para ahuyentar esos pensamientos inútiles, saca una golosina más. De nuevo, Cami la devora en un parpadeo. Sunmu los observa unos pasos atrás, inmóvil y dispuesto a lanzarse sobre la mujer al más ligero movimiento sospechoso, como si no tolerara el más mínimo error.

Cami saca su pequeña lengua rosada y se acerca a la mujer. Podría acariciarle la cabeza con solo extender la mano. De pronto, como protegiéndolo, Sunmu se interpone. No, quizás la mujer lo ha malinterpretado. Sunmu maúlla varias veces tratando de disuadir a su compañero y luego desaparece detrás del muro. Cami mira una vez a la mujer y luego lo sigue.

En vez de volver a casa, decide caminar un poco más a lo largo del muro.

* * *

La mujer lleva tres años viviendo en este barrio.

—En poco tiempo, este será un vecindario de preciosas casas particulares. Aunque hoy en día la mayoría de las construcciones son antiguas, por aquella zona han hecho muchísimas remodelaciones. Ya lo verá. Este lado también va a mejorar —le aseguró el agente inmobiliario que visitó cuando llegó por primera vez en busca de una propiedad que comprar.

Se trataba de un hombre de mediana edad que le causó una buena primera impresión. La mujer recuerda cada detalle: la oficina bien ordenada en comparación con el desgastado exterior, las macetas con plantas de hojas lustrosas, la tranquila voz del hombre al conversar con alguien que parecía ser su esposa e, incluso, la holgura con la que ambos guardaron silencio para darle tiempo de pensar.

Ni siquiera ha podido tirar la tarjeta de la «Inmobiliaria Pureun». Sin embargo, no es lo único de lo que no ha podido deshacerse.

En aquel momento, Taeju estaba a su lado. Si bien por entonces lo encontraba, de muchas formas, incompetente y no lo suficientemente bueno, ahora le parece el esposo perfecto, que jamás podrá recuperar. Juntos recorrieron todo este barrio y al final eligieron esta casa. La construcción de una planta era vieja pero sólida. Como el diseño no era complicado, la remodelación parecía fácil. Más que nada, le gustaba el amplio espacio exterior.

Tenían planeado construir una casa nueva y recuperar el descuidado jardín. Incluso consideraron demoler la cerca, poner césped, hacer un garaje a un costado e instalar pequeñas luces. Ellos mismos planearon construir un portón de madera que les llegara hasta la cintura y unos pequeños setos, así como una terraza en la azotea. Al menos en lo que respecta a la casa, no había nada en que no hubieran pensado.

Tenían la confianza de que podrían transformar esa vieja casa y ese exterior olvidado. También contaban con los medios y la fuerza suficientes para lograrlo. Y, sin embargo, ¿cómo es que todo seguía igual que en aquel entonces? ¿Sería porque ella pospuso una y otra vez la remodelación con la excusa de estar ocupada? ¿Por la convicción de que podrían hacerlo en cuanto lo decidieran? ¿Porque los golpeó una tragedia inesperada? ¿De verdad los había embestido sin previo aviso?

De lo que ella no será capaz de deshacerse jamás es de ese futuro que podría haber tenido con Taeju, pero ¿acaso estaba él en ese porvenir que ella anhelaba? Quizás era una presencia tan familiar que la había olvidado hacía mucho tiempo. A lo mejor lo había considerado como el mero beneficiario de ese rico mañana que ella misma había cultivado.

Ahí le pone freno a sus pensamientos, toma el bolígrafo y comienza a escribir cualquier cosa. Sobre la hoja en blanco surgen desordenadas formas redondas, largas y afiladas. No se trata de letras legibles. No se siente con la seguridad de transmitirle sus palabras a Taeju. Es imposible. No puede comunicar nada de forma recta y uniforme, de izquierda a derecha.

Siempre que piensa en él, se extravía entre los recuerdos. Una existencia con acceso pero sin desembocadura. Una relación en la que, una vez que entras, no hay salida. Y ahora ni siquiera logra conjeturar qué clase de persona era ella misma para Taeju. Y ya no puede preguntarle para averiguarlo.

Poco a poco la envuelve la desesperanza.

Se viste deprisa y sale a la calle. Entonces, en vez de dirigirse al parque, comienza a caminar en la dirección opuesta por la callejuela. No es la ruta que prefiere porque, a diferencia del camino hacia el parque, que se va ensanchando e iluminando cada vez más, esta la hace pensar en ruinas que poco a poco se oscurecen y estrechan. No, quizás sea que las ruinas se encuentran en su propio interior.

Observa su casa, que se encuentra entre la calle amplia e iluminada y la callejuela angosta y oscura. Una vivienda que existe en los límites de dos mundos discordantes sin lograr pertenecer a uno u a otro. Ella camina tras los recuerdos que surgen sin orden ni concierto. Mientras tanto, evoca esos días en los que estaba convencida de que era capaz de controlar cualquier remembranza y sentimiento. Busca deshacerse de los recuerdos, pero cuanto más lo intenta, más se aferran a ella. Siente en carne propia lo despiadado que es el tiempo, que de este modo le hace comprender sus errores.

Acelera un poco el paso. Mira de un lado a otro de la callejuela en busca de Sunmu. En la lejanía, algo se guarece rápidamente a la sombra de un vehículo aparcado.

La mujer husmea debajo del coche. Cada vez que se agacha, se le va la sangre al rostro y le duele por instantes el interior de las rodillas. Ahora puede acercarse a Sunmu sin asustarlo y, además, trae en el bolsillo su golosina favorita, pero a él no lo ve por ningún lado. La gente que pasa la mira de soslayo con curiosidad.

A lo lejos descubre a un grupo de niños de pie en círculo debajo de un poste eléctrico. En medio de ellos, vislumbra un rostro que le es familiar.

Una mochila enorme, unos calcetines blancos de deporte, una coleta y constitución mayor que la de sus compañeros. Se trata de la chica que le dio el Churu. Sin embargo, parece otra persona. No desprende la vitalidad y la energía con la que le habló aquella vez, sino que la envuelve el desánimo y la vacilación. La voz de los niños se une en coro hasta convertirse en un bullicio.

Ella se queda ahí, de pie, observándolos un momento.

Minyeong Cho:

Hace tiempo que no la saludaba. ¿Cómo se encuentra?

Me imagino que está muy ocupada y se le va el día entre consultas, clases, la sociedad académica y entrevistas de todo tipo. La verdad es que no estoy de humor para dirigirme a usted de buena manera. Pero no se equivoque, tampoco tengo la intención de desmenuzar este asunto como en el pasado.

Me he estado preguntando una cosa.

Tiene que ver con lo que dijo en la junta convocada para decidir qué iban a hacer conmigo. Mentiría si le asegurara que no albergaba ningún tipo de esperanza cuando usted alzó la mano con la intención de tomar la palabra. Hasta ese momento, consideraba que éramos bastante cercanas.

Seguramente usted también tiene presente que la apoyé en sus primeros meses, incluso si eso implicaba trabajar horas extras. Cada vez que recibía una llamada o mensaje suyo a mitad de la noche, hacía todo lo posible por contestarla. No había necesidad de que yo, con quince años de experiencia en terapia, hiciera eso por una principiante como usted. Incluso alguna vez salí corriendo en plena noche para ayudarla. Lo hice porque me preocupaba que se culpara por el gran alboroto que tuvo lugar en el centro aquel día. Supongo que no olvidará que la consolé hasta el amanecer mientras usted lloraba desconsolada y exclamaba que le faltaba talento como terapeuta. Además, creo que sabe que la defendí con uñas y dientes ante el director.

Por eso no me esperaba lo que dijo. En la junta usted puso en tela de juicio mi forma de trabajar. Aseguró que se fueron acumulando quejas, algunas abiertas y otras en secreto, porque yo me mostraba irritable ante los pacientes. Si bien se trataba de un tema que no estaba relacionado con el asunto en cuestión y cuya veracidad no se podía comprobar, le presté atención para corregirlo en caso de que fuera cierto.

Quizás recuerde que la junta de aquel día no comenzó con mal tono. Tuve la sensación de que todos los ahí presentes se esforzaban por tratarme con simpatía. Usted me preguntó si de verdad había reflexionado sobre lo ocurrido, si estaba arrepentida. Yo le exigí que me explicara sobre qué debía recapacitar y lamentarme. No me quedó más opción que preguntárselo porque no entendía si se refería a mi trabajo o al asunto en el que me vi envuelta.

Yo nunca me mostré irritable con los pacientes, ni me tomé a la ligera sus palabras, como usted dijo. Tampoco hablé jamás de lo que me contaban en la consulta. De haber existido cualquier problema de ese tipo, no habría habido tal cantidad de pacientes buscándome durante tanto tiempo.

A usted no le importaba si esa pregunta tenía conexión con el incidente en el que quedé inmiscuida. Si de verdad tenía que reflexionar sobre algo, si había algún motivo por el que arrepentirme, no estaba relacionado con usted. Yo no tenía por qué escuchar nada que usted tuviera que decir. No tenía ningún derecho de cuestionarme. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me increpó de ese modo ante todos los asistentes de aquella junta?

Durante mucho tiempo no pude dejar de darle vueltas a lo que sucedió ese día.

Quería saber por qué, con qué intención me hizo usted aquellas preguntas. Sin embargo, lo cierto es que nunca encontré la respuesta. Ningún colega me había atacado de ese modo jamás. Hasta ahora yo

* * *

Pasan dos días antes de que la mujer pueda preguntar sobre lo que presencié la vez anterior.

—¿Eran tus amigos? Me refiero a los chicos que estaban contigo bajo el poste de luz.

—Podría decirse que sí —responde la niña.

—Eso significa que no.

—No. Sí lo somos. O sea, antes, sí.

El paseo que solo se atrevía a tomar a mitad de la noche lo ha ido haciendo cada vez más temprano, a tal punto que ya sale a plena luz del día. Aunque quizás se deba a que en esta época del año los días comienzan a ser más largos. Si bien ya ha desaparecido el crepúsculo que

anegaba la callejuela, la oscuridad llega a paso lento.

—¿Qué estabas haciendo ahí con tus amigos?

La niña se vuelve hacia donde señala la mujer. La calle, que en ese punto se estrecha casi un palmo, continúa.

—Solo hablábamos —responde, siguiendo la conversación con la mirada fija en el suelo.

Al verla de día, está claro que es más alta que sus compañeros. Es bastante grande, considerando que va a tercero de primaria y que es una niña. Su rostro brilla por el sudor. Cada vez que se acomoda la mochila, jadea y su camiseta amarilla se mueve al ritmo de su respiración.

La mujer reduce el largo de sus zancadas para que caminen a la par.

En vez de decirle que lo que presencié aquel día no era una simple conversación, saca otro tema. Le cuenta que hace unos días Sunmu se comió por fin el Churu que le había ofrecido. Que no se lo puso sobre una hoja de papel o de árbol, sino que el animal se le acercó para comérselo directamente del paquete.

—¿En serio? ¿Eso es verdad?

El rostro deprimido de la niña se ilumina. La afilada cautela que blandía se convierte en curiosidad.

—Por supuesto. Es sorprendente, ¿no? —miente con tranquilidad.

Al menos es cierto que vio a Sunmu. Sin embargo, aunque agitó la golosina ante sus ojos, él no se le acercó. Solo la observó con paciencia a una distancia prudente, mostrando que no se permitía ceder ante el hambre, que no le costaba rechazar esa compasión barata.

—Conque eres obstinado.

Al final, puso un poco de la golosina sobre el suelo, y no fue hasta que ella se alejó que el animal se acercó a lamerla poco a poco. No la devoró a lo loco con la cabeza gacha, sino que no apartó la mirada de la mujer para indicarle con claridad que se mantuviera lejos. Esto le provocó un sentimiento extraño. El hambre y la dignidad. Sunmu predicaba con el ejemplo que, ante estos dos elementos incompatibles, se debe elegir el más difícil.

El gato de pronto se dio la vuelta y desapareció antes de acabarse la golosina porque de pronto alguien se acercaba con pasos amenazantes. Al volver la vista, la mujer se encontró con una señora que llevaba un jersey rojo y le hablaba a gritos.

—No le des nada. Con que lo alimentes una vez, ya no nos lo quitaremos de encima.

Se trataba de la señora que ha visto varias veces en esa calle. Aquella que cada mañana y cada tarde sale a pasear a su perro de raza Jindo. Las dos casas que se encuentran al lado de la de Haesu en dirección al parque están vacías, así que debe de vivir en una de las viviendas que siempre tienen nuevos inquilinos y que están hacia el otro lado, en las callejuelas.

—Ay, no. De verdad que no lo entiendo. Si tanta lástima le tenéis, lleváoslo a vivir con vosotros. No entiendo por qué traéis aquí a todos los gatos de este vecindario. Les dais de comer y dejáis tirados todos los envoltorios y las bolsas. ¿Sabes cuántas moscas aparecen en verano? Y tanta comida también atrae a las palomas por la mañana. ¿Qué tenéis en la cabeza? —escupió la mujer a modo de advertencia y luego se dio la vuelta.

Como había supuesto, se fue por la callejuela en dirección opuesta al parque.

Y ahora ella y la niña caminan en esa dirección.

—Entonces, ¿ha tocado a Sunmu? Aún no lo ha podido acariciar, ¿verdad? —preguntó la niña con pasos más alegres.

—No, pero creo que lo haré pronto.

—¿De verdad? Yo pienso que no. No permite que nadie le ponga un dedo encima, nunca.

Las dos se adentran en lo profundo de la callejuela. El paisaje parece ser el mismo, pero va cambiando de forma gradual. Al salir de la zona de casas adosadas, llegan a un barrio abarrotado de apartamentos bajos que da paso a un área salpicada de viviendas provisionales por aquí y por allá. Caminan un poco más hasta encontrar una pendiente suave. No es un monte, ni una loma, sino solo una tierra yerma.

—Es aquí.

En ese terreno baldío al que corre la niña hay coches abandonados a punto de convertirse en chatarra. En un extremo hay una caja cuadrada de madera, dentro de la cual hay dos cuencos, uno de comida y otro de agua. Este último está tan lleno de tierra y hojas secas que parece un estanque, mientras que en el primero solo hay un poco de pienso. La niña pone más comida y cambia el agua.

La mujer vigila a unos pasos de distancia sus movimientos. No es un buen lugar para alimentarse. Hay moscas muertas y secas, además de colonias densas y apiñadas de hormigas; es demasiado desolado como para saciar el hambre. Es un sitio terrible para ofrecer consuelo a un alma y un cuerpo cansados.

¿Este sentimiento habrá surgido de su autocompasión? ¿La vida de los animales callejeros será una excusa para compadecerse de la suya propia? Alza la voz como si así pudiera espantar los sentimientos que la asaltan.

—¿Sunmu viene aquí a comer?

—Creo que sí. Al principio había también un comedero allá abajo, pero lo quitaron porque la gente se quejaba. Me lo dijo la señora. Me refiero a la que les da de comer aquí.

La mujer se gira para ver el camino por el que llegaron. Calcula cuánto tardaría un gato en llegar, considerando que para una persona eran unos quince minutos a pie.

—No está tan lejos. Sunmu tiene un atajo. Los gatos son muy pequeños y ágiles —explica la niña mientras se pone en pie y señala hacia un lado.

Hay un gato blanco parado a lo lejos, observándolas. Detrás de él hay un enorme ginkgo muy fuerte y saludable al que comienzan a brotarle las hojas. La mirada de la mujer se pierde por un instante en el follaje, cuyo fresco verdor se despliega como un abanico, en esa fuerza que se alza hacia el cielo, en esas ramas que brotan con terquedad. Y entonces se descubre a sí misma buscando rastros de dolor incluso en un árbol común y corriente, lo cual le causa lástima y repugnancia a la vez.

—¿Queréis comer? Venid a comer, chiquitines. Miau, miau —dice la niña levantando el plato de comida sobre su cabeza.

Aparecen unos cuantos gatos más.

—Ese se parece a Sunmu, ¿verdad? —pregunta la mujer.

—¡Es cierto! —responde la niña tras observarlo un rato con el torso agachado y los ojos entrecerrados— ¡Es él! ¡Ven, Sunmu! Ay, pero parece que volvió a lastimarse y que no puede abrir bien los ojos. ¿También lo ve, señora? ¿Sí? Ay, no puede ser. Mire, tiene una marca roja debajo del ojo izquierdo. ¿Logra distinguirla?

A la mujer también le parece que el gato no está en buen estado. Ella se cubre del sol con una mano y agita la otra. El animal alza la cabeza y la mira. Entre los rayos brillantes, sus miradas se cruzan.

* * *

Pasa varios días intentando sacarse a Sunmu de la cabeza.

Se empeña en no pensar en esos ojos supurantes que no puede abrir bien, en la costra de su nariz, en su renqueo, con una de las patitas delanteras siempre alzada. Sin embargo, cuanto más se esfuerza, más claros se vuelven sus pensamientos. No sabe por qué le importa tanto este gato. ¿Será que le da lástima ese ser pequeño y vulnerable? ¿Será que se ve reflejada en el dolor de ese animal? ¿Será que busca consuelo en ese ser? No puede descifrarlo.

La eterna búsqueda de sentido.

«¿Qué significa eso para usted?» eran las palabras que más repetía como terapeuta. Al escucharlas, los pacientes, que hablaban largo y tendido, de pronto se quedaban en silencio y se sumergían en sus reflexiones. Luego describían con apremio y tartamudeando el sentido que habían encontrado. Para ella no eran razones ni definitivas ni claras. En vez de decirles que esas cosas no eran importantes o que carecían de significado, les preguntaba por qué pensaban de ese modo. Lo hacía tanto para convencerlos de que ese sentido no era más que producto de su mente como para ayudarles a encontrar el verdadero.

Sin embargo, ¿qué significado no era un producto de la mente? ¿Cómo distinguir entre el verdadero y el falso? Hace mucho que abandonó ese juego, que al final no es distinto a un espejismo.

Decide ayudar a Sunmu. No hay ni sentido ni motivo tras ello. Ni siquiera piensa en buscar uno. Y, una vez tomada la decisión, ya no hay necesidad de vacilar.

No logra comunicarle a la niña su resolución hasta pasados dos días, pues sus encuentros dependen totalmente del azar. No sabe ni dónde ni cómo localizarla. La única forma de propiciar una reunión es vagar por el vecindario antes del anochecer con la esperanza de verla.

El miércoles por la tarde se topa con la niña, que va caminando a la par de sus amigos. Carga varias mochilas coloridas y va un poco rezagada. No obstante, con un solo ademán de uno de los chicos, la niña levanta la cabeza y apresura el paso. Sus movimientos son tensos y poco naturales; está claro que se siente cohibida.

Su voz no se mezcla con la de los otros niños. Comienza a reír después de que los demás estallen en risas. Entre ellos hay una distancia que la mantiene marginada. La mujer los sigue de lejos. Cuando el grupo se dispersa y la niña se encuentra por fin sola, se le acerca con cautela fingiendo verla por casualidad.

Están frente a frente en el oscuro callejón mientras empieza a caer la noche.

—¿A Sunmu? ¿En serio? ¿Lo va a llevar al veterinario? —pregunta sorprendida la pequeña sin dejar de mirar a su alrededor.

La mujer percibe que la niña está nerviosa por si aparecen sus amigos. Eso significa que ese grupo no representa para ella ni sosiego ni solaz. Y, con naturalidad, la mujer la conduce hacia lo profundo de la callejuela mientras conversan.

—Sí, lo mejor es que reciba tratamiento cuanto antes, ¿no crees? Parecía estar en muy mal estado.

—Primero debemos atraparlo —responde la niña, que carga una enorme mochila, sacudiéndose la camiseta empapada de sudor.

En la mano lleva una chocolatina. Solo juguetea con ella sin abrirla, pero la mira repetidamente.

—Así es. ¿Cómo lo hacemos?

—Oí que hace falta una trampa para gatos. No sé bien de qué se trata. Tengo que preguntarle a la señora que les da de comer.

—¿Tienes su teléfono? ¿Dónde podemos encontrarla?

—No lo tengo. Solo la he visto unas cuantas veces cerca de aquí.

—¿Cómo es? ¿Puedes describirla a grandes rasgos, al menos?

—¿Describirla? Pues... es una señora. Parece una señora. No sé qué más decir.

En su mente, la imagen de una mujer de mediana edad aparece y desaparece. La niña frunce el ceño y sigue hablando mientras observa la chocolatina que sostiene en las manos.

—Tiene el pelo un tanto largo y lleva un bolso de este tamaño. Si le pregunta algo, responde de forma aterradora, pero en realidad no es para tanto. ¿Me explico? Aunque al principio da miedo, al conocerla es diferente.

Finalmente, sin poder resistirlo, la niña abre la chocolatina y le da un mordisco. Las comisuras de los labios se le manchan de marrón.

La mujer se saca unos cuantos pañuelos de papel del bolsillo y se los ofrece mientras le pide un favor.

—Como no la conozco, me gustaría que me ayudaras a buscarla. ¿Lo harías?

La niña asiente con decisión.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo? Tus padres se preocuparán, así que primero hay que pedirles permiso. ¿Dónde vives? Te acompaño.

—No, no es necesario —dice la niña y luego se mete de una vez lo que queda de la chocolatina. Por último, reitera para no dejar lugar a dudas—: De verdad que no hace falta. Entonces, ¿qué le parece si vamos ahora mismo al comedero?

Director Hanseong Lee:

Lo saluda Haesu Im. Espero que se encuentre bien.

Vi en la página web que ya han concluido la remodelación del interior del centro. Me parece que luce mucho mejor, más luminoso y ordenado que antes.

Deseo expresar mi enorme arrepentimiento de que el centro se haya visto afectado por mis asuntos personales. Asimismo, quisiera disculparme de nuevo con todos sus empleados.

No obstante, a pesar de mis remordimientos, me gustaría que me aclarara un asunto. He reflexionado profundamente sobre si lo que voy a preguntarle es apropiado, pero no puedo dejar atrás este tema sin haber obtenido alguna explicación. A pesar de mis esfuerzos, no me es posible darlo por concluido sin más.

Las preguntas que me lanzó Minyeong Cho en la última junta estuvieron, a todas luces, fuera de

lugar. Independientemente del sentimiento de culpa que yo albergara hacia los asistentes, creo que no era el sitio ni el momento para que ella me exigiera que reconociera mi responsabilidad y me mostrara arrepentida.

Lo que quiero saber es si, ya que esa junta se llevó a cabo de manera formal y se anunció de antemano, los comentarios de Minyeong Cho fueron acordados previamente o si fueron fruto de su propio juicio. Además, también solicito que me explique hasta qué punto influyeron en la decisión de lo que sucedería conmigo.

Como sabe, se me pidió que dejara la empresa sin que me explicaran por qué y cómo se tomó dicha decisión. Dado que yo soy la afectada, no creo que sea mucho pedir que se me informe al respecto. Le pido que no se equivoque al suponer que con esto pretendo desahogar sentimientos personales y, mucho menos, que busco represalias.

Durante más de diez años trabajé como terapeuta en el centro. Usted debe de ser consciente de lo mucho que me esforcé desde su apertura hasta aquel momento. De igual forma, sabrá cuánto amor y pasión le dediqué. Si para mí hubiera sido un lugar de trabajo más, no tendría motivo ni necesidad de hacerle una solicitud como esta.

Director, no es mi intención causarle dificultades. No lo hago por obstinación. Lo que pretendo es comprender la situación de quienes siguen trabajando ahí. Además, intento aceptar que ya no puedo desempeñar mi profesión.

Ese centro que comenzó con solo dos terapeutas ha crecido mucho en diez años, una década que, para mí, fue una época preciada. No creo ser capaz de volver a trabajar en este ámbito si se niegan a reconocer todo el tiempo que le dediqué a mi carrera. Es para evitar caer en dichas circunstancias que busco los motivos. Solo necesito saber las causas.

Lo que pretendo desentrañar es la razón concreta y precisa, la verdadera causa por la cual tuve que dejar el trabajo. Eso.

* * *

Comienza la pesquisa de «la señora». Aunque, si bien podría parecer una búsqueda, en realidad se trata de una espera sin garantías.

La niña se llama Sei Hwang. Aparenta ser madura para su edad, pero tiene una especie de aire alicaído. Su particularidad es que evita los temas relacionados con ella misma, como la escuela y su casa. En general, la niña es quien hace las preguntas. Cuando se quedan calladas, comienza a inquietarse y vuelve a alzar la voz si la mujer da indicios de querer preguntarle algo.

—¿Usted no trabaja? ¿Por qué está todo el día en casa?

—Por el momento no trabajo.

—¿No lo necesita? ¿Tiene mucho dinero?

—No mucho, pero, por lo pronto, no tengo problemas.

—¿Qué va a hacer cuando se le acabe? ¿Puede regresar al trabajo? ¿Puede volver a ganar un sueldo?

—Claro.

—¿De qué?

—Era terapeuta. ¿Sabes qué es eso?

—Sí. En mi escuela también hay una.

—Ya veo. Entonces sabes bien lo que es. ¿Has ido a verla?

—Sí, dos veces —responde Sei y se para en seco. Cuando la mujer pretende continuar, la niña interrumpe como si se defendiera—: ¿Dónde vive?

—Allí. ¿Recuerdas el edificio de ladrillo rojo por el que pasamos hace rato?

—Ah, sí. Es al lado de la casa donde está el Jindo. No soporto a su dueña. Siempre anda gritando que los gatos esto y aquello. Me cae muy mal.

—Tu casa está por allí, ¿verdad? Tus padres deben estar preocupados. ¿No deberíamos pasar a decirles dónde estás? ¿Quieres llamarles o, al menos, mandarles un mensaje de texto?

—No importa. Además, se me acabó la batería del teléfono. Puedo volver más tarde. ¿Usted cuántos años tiene?

—¿Qué edad aparento?

—No lo sé. ¿Unos cincuenta? ¿Unos cincuenta y nueve? Mi madre tiene cuarenta y dos.

—¿Cuarenta y dos años? Es más joven que yo. Sin embargo, yo todavía no llego a los cincuenta.

¿En serio no necesitas avisarla? Debe de estar preocupada. ¿Vas a clases de algo después de la escuela, o te vas directa a casa?

—Algunos días voy a practicar balón prisionero; si no, me voy directamente a casa. Mi madre no se preocupa. No importa. ¿Usted también tiene madre? ¿Con quién vive? ¿Con ella?

—Sí tengo madre, pero ahora vivo sola.

—¿En serio? Tengo muchas ganas de vivir sola. Es lo mejor, ¿verdad? Comes lo que se te antoja, duermes cuando quieres, puedes hacer lo que te apetezca todos los días. ¿O no? —Sei pregunta una cosa tras otra sin descanso para atrincherarse.

A la mujer le parece un tanto entretenido. No le molesta hablar sobre sí misma a quien no sabe nada de ella. Al responder así estas preguntas tan fragmentarias, da la impresión de ser una persona bastante decente. No hay diferencia alguna entre ella y quienes disfrutaban de una vida normal.

Dan una vuelta por el vecindario y luego hacen otro recorrido aún más amplio.

Sei nota de inmediato a los gatos que se mueven ágiles entre los edificios, los transeúntes y los coches. Los animales transitan las callejuelas sigilosos y ocultos, con movimientos frenéticos que buscan no llamar la atención de la gente. Si esto fuera un comportamiento aprendido, indicaría, sin lugar a dudas, que nació de experiencias terribles y escalofrantes que no han podido olvidar. Las leyes de la existencia deben aprenderse independientemente de los valores humanos como lo correcto y lo incorrecto, la justicia y la injusticia, el bien y el mal. Son reglas superiores que solo deben seguirse sin objeciones.

A ella le parecen muy estrictas.

¿Estrictas con qué o con quién? La mujer trata de detener su tendencia a victimizarse.

Sunmu no aparece, ni tampoco la persona que cuida a los gatos. La calle va oscureciéndose. Tras revisar la hora, decide que es momento de que Sei vuelva a casa. Antes de despedirse, la lleva a un minimercado, donde la niña se queda deambulando frente al estante de yogures y bebidas, toquetea las salchichas, los chocolates y las coloridas bolsas de patatas fritas hasta que elige un sándwich. Revisa varias veces la etiqueta de atrás donde se indica la cantidad de calorías y nutrientes. Ese sándwich, que solo lleva huevo y lechuga, no tiene buena pinta. La mujer le compra un cartón de leche, una manzana y dos chocolatinas, además del sándwich.

—Señora, ¿usted es buena persona? —pregunta Sei mirando a la mujer al salir de la tienda. Lleva sin dificultad la bolsa con el cartón de leche, el sándwich, la manzana y las chocolatinas.

—No, no lo soy.

Una sonrisa aparece en el rostro de la niña. La respuesta parece haber despertado su curiosidad. El viento sopla y le levanta el flequillo empapado de sudor, revelando una tierna frente redonda.

—¿Por qué? —pregunta Sei—. ¿Por qué piensa eso?

Un grupo de gente que sale de la tienda suelta una carcajada al unísono. La mujer los observa por un momento y luego mira a los ojos a la niña. Enseguida saca de su bolsillo la carta doblada.

—Porque día tras día escribo cartas pidiéndole disculpas a muchas personas.

Sei mira un rato el papel que la mujer le extiende y luego lo toma. Sin embargo, no lo abre, sino que solo juguetea con él.

—Mi padre me ha dicho que no le dé mi número de teléfono a cualquiera, pero a usted sí se lo daré porque juntas vamos a atrapar a Sunmu.

La niña deja en el suelo lo que lleva en las manos y, después de sacar un lápiz de su mochila, escribe su número en la carta.

Para Juhyeon:

¿Cómo estás?

Ojalá entendieras por qué no he respondido a tus intentos de encontrarme. ¿Tu madre está mejor de salud? Espero que sí. Tú me ayudaste con cariño cada vez que me enfrenté a alguna dificultad, pero, ahora que lo pienso, no sé nada sobre ti.

¿Las cosas serían diferentes de haberte hecho caso en aquel entonces?

Tú fuiste la primera en informarme de que en Internet andaban rondando artículos acerca de mí. No les di la menor importancia. Estaba tan ocupada que no podía ni pensar. No recordaba a quiénes había visto ni en dónde ni qué cosas había dicho. Ni siquiera era consciente de que había

hecho aquellos comentarios. Incluso después de enterarme, no entendía cuál era el problema. Tardé unos días en comprobar las palabras exactas que pronuncié. Había hecho esas afirmaciones en televisión. Tú también sabes bien cómo graban esos programas. Ignoraba por completo la controversia hasta que recibí el guion, y también que ese actor tenía tantos seguidores. La verdad es que ni siquiera tenía claro su nombre.

Juhyeon, estaba exhausta.

Escuchar las historias de los pacientes que parecían estar cortadas por el mismo patrón; salir en programas con un pulcro atuendo y fingida erudición para hacer comentarios frívolos; la relación con Taeju, que exigía mi atención constantemente; mis padres, que esperaban una ayuda económica. Todo me tenía agobiada.

Además, aquel día estaba fatigada desde el amanecer. En la callejuela tuve una disputa por el aparcamiento, luego le di un golpe a un coche, e incluso Taeju y yo acabamos peleando a gritos por alguna tontería. Recuerdo que, de camino a los estudios de televisión, no dejaba de murmurar que quería desaparecer en ese mismo instante. También me acuerdo de que quería abandonar el trabajo y las colaboraciones en televisión.

En aquella ocasión estaba tan agotada y fuera de mis cabales que solo necesitaba descansar. No pensaba más que en eso. Aunque fuera un solo día. En un lugar apartado de todos. Entonces, yo.

La mujer acompaña a Sei hasta su casa y luego vuelve a la suya. Al llegar, abre la carta donde está escrito el teléfono de la niña y comienza a leerla. Casi nunca lo hace. Sigue con la mirada las palabras y frases que, aunque evidentemente escribió ella misma, le parecen ajenas.

Entre el extenuante abatimiento, reviven unos sentimientos cálidos y agudos que comienzan a reunir palabras que podrían tener algún significado. Toma el bolígrafo y sigue escribiendo. Con la determinación de enviar esta carta, con la intención de no tirarla.

Lo que dije aquel día en el programa empezó a divulgarse por todas partes. A mi parecer, la gente armaba demasiado escándalo sin razón por un pequeño comentario que hice acerca de un actor cuyo nombre y rostro conoce todo el mundo. En esa ocasión, yo no fui la única que habló de él. La actitud de los periodistas fue ridícula, pues no dejaron de ponerse en contacto conmigo para comprobar la veracidad y autenticidad de mis afirmaciones.

En aquel entonces, todos estaban de acuerdo en que el problema residía en la conducta de ese actor. No me imaginaba que añadir una opinión más se convertiría en un asunto tan grande. ¿Cómo iba a saber que unas palabras, que ni siquiera recordaba haber dicho, me iban a sujetar del tobillo hasta hacerme caer?

¿Has visto esa foto mía que editaron y anda rondando por Internet? Aquella en donde aparezco sentada en un retrete con la boca abierta y las manos alzadas. Sobre mi cabeza hay una burbuja de diálogo que dice: «Hacedme caso. Quiero atención». Cada vez que se mueve la burbuja, se oye el sonido de la cisterna. También hay un vídeo en el que aparezco bailando mientras muevo la boca como un pez. Aparece como subtítulo esa canción que dice «Estoy loca, loca de verdad»², estallan petardos y pongo una expresión ridícula.

Cuando los veo, me quedo sin palabras y se me escapa una risa falsa hasta que, al final, termino por pensar que todo se ha acabado. ¿Qué posibilidades tengo contra ataques así? Quedaría aún más en ridículo si me lo tomo en serio y utilizo la lógica para juzgar el bien y el mal. Así solo harían más videos absurdos y extravagantes.

Dime tú quién se pone a hacer esas cosas. ¿Con qué motivo dedican su propio tiempo y esfuerzo a tales locuras para mofarse de mí? Buscaron con mordacidad innumerables defectos, mi actitud, mi forma de hablar, mis modales, mi personalidad, mi credibilidad y mi ética profesional, solo para hacerme burlas absurdas.

Juhyeon, ¿tú lo entiendes? ¿Comprendes el alcance de la indignación pública? ¿Crees que esta situación tan disparatada era de esperar? ¿Debería haber accedido a las exigencias que me hacía la gente para que pidiera disculpas y me mostrara arrepentida? ¿Debería haber hecho lo que pedían, lo que deseaban que hiciera, con los ojos cerrados, con los oídos tapados y sin abrir la boca?

¿De verdad lo crees?

Sin embargo, no envía la carta.

Suelta el bolígrafo, que ha sostenido con tanta fuerza que le queda un cosquilleo en la punta de los dedos. Respira profundamente. Así aplaca su corazón, que busca abalanzarse sobre algunas palabras, algunas oraciones. Su objetivo no es escribir una misiva estruendosa con esos sentimientos que ni ella misma puede controlar. Su objetivo no es redactar un texto descuidado que no pueda enviar.

Se viste y sale de casa. Luego hace trizas el papel sobre un montón de basura apilada a un costado de la callejuela. Lo rompe por la mitad una y otra vez hasta que queda hecho pedazos tan pequeños que es imposible distinguir ni una sola letra. De cualquier modo, como siempre, es una carta que no logrará conmover a su destinatario, aunque, al leerla con atención, se notaba que tampoco pretendía hacerlo, y que, por ende, debía ser destruida.

* * *

Tiene cierta dificultad para dormir.

Incluso antes de que ocurriera aquello, no podía conciliar el sueño con facilidad. Sin embargo, no era tanto como ahora, que prepara hasta el más mínimo detalle antes de acostarse, cual soldado listo para salir al campo de batalla.

«Duerme. Debes intentar dormir», le aconsejaban cuando la asediaba esa vorágine descomunal, esa tragedia que comenzó con unas frases. En vez de dormir, leía una y otra vez los comentarios que aparecían en tiempo real bajo los artículos periodísticos. Buscaba y rebuscaba el raudal de mensajes anónimos en las redes sociales. Se quedaba a la deriva por donde la llevaran esas palabras y, a menudo, acababa por perder el rumbo. No se resistía a perderse a sí misma de ese modo. Así se dio cuenta de que se puede apuñalar un corazón con unas cuantas palabras, con una frase. No sería una exageración decir que cada noche murió cien veces, mil veces, mirando el ordenador y el teléfono.

Ahora a diario sueña con que su yo que murió entonces viene a buscar a su yo que sigue viva. El encuentro entre ambas se da en la delgada línea entre la vigilia y el sueño.

Al escuchar que tocan la puerta, ambas se sientan en la consulta que les es tan familiar. Una mesa color crema y sillas de tela acolchada. El centro de la ciudad más allá de la ventana es ajetreado y tranquilo a la vez. El mundo que se ve desde esa altura es profundamente pacífico. Da la impresión de que todos disfrutan de una vida serena y comfortable.

—Haesu, dígame, Haesu, ¿qué le preocupa? —le pregunta su yo viva.

—Lo que la gente diga de mí —responde su yo muerta.

—¿Eso le preocupa?

—Sí.

—¿Qué cosa en particular?

—Las burlas.

—¿Ha sufrido muchas? ¿Podría repetir exactamente lo que le han dicho?

«Esa terapeuta de medio pelo la ha cagado. ¿Acaso se le aflojó un tornillo por querer ser famosa? Primero deberías analizarte a ti misma. Todos sus pacientes deberían exigir una compensación por daños. ¿Qué se cree esa mujer? Esa doctora no busca más que destrozarse a la gente con sus tonterías. Vaya, qué fácil es hacerse de oro dando terapia. Ya cualquiera es terapeuta».

Eso es lo primero que aparece: palabras rebosantes de odio, henchidas de oprobios. De inmediato, le siguen experiencias vívidas, cosas y lugares concretos.

«Yo iba a terapia con ella y me parecía del todo mediocre. Era claro que solo perseguía el dinero. Trabaja en el Centro de Salud Mental R en el distrito H, barrio G, en la ciudad de S. Tiene cuarenta y dos años, se graduó en Psicología por la Universidad de Y. Su esposo se llama Taeju Son, de 43 años. Vinieron algunas veces a mi tienda y en persona son igualmente desagradables. Ella vive en mi vecindario. Aunque su perro ladra como un loco todas las noches, no se ha disculpado ni una vez. ¿Entendéis de qué calaña es? Señora Haesu, ¿recuerda que trató con la punta del pie al empleado de la Cafetería M en el barrio H? El teléfono de Haesu Im es 010-XXXX-XXXX y el de Taeju Son es 010-XXXX-XXXX».

Es información llena tanto de verdades como de mentiras, nombres de lugares que estimulan la imaginación de la gente, números que infunden confianza. Ahora las palabras se despojan de la menor vacilación y titubeo. Lo que sigue es el ataque indiscriminado hacia su persona, sin miramiento ni misericordia algunos.

«Se nota a leguas lo despreciable que es. En realidad, leer el rostro es una ciencia. Antes de intentar aconsejar a otros, primero debería de preocuparse por ella misma. ¿No os habéis percatado de lo mezquina que es su mirada? ¿Cómo la gente puede aguantar una consulta viendo esa cara tan fea? Ya tenía fama por su horrible carácter y personalidad. Tírate de una vez al vertedero como la basura que eres. Desaparece si tienes algo de conciencia».

Sin embargo, hay palabras aún más terribles.

No son las lanzadas por desconocidos, sino las que atesoraba de aquellos con quienes había compartido momentos agradables. Esas personas tan cercanas que podía leer sus semblantes o miradas con solo verlas una vez. La atormentan el recelo y la lástima ocultos detrás de sus expresiones cautelosas.

De pronto la rodean esas palabras afiladas como cuchillas. Acorralan tanto su yo viva como su yo muerta. Entonces se despierta. De esa forma queda expulsada del mundo del sueño que tanto anhela. Nunca ha salido victoriosa de esta guerra.

Dos días después, el sábado por la tarde, se encuentra con la señora de la que le habló Sei. Ocurre cerca del solar donde ponen la comida para los gatos. Está absorta observando de lejos cómo el viento hace ondear las hojas del ginkgo, así que la mujer no se da cuenta de que se dirige hacia ella. El árbol parece estar creciendo con frondosidad incluso en este mismo instante. El verdor que resplandece atrae hacia sí todo el paisaje y llena de frescura el entorno.

—¡Mire, es la señora! Ahí viene la señora —grita Sei y la mujer alza la vista.

La señora lleva al cuello un pañuelo azul que ondea al viento. Al ver a Sei, la saluda. La niña va corriendo hasta ella y conversan. La mujer se detiene y espera a que ambas terminen de hablar.

—¿Desea atrapar a Sunmu? —le pregunta la señora acercándose.

Resulta muy diferente a cómo la imaginaba. Es más joven, elegante y animada de lo que esperaba, quizás porque está ligeramente maquillada y lleva un traje de chaqueta. Sea como sea, no es la imagen que se había formado según la descripción de Sei.

—Ah, vive por la callejuela donde está la casa del perro de Jindo, ¿no? Creo que nos hemos visto unas cuantas veces.

La mujer, Sei y la joven conversan de pie con cierta incomodidad. Comienzan debatiendo cómo agarrar a Sunmu, siguen con lo desafortunada que es la situación de los gatos callejeros, hasta terminar por compartir un poco de información personal.

La mujer es la primera en quedarse sin tema de conversación. No tiene más cosas que decir ni de los animales, ni del vecindario, ni de ella misma. La joven le dice que en este barrio hay otras personas que también son cuidadores y que crearon una comunidad en un foro de Internet y una sala de chat. Además, le explica un poco más sobre los gatos que cuida en esta zona y el área en la que se mueven. También le dice que han nacido una gran cantidad de mininos. Se nota que es primavera. Es la temporada de los nacimientos. La época en la que por fin dan a luz las hembras que llevaban a sus crías en el vientre.

—¿Cómo quiere que la llame? A mí se puede referir como «Mamá de Maru». En el foro me hago llamar «Maru» simplemente. Maru es mi gatita.

—Yo soy Haesu Im —dice, mas de inmediato se arrepiente porque se da cuenta de que no era necesario revelar su verdadera identidad.

Sin embargo, les es ajena la idea de inventar un alias. De cualquier forma, ha sido muy descuidada. Debe proceder con más cautela. Por dentro se reprocha su insensatez.

—Por cierto, ¿a dónde va hoy? ¡Está muy guapa! —exclama la niña sin quitarle la vista de encima al llavero de piel que lleva colgando del bolso.

Cada vez que se mueve, resplandece ese adorno de charol en forma de robot.

—¿En serio? ¿Estoy guapa? —pregunta con el rostro iluminado y, mirando a Sei y a la mujer, responde —: Hoy fui a la boda de una amiga. He venido hacia aquí sin cambiarme porque pensé que los gatitos estarían muy hambrientos. Esta mañana no me dio tiempo de pasar a darles de comer.

La joven promete prestarle una trampa de hierro. Parece que está dispuesta a darle buenos consejos y ayuda.

—Disculpe, hay mucha gente que quiere ayudar a los gatitos por lástima pero sin tener un plan real. He visto una gran cantidad de casos así. Sin embargo, esto no solo se trata de llevarlos al veterinario. No es posible saber si únicamente padecen de lo que se ve a simple vista. En realidad, no se puede saber si surgirán más problemas ni en qué medida. ¿Aun así quiere

hacerlo? ¿Podrá responsabilizarse como es debido hasta el final? —pregunta la joven justo antes de despedirse.

«Responsabilizarse hasta el final», ha dicho con una expresión muy seria. Al verla, la mujer se pregunta si la habrá reconocido, si al escuchar su nombre le habrá venido a la mente alguna información sobre ella, si estará recordando los detalles del asunto en el que quedó envuelta. La curiosidad infundada de pronto se convierte en temor. La mujer siente que la otra dirá en cualquier momento lo que tanto teme escuchar.

—Claro que sí —responde esquivando su mirada.

* * *

Comienza el rescate de Sunmu.

Al día siguiente, espera a Sei en la callejuela llevando consigo la trampa de hierro que le prestó la Mamá de Maru. Aunque ya ha pasado la hora a la que terminan las clases, Sei no aparece, y la mujer se acerca poco a poco hacia la escuela.

Es un día claro y en las calles florece la primavera. Las motocicletas, bicicletas, la gente y los coches pasan sin orden ni concierto, rezumando vitalidad frente a sus ojos. Es un paisaje que ha evitado durante el último año y que pensó que no volvería a ver. Se trata de una parte del día a día común e insignificante que nunca le había despertado ningún interés y en el que no había reparado hasta que sucedió aquel incidente.

La mujer se detiene justo donde puede mirar la puerta principal del colegio. Los transeúntes le echan un vistazo a la enorme jaula que lleva y los niños miran con curiosidad su interior. Por más que espera, Sei no aparece. Titubea mientras observa el patio en que se levanta el polvo amarillento. Tarda mucho en armarse de valor.

Al lograrlo, se dirige hacia la puerta con la jaula.

Ya estuvo aquí hace unos años. Era por la tarde y estaba con Taeju. Los dos esperaban en una larga fila frente a las cabinas de votación. Palabras intangibles e inalcanzables como candidato número 1, 2 y 3, cambio y reforma, innovación y comunicación flotaban por este lugar y ellos estaban allí para ejercer su derecho al voto.

No recuerda por quién votó aquella vez. De cualquier modo, su vida cambió. Sin importar a quién hubiera elegido, su existencia habría dado un giro.

Le viene a la cabeza lo que le dijo a Taeju: «Ponte una camiseta de un color más claro. Te queda mejor. ¿Tienes hambre? ¿Qué quieres que cenemos? Han abierto un restaurante de sushi nuevo cerca de la intersección, ¿vamos?». En cambio, no recuerda qué respondió él ni qué cenaron. Solo parece vislumbrar la luz de aquella tarde brumosa, el viento sofocante y las sombras cada vez más oscuras de los edificios.

Con pasos lentos, cruza la reja y hace todo lo posible por no recordar lo que hablaba con Taeju en aquel momento. Su mente vuelve hacia el pasado sin querer. No obstante, no sabe lo que busca ni lo que quiere encontrar ahí dentro.

No recuerda nada. No le queda nada.

Lucha por sujetar su conciencia, que se inclina hacia el pasado. Se esfuerza por llevarla hacia el polvo amarillento que flota sobre el patio. Aprieta el paso. Se cuela entre el ruido de los pasos saltarines y el vocerío infantil.

En el aparcamiento hay un grupo de niños de pie.

Entre los estudiantes con ropa deportiva reconoce un rostro familiar. Se trata de Sei. Abrazando un balón con ambos brazos, está apoyada en el muro con la cabeza baja. Entre los murmullos de pronto brota con claridad la voz de una chica. Su tono es alto y claro.

—¡Oye, Cerdita Hwang, es culpa tuya! Nos fue mal porque tú no lo hiciste bien. ¿Acaso no practicaste?

Se alza una ligera carcajada.

—Lo siento. Voy a entrenar más. Lo haré bien la próxima vez. Puedo hacerlo.

No se oye con claridad lo que murmura Sei. A lo lejos, un coche sale del patio haciendo que se levante el polvo.

—¿Cómo piensas mejorar? ¿Seguro que puedes? La vez pasada prometiste lo mismo. ¿Cuándo vas a cumplirlo?

—Perdón.

—¿De qué sirve que te disculpes? Dime, ¿de qué?

Una niña le da unos golpes en el hombro a Sei, quien retrocede estremeciéndose. Eso es todo. Después de observar un poco más, la mujer se va hacia donde no la puedan ver. Aunque estén fuera de su vista, las escucha. El patio se va enfriando al caer la tarde.

Los niños se marchan uno a uno, pero Sei no aparece por ningún lado. La mujer examina el aparcamiento un rato largo hasta que la encuentra llevando un bolso casi a rastras. No se da cuenta de que el pelo le cubre medio rostro, de que uno de sus calcetines se le ha bajado hasta el tobillo, de que la mochila que le cuelga sobre el hombro va medio abierta, ni de la expresión que invade su rostro mientras camina pateando una piedrita.

—Sei. Oye, Sei —la llama cuando la niña pasa cabizbaja junta a ella.

Esta se vuelve a mirarla. La mujer agita la mano a modo de saludo. Para su sorpresa, en el rostro inexpresivo de la niña brilla un dejo de alegría.

Para Juhyeon:

Te escribo de nuevo, aunque esta vez tampoco seré capaz de enviar esta carta.

Estos días he estado paseando con una jaula para atrapar un gatito. Lo he visto varias veces y está en muy mal estado. Pongo alimento como cebo para que entre. Bueno, visto de ese modo, es verdad que, más que cazarlo, lo espero.

¿Te puedes creer que yo haga algo así?

Quizás habrá quien se queje de que me encuentre en tan buenas condiciones como para cuidar un gato callejero. Podrían burlarse de que una sinvergüenza como yo se atreva a darse la buena vida. Pues sí, como dices, ¿qué importa lo que diga la gente? Lo sé, pero no puedo dejar de pensarlo. Ese es mi problema.

Ayer saqué la carta que me diste y la leí varias veces. Aunque el contenido no ha cambiado, siempre que la leo me siento diferente. No sé por qué descubro cosas nuevas con cada lectura.

De nuevo, no pude agradecértelo como es debido. Siempre pensé que tendría oportunidad de hacerlo. Así he dejado ir tantas cosas.

* * *

—Debí esquivar el balón así. Cuando lo lanzaron del otro equipo, yo debí hacerme a un lado de este modo, pero me golpeó y por eso perdió mi equipo. La verdad es que no me dio. La niña lanzó la pelota y yo me aparté así. Como los otros insistieron en que me pegó, me salí sin más, aunque solo pasó a mi lado. No dejaban de repetir que claramente me había dado, que estaba muerta, que me saliera —la niña le explica lo sucedido moviendo el cuerpo de un lado al otro.

La mujer asiente. Sin embargo, no entiende por completo lo que le cuenta, ni tampoco está del todo concentrada en la historia.

—Primero deberías limpiarte ese raspón. ¿Te llevo a casa? ¿Pasamos por ahí y luego sales conmigo? —le pregunta tras esperar a que la niña deje de hablar.

Esta baja la mirada hacia la sangre de su rodilla lastimada y sacude el polvo adherido alrededor de la herida.

—No es necesario. Luego, cuando vaya a casa. Ahora no.

La mujer deja la jaula en el suelo y se acucilla junto a la niña. Examina la herida, que parece profunda, y la piel desgarrada, que se ve terrible.

—Creo que lo mejor es que vayas a limpiarla, desinfectarla y le pongas una pomada. Si no quieres ir a tu casa, pasamos por la mía antes de ir por Sunmu, ¿te parece?

De ese modo, van las dos a donde vive la mujer.

La niña la sigue con expresión un tanto preocupada mientras la mujer abre el zaguán, cruza el jardín y llega a la puerta.

—¿Entras o me esperas aquí? Puedes hacer lo que sea más cómodo para ti.

La niña vacila, pero su titubeo es meramente momentáneo. Después de acomodarse la mochila, es la primera en entrar a la casa. La mujer la sigue y deja abierta la puerta.

—Oiga, señora, ¿a qué hora llegó a la escuela? ¿Me vio con los otros niños? —pregunta Sei sentada en un sofá.

Su voz reverbera en la casa silenciosa. Así resalta más la soledad que tanto tiempo ha soportado

la mujer.

—¿Estabas con tus amigos? No los vi. Estaba esperando en la calle, pero, como no salías, entré a la escuela —le cuenta mientras desinfecta la herida.

Como terapeuta experta en psicología humana, finge no saber las transparentes inquietudes de esa niña. Sin embargo, también sabe que los sentimientos que le despierta Sei no se originan de un análisis y un diagnóstico. Lo que comprende es, en sí, cómo se siente. ¿Será que en el dolor de esa niña ha descubierto su propio interior en ruinas?

Una capa de espuma blanca aparece sobre la herida cuando la cubre con antiséptico. Sei frunce el ceño.

—¿Cómo te lastimaste? ¿Te caíste?

Le unta una delgada capa de ungüento con ayuda de un bastoncillo y luego la cubre con cuidado con una tirita. La niña contrae la rodilla.

—Sí, en el entrenamiento.

—¿Prácticas a diario?

—Últimamente, casi a diario. En otoño va a haber un torneo. Debo entrenar mucho porque no se me da bien.

—¿Todos deben hacerlo? Es decir, ¿todos los estudiantes tienen que jugar al balón prisionero?

—No. Yo no era del equipo, pero entré porque una de las integrantes se cambió de escuela. Se llamaba Eunbin Jeon y éramos amigas. Aunque no la he visto desde entonces.

—Ya veo. Así que entraste en su lugar. ¿Fue por petición tuya? ¿Querías jugar tú o te lo pidió alguien más? Si te va tan mal, podrías decirles que ya no quieres participar, ¿no?

Parece que le quedará una cicatriz en la rodilla. Con una toalla, la mujer limpia con cuidado los granos de arena y la sangre alrededor de la herida.

—No, me gusta el balón prisionero. No es tan difícil. Es divertido. Está bien —dice y guarda silencio.

La mujer deja de hacerle preguntas. Ambas se quedan un rato más. La mujer le ofrece un vaso de zumo de manzana y la observa recorrer su casa con la mirada. Le da permiso con un ademán de cabeza y Sei se levanta de inmediato y comienza a rondar por el interior. Se pone seria mientras recorre el lugar con cautela y curiosidad, incomodidad y nerviosismo.

La mujer se pregunta qué es lo que le llamará la atención a esa niña, qué es lo que hallará. ¿Descubrirá el rencor y el resentimiento, el autodesprecio y la autonegación que rayan en el abuso y que se apoderan de ella cada noche? ¿O vislumbrará su interior, en el que se desata a diario una cruenta guerra? ¿Encontrará el rostro de quien quedó sometida y aplastada por todo eso? O quizás se trate de algo más, algo a lo que la mujer nunca le haya puesto atención o que no haya sido capaz de advertir.

«Oiga, ¿puedo entrar a este cuarto?».

«¿Qué es esa cosa?».

«¿Puedo abrir esto? ¿Me lo puedo probar?».

La voz de la niña empieza a rezumar vitalidad. La mujer le deja hacer lo que quiera.

—Hay una niña que se llama Haeun Song. Era mi amiga en primero. En su casa tenía una igual.

¿Puedo hacerla sonar? —pregunta tras descubrir una caja de música hecha de cristal.

En cuanto recibe su aprobación, comienza a darle cuerda. Es un recuerdo de algún lugar al que viajó hace mucho tiempo con Taeju. Una vez que termina, se oye una melodía alegre. Las notas son tan limpias y claras que no es fácil creer que la había olvidado durante tanto tiempo.

—Señora, ¿qué es eso? —pregunta la niña de nuevo.

Lo que señala es una placa de bronce que está sobre una repisa. Tiene el tamaño de la palma de una mano y está grabada con unas letras minúsculas, pero la niña se pone de puntillas y estira el cuello todo lo que puede para leer lo que dice. —¿Este premio se lo dieron a usted? —pregunta mirándola con sorpresa, pero antes de que le pueda contestar, continúa—: Haesu Im... ¿Ese es su nombre?

Para poder ver la placa más de cerca, la niña da unos pequeños saltitos. La mujer recuerda brevemente la época en que recibió ese premio, hace unos años. No le queda nada de la emoción y felicidad que sintió en aquel entonces. Ya no tiene nada que decir de aquel día ni de aquel acontecimiento.

—Oiga, su nombre me parece muy bonito. ¿Sabe quién me puso mi nombre? Dicen que fue mi abuelo materno y que tardó mucho en decidirse.

—Qué nombre tan bello eligió tu abuelo.

—Todos los adultos contestan lo mismo cada vez que cuento esta historia —dice la niña en cuanto escucha esa respuesta, arrugando la cara a modo de broma—. De verdad que todos lo repiten, palabra por palabra.

A pesar de eso, Sei está de buen humor y sonríe.

* * *

Pasan los días y siguen sin atrapar a Sunmu.

Un día encuentran dentro de la jaula a un extraño gato marrón comiendo con naturalidad la lata de alimento; otro, a unas palomas rondando. Además, hay días en que hormigas y moscas cubren el cebo por completo. Pero no es que la mujer no haya visto a Sunmu.

Se ha encontrado con él varias veces.

Una noche tuvo la fortuna de verlo deambular cerca de la jaula. Sin bajar la guardia, el animal caminó alrededor y de inmediato adivinó sus intenciones. Más tarde, como para dejar constancia de eso, metió la mitad del cuerpo en la jaula, examinó su estructura, luego tomó la pechuga de pollo y se escapó con ella.

Aunque lo vio en plena noche, era evidente que Sunmu se encontraba en aún peor estado físico que antes. Tenía hinchadas las comisuras de los ojos, la herida de la cabeza le seguía sin cicatrizar, y cojeaba. No le quedó más remedio que observar desde la distancia cómo esa criatura abrazaba aquel dolor feroz pero silencioso.

Una noche un gato corpulento se cruzó en el camino de Sunmu. Fue justo cuando este se escabullía de la jaula con la comida en el hocico. Los dos se encontraron en el espacio estrecho entre la trampa y los coches aparcados. Tras un casi inaudible gruñido de advertencia, comenzó la confrontación entre esos animales de pelo erizado y mirada feroz. Sunmu no cedió en medio de esa angustia sofocante. Ese pequeño ser comprendía las leyes de la existencia y las seguía al pie de la letra. No desobedecía el mandato instintivo de mantenerse con vida.

Fue el primero en atacar.

Cortos chillidos metálicos se entremezclaron con movimientos amenazantes. La mujer siguió a los dos felinos que se alejaban rápidamente, revolcándose en plena lucha. Observó debajo de los coches aparcados y pasó por el poste donde estaban apiladas unas bolsas de basura, hasta que por poco la atropella una motocicleta. Así llegó al extremo del muro.

El primero en alejarse fue el gato más corpulento.

Sunmu se quedó plantado en el mismo sitio hasta que ya no se veía su contrincante. Luego se giró para mirarla y cayó tendido en ese lugar. El cuerpo le temblaba como si le costara respirar. Sus ojos reflejaban la luz como dos espejos. La mujer no sabía si lo que había dentro de ellos era terror o alivio.

Ignoraba si estaba frente a la vida o a la muerte, o frente a algo que no era ni lo uno ni lo otro.

Lo único que tenía claro era que, de nuevo, había superado un momento crítico. La mujer se sacó una lata de salmón del bolsillo y se acercó a Sunmu.

—Yo no voy a atacarte. No voy a hacerte daño.

Se esforzó por transmitirle sus intenciones, no con palabras, sino con su expresión. Sunmu la observó conteniendo la respiración. Su cuerpo pequeño y escuálido se revelaba entre la luz de los faros de las motocicletas y los coches que pasaban sin cesar. Después de un rato, el felino se levantó y se acercó con paso lento a comer lo que ella había colocado en el suelo. Cada vez que masticaba, un lado del rostro se le retorció como si le doliera, y no dejaba de observar a su alrededor.

Mientras le daba más comida de la lata, contuvo las ganas de decirle: «La vida es muy dura, ¿verdad?».

Sunmu olió el salmón y puso todo su esfuerzo en tragárselo. Poco a poco acortó la distancia hasta que la mujer podría haberle tocado la nariz con solo extender la mano. El gato también le clavaba los ojos más a menudo.

De pronto, la mujer se dio cuenta de que entre ella y esa pequeña criatura había surgido un finísimo vínculo. Un humano y un animal. Una conexión en que el lenguaje pierde su fuerza. Una relación en que está permitido solo proveer alimento y agua, esos gestos minúsculos. Dentro de las insondables barreras entre ellos, sintió que sus intenciones sinceras llegaban hasta Sunmu.

No, esa es una certeza extraña, quizás solo se trataba de un deseo absurdo.
El gato la miró y maulló.

Fue tan tenue que casi parecía un suspiro. Ella se encogió, parpadeó y retrocedió un poco para no mostrarse amenazante ni sobresaltarlo. Sunmu acabó de lamer la comida lentamente y se dio la vuelta tras mirarla a los ojos una vez más. Ella se lo tomó como una despedida. No como un adiós definitivo, sino como una promesa de verse de nuevo. No lo siguió. Allí de pie, vio cómo se alejaba.

Fue una pelea en que la pequeña criatura apostó todo lo que tenía. Una batalla en la que podía perderlo todo. Una lucha para proteger su insignificante existencia.

¿Qué fue aquello que presencié esa noche? ¿Qué fue lo que Sunmu le mostró? Más bien, ¿qué quería ver ella en Sunmu?

Periodista Seongmok Lee:

Hola.

Soy Haesu Im. Seguramente se acuerda de mi nombre.

«Una muerte provocada por las palabras de una terapeuta».

Aún recuerdo el título del reportaje que escribí sobre mí. Me parece horrible que algunas cosas no se olviden, a veces nunca mientras se siga con vida. Si le soy sincera, no he podido leer ese artículo hasta el final. Lo he intentado varias veces, pero no lo logro.

No me es posible porque quisiera esconderme de los errores que cometí, porque me invaden la vergüenza y el azoramiento. Claro que me siento así. Sin embargo, a diferencia de lo que la gente piensa, ahí no termina. No es verdad del todo que, como dice en ese artículo, blandí mis palabras como un arma con la intención de provocar la muerte de alguien.

Yo quisiera preguntarle cómo es posible que se basara en conjeturas y suposiciones para escribir un artículo que leen innumerables personas. ¿Cómo pudo publicarlo sin confirmar nada conmigo, la parte interesada?

A menudo me aconsejan: «No se puede echar marcha atrás respecto a lo que ya sucedió. Dale tiempo al tiempo, que solo así se revelará la verdad». Durante una temporada puse mis esperanzas en eso. También es verdad que me consideraba responsable, en parte, de lo sucedido, a pesar de que mi abogado me dijo que había varias formas de responder legalmente.

Sin embargo, he decidido que no puedo seguir de brazos cruzados.

La semana que viene, en cuanto esté lista la denuncia formal, la presentaré y pienso seguir los procesos legales correspondientes. Quiero que se haga responsable de sus acciones y que dejemos las cosas claras. No creo que desconozca que, después de que salió su artículo, se publicaron muchos más con contenido similar. También pretendo que responda por eso.

En caso de que quiera decirme algo respecto.

* * *

Mientras regresa a casa, después de comprobar que la jaula sigue vacía, se encuentra con un grupo de gente frente a un quiosco.

Unas cuatro o cinco personas rodean a una chica que, sentada en un banco con la cabeza baja e inmóvil, parece estar llorando.

—No es posible. ¿Te asustaste? Claro, ¿cómo no? Debe de haber sido terrible. Pero cálmate. Calma. Hay que afrontar lo que sucedió con entereza —dice una chica que está de pie.

—¿Fue la de la casa donde está el perro de Jindo o los del restaurante de carne? O quizás el anciano testarudo de esta misma calle, el de la chatarrería. ¿No es ahí? —uno comenta, y luego otro alza la voz hasta que se enciende un vocerío.

Tarda mucho en darse cuenta de que la que está sentada en el banco es la Mamá de Maru, aquella joven que todos los días le deja comida a los gatos donde está el ginkgo, quien le prestó la jaula y le dio consejos. Y se queda ahí de pie sin decidirse a ir a saludar.

La Mamá de Maru la ve a lo lejos.

—Hola, ¿cómo está? Me preguntaba qué había pasado con Sunmu. ¿Ha podido atraparlo? —pregunta mientras se levanta por reflejo y se le acerca.

La chica, que se seca los ojos con ambas manos, parece más tranquila que la última vez que la vio y un tanto exhausta.

—Aún no. No quiere entrar en la trampa.

La gente dirige su atención hacia ella, que se esfuerza por contener el deseo de marcharse de allí.

—Ah, conquie usted es quien quiere ayudar a ese amiguito amarillo. Nos contó la Mamá de Maru. Ya lo esterilizaron, ¿cierto? Lo atraparon una vez con la jaula, así que no quiere volver a entrar. Los gatos son muy listos.

—Todavía es un cachorro, no creo que lo hayan esterilizado, ¿o sí?

La gente busca entablar conversación, pero la mujer parece no recordar cómo hacerlo. Su mente se queda en blanco. Le parece que ha olvidado los protocolos.

Le viene un recuerdo: el propietario de un restaurante de comida china al que solía ir con Taeju. Se llevaban bien, en el sentido de que al verse compartían saludos de cortesía y se hacían bromas ligeras.

—Disculpe, ¿podría pedirles que dejaran de venir a este restaurante una temporada, por favor?

—les pidió él un día cuando al terminar de comer fueron al mostrador a pagar.

La mujer tardó en comprender a qué se refería. Durante un instante se le ocurrió que cerraría el negocio temporalmente por remodelación o por vacaciones, pero fue Taeju quien de inmediato se dio cuenta.

—¿Que dejemos de venir? ¿Qué dice? ¿Qué clase de petición es esa? Lo que quiere es que no volvamos, ¿cierto?

Cuando Taeju, que estaba detrás de ella, arremetió de este modo, el propietario se volvió a mirar a los otros clientes y dijo en voz baja:

—Hay personas que suben fotografías a las redes sociales. Tratamos de disuadirlas, pero no podemos controlarlo todo. Entienda la posición en la que nos pondría si hubiera fotografías de usted en nuestro restaurante.

Ella contuvo las ganas de preguntarle si ya se había olvidado de que en los últimos tres años comía ahí unas tres o cuatro veces al mes; de que, de vez en cuando, organizaba en su restaurante comidas del trabajo; de que se saludaban sonrientes. En su lugar, apretó con fuerza la mano de Taeju para que él tampoco le replicara con algo por el estilo.

—Claro. Gracias por su honestidad —dijo ella al tomar el recibo y su tarjeta de crédito.

Lo decía de corazón. Estaba tan hastiada de la gente hipócrita que de verdad le agradecía que hablara sin tapujos. La mareaba estar rodeada de personas que fingían que no pasaba nada y que actuaban frente a ella de forma exagerada y ridícula, y también le daba náuseas pasarse los días imaginando intenciones escondidas detrás de las palabras de otros.

Porque, si le hubieran exigido una explicación, si la hubieran señalado a la cara, si le hubieran recriminado abiertamente, si hubieran hecho todo eso, al menos ella habría podido dar excusas manidas, como hacen los protagonistas de las novelas o de las películas comunes y corrientes. De esa manera habría podido mostrar las injusticias que sufría.

No había duda de que la gente era consciente de que la mejor forma de torturarla era con gestos indirectos, escondiéndose tras la cortina de la cortesía y el decoro, como si se hubieran puesto de acuerdo. Esa era la manera más segura y potente de castigarla. Sin embargo, ella ya había olvidado cómo conversar. O bien, como le dijo Taeju, quizás había decidido negarse a entablar diálogos para hacer del silencio un arma. En su mente, el recuerdo de Taeju consolándola, convenciéndola, regañándola, obligándola y esforzándose para que volviera a hablar apareció y se esfumó de nuevo.

—¿Que si ya está esterilizado? Aún es un cachorro, no he podido comprobarlo. Por cierto, ¿dónde puso la trampa? Tiene que estar hambriento para animarse a entrar, pero ponemos comida por aquí y por allá, así que no tendrá tanta hambre como para hacerlo. Y si no le damos de comer, los otros gatitos también pasarán hambre. Es todo un dilema.

En la cara de la Mamá de Maru se dibuja de nuevo una expresión decidida y vigorosa.

La mujer habla poco y mantiene la vista baja. Entre las angostas grietas de los adoquines ve la hierba verde creciendo. Se siente horrible por esforzarse en descubrir rastros de dolor en cada trivialidad que observa, por deambular en busca de consuelo.

—¿Y le gusta que lo toquen? No, ¿verdad? Esos gatitos causan más problemas después del rescate. Como están enfermos, da pena echarlos de nuevo a la calle. No pretende criarlo después de rescatarlo, ¿o sí?

—No he pensado a tan largo plazo —responde a la pregunta de uno de ellos.

Y, como si se le ocurriera de pronto, la Mamá de Maru cuenta la historia de un gato que vivía en esa callejuela y que murió por algo que comió. Su cara se distorsiona al apuntar que alguien, con premeditación, le dio algo que le hizo daño. Los demás comentan que el verano y el otoño pasados murieron cachorros a montones y les preocupa que no dejen de aparecer terribles y brutales testimonios nuevos en Internet. Enseguida se quejan de que las investigaciones de la policía siempre son mecánicas y no dan resultados.

La mujer se queda callada con prudencia. Los que lo notan dejan de buscar su aprobación y simpatía apresuradamente. Se cierne un pesado silencio.

—Este tampoco habrá vivido ni un año. Mire. Sunmu también es de este tamaño, ¿no? —dice la Mamá de Maru señalando un trasportín para gatos que está en el suelo.

Dentro hay un cuerpo desfallecido. Es un pequeño gato blanco. Semeja una hoja de periódico arrugada.

—¿Está muerto? —pregunta la mujer, sintiéndose tonta al decirlo.

—Sí. Lo encontré demasiado tarde. ¿No es una verdadera crueldad? ¿Qué han hecho para que les den hasta veneno para ratas? De haberlo descubierto un poco antes, lo habría podido llevar al veterinario. No entiendo a la gente.

Al ver el cuerpo inerte, la mujer se siente sobrecogida y no le da tiempo de sentir lástima o pena.

—¿Y ahora qué se debe hacer?

—Mañana iré a la funeraria a que lo incineren para darle un último adiós como es debido —le responde alguien, aunque la mujer lo había preguntado, más bien, como hablando consigo misma.

—¿Lo incineran? ¿Hay funeraria para animales?

Se da cuenta de que no tiene ni idea de nada relacionado con estos asuntos. Después de mucho tiempo, con gran dificultad, elige una entre la multitud de preguntas tontas que se le ocurren.

—¿Esto pasa muy a menudo?

Y, en ese instante, piensa en Sunmu.

* * *

Para Taeju:

Hace unos días encontré tu diario en el cuarto de los trastos.

Es el que escribías con lápiz cuando eras niño. No tenía idea de que estuvieran ahí las hojas del diario que tu madre encuadernó. Me dijiste que me deshiciera de todas tus cosas, pero pensé que esto no debería tirarlo. Son tus recuerdos de la infancia, que no tienen ninguna relación conmigo. Es un registro de tu puño y letra de cuando eras muy pequeño. Si quieres, puedo enviártelo.

Una cosa más. Todavía están aquí tu diploma de la universidad, y el certificado de graduación, entre otros. Sé que puedes volver a solicitarlos, pero estos son los originales. ¿Qué quieres que haga con ellos? La verdad es que no tengo idea de si hago bien al preguntarte. Sin embargo, son cosas importantes para ti, así que pensé que lo mejor era consultarlo contigo.

También encontré ahí la tabla de madera que tú mismo elegiste y retocaste para hacer una mesa, así como tus herramientas y los soportes de metal. Ayer encontré en un costado del jardín las dos piedras que tanto te gustaban. Una es la de color rosado claro, la otra tiene un patrón como de olas. Me dijiste que alguien te las había traído como regalo del extranjero. ¿O las compraste tú mismo? La verdad es que no lo recuerdo bien. Si quieres, te lo envío todo.

Puse en cajas las fotos y dibujos que te gustaban, además de los vinilos. Había olvidado que un día me cansé de verlos y los guardé. También te los mandaré. Seguro que habrá más cosas que tengo que devolverte, como tu ropa y tus zapatos.

Cada vez que tenga tiempo, yo.

Unos días más tarde, vuelve a encontrarse con la Mamá de Maru.

—¿Pero qué demonios crees que haces?

También esta vez, la Mamá de Maru se encuentra envuelta en un altercado. Dos mujeres corpulentas y un hombre de edad avanzada la rodean.

Están en el lugar donde la mujer deja todas las noches la trampa para atrapar a Sunmu. Esta se

puede entrever entre las piernas de la gente, esa trampa donde el astuto gato no se meterá nunca. Todo esto le parece inútil y piensa que debería buscar otra manera, pero ahora mismo no tiene más opción.

—Ya le he dicho que hay un gato enfermo al que quiero ayudar. Alguien debe llevarlo al veterinario.

—¿Y eso a mí qué me importa? Lo que quiero saber es por qué siempre pones comida aquí. ¿Para qué quieres atraer a todos los gatos del vecindario?

—Señores, los gatos siempre han vivido aquí. No es que yo los llame, ellos nacieron aquí y este será su hogar hasta que mueran.

—Esa jaula está llena de comida. Si no es para tentar a esos animales, ¿para qué es? Ellos van hacia la comida, no a otra cosa.

—Esto es solo una jaula, una trampa para atrapar a un minino herido.

—Ay, no. Ya estoy harta de esas explicaciones. No me interesa, así que quítala de inmediato. Si quieres cazarlo, ponla frente a tu casa. Esta no es la primera vez. No es posible. ¿Por qué tengo que repetirlo a cada rato?

—Esta no es su casa. Es la calle, por donde pasa la gente.

La Mamá de Maru no cede; tampoco sus oponentes. Cada uno es firme en sus convicciones y tiene su propia causa. La mujer no decide quién está en lo correcto y quién no.

Se reserva su veredicto.

Reprime su deseo de elegir un bando y tomar partido. Lo cierto es que, por una parte, es más fácil y simple decantarse por algo que no hacerlo. Es una manera rápida de mostrar qué tipo de persona se es, resulta una opción atractiva. Cuando algo no tiene nada que ver contigo, tan rápido se juzga una situación como se retira ese juicio. Luego todo se entierra en el olvido sin más. Sin embargo, la mujer no pasa por alto que es precisamente porque actuó de determinado modo que pagó un precio y acabó metida en esto.

—No entiendo. ¿Por qué vienes a un vecindario que no es el tuyo a causar inconvenientes? Sí, tienes todo el derecho a que te gusten los animales. Solo dime por qué tienes que molestar a las personas de un barrio al que no perteneces.

—Explíqueme de qué manera la estoy molestando, ¿eh?

—Ay, no se puede hablar contigo. Lo que te digo te entra por un oído y te sale por el otro.

¿Acaso no has oído nada de lo que te hemos comentado?

Ambas van alzando poco a poco la voz.

—Yo fui quien puso la trampa —interviene la mujer—. No fue ella. La quitaré en cuanto atrape a un gato.

Se giran a mirarla. Son rostros familiares. Son personas con las que, sin duda, se ha topado unas cuantas veces al caminar por esta callejuela. Saben dónde vive, quién es su familia y a qué se dedica; deben de suponer con bastante certeza lo diferente que era la situación que antes disfrutaba en comparación con la vida a la que está condenada ahora.

—Solo la dejaré por la noche y la recogeré por la mañana. Discúlpeme —añade con toda la amabilidad del mundo, esforzándose por apaciguar los ánimos de esas personas con ademanes rebosantes de cortesía — No se preocupen, que solo la pondré aquí unas horas.

Ellos mantienen sus expresiones de molestia, pero no parecen tener la intención de seguir discutiendo. Todo indica que lo que esperaban era ese despliegue de humildad, lo que pretendían era que ella reconociera que, al menos en lo que respecta a este asunto, se requiere primero su aprobación. O quizás lo que le mostraron es que por ella sienten una vulgar compasión.

—Usted vive en esa casa, ¿verdad? Sepa bien que, si hay algún problema, iré a buscarla de inmediato.

Entre refunfuños, cada uno se marcha en diferentes direcciones. La Mamá de Maru observa con ferocidad cómo se alejan sin decir palabra. La mujer recoge unos objetos que están esparcidos por el suelo y que, sin duda, pertenecen a la joven.

—No los comprendo. No entiendo por qué arman tanto escándalo por un asunto que no les incumbe.

—Ya se les pasará.

—No —replica de inmediato la Mamá de Maru—. Van a montar cada vez más escándalo por esto. Ahora que ya hay alguien más a quien pueden molestar, van a atacarnos a las dos. Es imposible lidiar con ellos.

Aunque a la mujer se le ocurre alegar que ella ya está acostumbrada a los acosos, que ya se le ha curtido la piel de tanto soportar latigazos de odios y aversiones, reprime el impulso de burlarse de sí misma con excentricidades.

—¿No le cuesta enfrentarse a la gente una y otra vez de este modo? Qué terrible que tenga que escuchar esas protestas todo el rato.

—Ni las quejas ni las peleas son importantes. Me dan igual. Lo fundamental es la vida de los gatos. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo mueren. Me los encuentro por todas partes. No puedo fingir que no están ahí —exclama con ira.

La mujer se mantiene en silencio al ver los brazos de la chica surcados de cicatrices. La farola al fondo de la callejuela titila.

—Es verdad —continúa la chica dirigiendo su mirada al poste de luz—. Lo cierto es que le mentiría si le dijera que no es complicado. Incluso cuidarlos es todo un desafío, ¿cómo no voy a estar hasta las narices si la gente tampoco me deja en paz? Vaya a donde vaya, no recibo más que quejas y desprecio, ¿a quién le gusta vivir así? Muchas veces he pensado en dejar de hacerlo, en desentenderme por completo, pero me es imposible. No puedo dejarlos morir de hambre solo porque esté cansada del acoso.

La chica la mira a los ojos como en espera de su aprobación. La mujer le devuelve la mirada y acaba por asentir. Como dice esa joven, la calle no le pertenece a nadie. Es de todos, así que otros seres como los gatos y las palomas, no solo los humanos, tienen derecho a habitarla. Cada ser vivo que nace está condenado a vivir su vida. No es algo que esté sujeto a elección.

La mujer no es ajena a esto.

* * *

Cada vez carga con más cosas al salir de su casa: la jaula y la comida, pechuga ahumada y Churu, hierba gatera y aerosol, bolsas de basura y guantes esterilizados. Un día acaba por hacerse con un carrito donde lleva un sombrero de ala ancha y agua fresca, un paraguas y un impermeable, toallitas húmedas y una cuerda. A veces le preocupa que, por pasear con una jaula y un carrito, se convierta en la viva imagen de lo que la gente llama «la loca de los gatos». En el pasado, si no le hubiera ocurrido esa tragedia, jamás habría hecho algo así.

Estaba convencida de que tenía la capacidad de distinguir muy claramente entre lo que podía y debía hacer y lo que no. Creía identificar a lo que debía prestarle atención y a lo que no. Ya no está tan segura. De alguna forma, ha aceptado que la dueña de su existencia no es ella sino la vida misma.

Por culpa de los vecinos que no dejan de vigilar la jaula, durante el día va donde está el ginkgo a esperar a Sunmu. En las ocasiones en que se lo encuentra, comprueba que sigue en mal estado y que no muestra indicios de mejoría.

Una tarde lo descubre comiendo junto con Cami. Está lloviendo. La mujer lleva un paraguas negro y los observa agachada. Al caer, las gotas de lluvia hacen saltar los granos de arena. El viento hace que las hojas del ginkgo se inclinen hacia un lado y se intensifique el sonido de la lluvia.

Aun después de quedar satisfecho, Cami no se mueve de su sitio. Cuida de Sunmu, que come poco a poco a su lado. Cami le lame las comisuras de los ojos y con la lengua le peina el pelaje enredado. Sus acciones parecen apremiarlo a comer más, insistir en que se alimente, darle aliento.

La mujer cambia de sitio la jaula cubierta de una bolsa de plástico una y otra vez. Sin embargo, los gatos, que ya han comido lo suficiente, no muestran el menor interés. Así no llegará la oportunidad.

—Hola.

En cuanto agita la mano, primero Cami se acerca y luego Sunmu lo sigue con cautela. Cami se sacude para quitarse el agua del pelaje. Las gotas salen disparadas por doquier. A la mujer le salpica en una mejilla y cerca de la barbilla. Sunmu no parece tener fuerza ni para menear el cuerpo. Se queda parado a lo lejos, mojándose bajo la lluvia como si no tuviera más remedio. De la boca le cuelga un hilo de saliva que está a punto de caer. Brevemente, deja ver su encía hinchada y enrojecida, además de que la pata con la que no puede pisar está llena de tierra y suciedad.

Se nota que sufre un intenso dolor. Esa pequeña vida es prisionera del suplicio y el sufrimiento.

—Sunmu, ven. Ven aquí —dice estirando la mano.

Solo Cami se acerca. Con movimientos cándidos llega hasta ella y le roza las yemas de los dedos con la nariz. Después, con una de las patas delanteras, le roza la mano. La lluvia vuelve a mojarle el cuerpo, que se mueve con jovialidad. La mujer juguetea con el minino agitando los dedos, sin quitarle la vista de encima a Sunmu.

Se le parte el corazón.

La compasión y la pena son sentimientos normales hacia animales débiles y vulnerables. Ni ella misma comprende lo que siente. No puede asegurar si lo que le da lástima es el dolor que apresa a Sunmu, la vida que lo expone a un dolor así, lo mucho que ha soportado ese sufrimiento o el todo el tiempo que tendrá que seguir soportándolo.

No sabe si lo que siente es por Sunmu, por ella o por ambos.

Al día siguiente, la mujer sale a ver a la Mamá de Maru.

La ve en cuanto llega al lugar acordado. Lleva un vestido holgado y parece no tener fuerzas, como quien acaba de despertarse. Carga una trampa amarilla con mecanismo de cierre y unos guantes gruesos y largos hasta el codo.

Además, ha preparado otras cosas.

—¿Sabe qué es lo más importante? No rendirse. Después de intentarlo unas cuantas veces, la mayoría desiste con la excusa de que no lo lograrán. Yo lo veo de otro modo. Si no renuncia, tarde o temprano lo atraparé —la anima.

Parece que desea infundirle, cuando menos, un pequeño resquicio de esperanza.

—¿Eso cree? —se dice a sí misma la mujer mirando la trampa amarilla.

La chica le cuenta un poco más sobre lo que ha aprendido durante los siete años que lleva haciendo esto, de cómo le ha cambiado la vida, de los contratiempos, contrariedades e intrigas en los que se ha visto envuelta, de lo inclemente que es esa tarea.

—Debe de haber sido muy complicado. Sin duda, habrá tenido momentos en los que haya querido olvidarse de todo. O sea, me imagino que hay veces en las que ha desea desentenderse de estos asuntos.

—Esos tiempos ya quedaron atrás —dice la chica—. Ya no lo pienso. No sirve de nada. —Luego señala la trampa amarilla que puso en el suelo y continúa—: ¿Sabe a cuántos gatos enfermos he atrapado con esto?

Como la mujer no responde, la Mamá de Maru promete decirle la cifra exacta después de que rescaten a Sunmu. De ese modo, pretende inspirarle ánimos.

La mujer quisiera saber por qué la chica ha estado haciendo esto a pesar de todo, por qué día tras día se expone frente a la vida trágica de estos gatos callejeros que no muestran cambios ni mejoría, qué revelación o descubrimiento ha derivado de esta actividad.

—No tengo una razón. Ninguna. Los gatos tampoco tienen un motivo para vivir. Viven porque nacieron, al igual que yo —responde la Mamá de Maru, como si estuviera regañando a esta mujer que quiere encontrar el significado de todo, y se da la vuelta.

No olvida añadir que se ponga en contacto con ella siempre que necesite su ayuda.

Para Hana Ju:

Hana, ¿cómo ha estado?

Me han dicho que ha llamado varias veces al centro de terapia. Ya debe de estar enterada, pero me encuentro de baja temporal. Ahora no me es posible informarle de cuándo volveré a mi puesto o reanudaré mis actividades. Si usted así lo desea, le pediré al centro que le recomienden otro terapeuta que pueda ayudarla. Yo podría pasarle su historial a quien tome su caso o, si eso le incomodara, les pediré a los encargados que se deshagan de su archivo de acuerdo con los protocolos.

Lamento mucho que nuestras sesiones se hayan interrumpido de este modo.

No sé si lo que le diga le servirá de algo, pero estoy convencida de que podrá superar esta etapa. Nunca he dudado de la fuerza que le infunden todas sus cualidades, aunque usted afirme en este momento que no sabe cuáles son. No olvide que es una persona mucho más fuerte e importante de lo que piensa.

A veces recuerdo la pregunta que me hizo en nuestra primera consulta. Más que una pregunta, fue una clara solicitud: que le diera el diagnóstico sin tratar de ofrecerle consuelo. Dijo que no necesitaba solaz, sino una solución. Me pidió una respuesta inmediata. Por tanto, ver sus cambios cada semana fue para mí motivo de gran alegría y asombro.

En caso de que haya algo en lo que pueda ayudarla, dígamelo con confianza. Si durante este tiempo, por medio de usted yo también

* * *

—Bueno, ¿y dónde estás? ¿En casa?

Antes del mediodía, su madre la llama por teléfono. La mujer vacila unos segundos, pero contesta. Su madre es una de las pocas personas que no le exige respuestas. Le basta con que le preste atención.

—La semana pasada fui al funeral de uno de los de la panadería. ¿La recuerdas? Me refiero a Homi, la que estaba en el mercado. Ahí vi a Yeon-woo, quien jugaba contigo cuando erais niños. Ya tiene tres hijos. Me tomó del brazo y me dijo entre lágrimas que su padre se le había ido demasiado joven, justo cuando él estaba listo para demostrarle que podía ser un buen hijo. Desde niño fue muy sensible. El señor murió por un paro cardíaco. ¿Cómo es posible que haya fallecido sin previo aviso una persona tan trabajadora?

La mujer se sienta en el umbral de la entrada a escuchar lo que le cuenta.

En ese jardín, que estuvo desierto y desolado todo el invierno, brota ahora por doquier el verdor de las plantas. Sin darse cuenta, se está infiltrando la fuerza de la primavera, en plena madurez.

—Ah, por cierto, hoy vi en las noticias que el pescado no es bueno para el cuerpo. Tiene metales pesados e incluso se corre el riesgo de que sea radiactivo. Evítalo todo lo que puedas. Mejor elige marisco. ¿Me escuchas? Bueno, ¿qué te preparas de comer últimamente? Si sigues alimentándote de cualquier cosa, acabarás por enfermarte. Sin salud, no queda nada. Aunque estés sola, debes comer bien siempre. Da igual que no tengas ganas. ¿Me estás haciendo caso?

—Sí, te estoy haciendo caso —responde con parquedad.

Más allá del zaguán se ve a la mujer de la casa de al lado paseando a su perro con una correa. Un empleado de mensajería empuja una carretilla con una pila de cajas y se adentra en la callejuela, mientras que una motocicleta de reparto sale envuelta en música estrepitosa.

—Bien. Ven a casa un día de estos.

—Sí. Dentro de poco —la tranquiliza con promesas que no tiene la menor intención de cumplir.

Este es un tipo de comunicación en el que se dicen lo que no se puede decir y escuchan lo que no se puede escuchar. Es el juego de «encuentra el dibujo escondido». La mujer desvela en las palabras de su madre aquello que esta no se atreve a decirle; su madre atisba en el silencio de su hija lo que esta no puede contarle. De esta forma, las dos aprenden a adivinar las palabras ocultas en el interior de la otra. Ambas tienen muy claro que así evitan lastimarse la una a la otra.

Cuando comenzaron a salir los artículos, su madre la llamó y le preguntó:

—Haesu, ¿tienes problemas?

En aquel entonces ella no soportaba que nadie le hiciera la más mínima observación. Su interior ya estaba repleto de palabras. Si le lanzaban una más, se desbordaría y explotaría. En cuanto su mente prendía el botón de emergencia, se iluminaban unas luces rojas y una sirena comenzaba a ulular. Luego perdía el control.

—Sí, son solo unos asuntos.

—¿Qué sucede? ¿Se trata de algo grave? Tu padre quiso llamarte varias veces, pero no se lo permití. Ahora mismo no sabe que estoy hablando contigo. Me preocupas. ¿Hay alguien que pueda ayudarte? ¿Qué dice tu esposo?

—Ya me estoy encargando yo. No te preocupes.

—¿No será que la gente lo está malinterpretando? Es, más que nada, que no saben toda la verdad, ¿cierto? ¿No afirman que dijiste cosas que en realidad no salieron de tu boca? Esto no es posible. ¿Es verdad que murió? ¿Que se suicidó? No lo sé. No entiendo qué sucede.

Las palabras de su madre encendieron un fuego en su corazón. Fueron como leña que prendió la hoguera de su ansiedad. Una apabullante llamarada, un aplastante chorro de agua que se apoderó de ella en un instante.

—No leas los artículos. No te metas en Internet. No hagas nada.

—No seas así. Las cosas no desaparecen con solo cerrar los ojos. Haz algo, lo que sea. Si esa persona murió, ya perdiste la batalla, porque no puedes pelear con los muertos.

La mujer sintió que su madre la estaba atacando. Incluso le pareció que la estaba cuestionando, que insinuaba que los comentarios que soltó en ese programa los dijo, en realidad, con malicia, con rencor o con la intención de matar a alguien. Se lo tomó como un reproche.

—Hija, Haesu, todos cometemos errores. Ya te he contado lo que le pasó a tu abuelo cuando eras muy pequeña, ¿no? En un principio ni siquiera le dimos importancia, porque no la tenía. Pero un día él...

La mujer la interrumpió:

—Mamá, lo podría haber dicho cualquiera. Además de mí, muchos otros habían hecho los mismos comentarios. Nunca me imaginé que se convertiría en un problema tan grande. ¿Qué debo hacer? ¿Declarar que lo dije a propósito? ¿Afirmar que mi intención fue provocar que esa persona reaccionara de ese modo? ¿Me culpo a mí misma? ¿Crees que yo deseaba que sucediera esto? ¿Piensas que yo lo maté? Se suicidó. Acabó con su propia vida.

De ese modo dejó callada a su madre.

Ahora no siente rastro de crítica en las palabras que escucha de ella. Su madre ya no habla más de ese día. No es que lo evite. Tampoco la juzga con su silencio. En la prudencia de su madre no hay, en absoluto, intenciones ni pretensiones ocultas. ¿Será que cambió de parecer? ¿Se habrá dado cuenta de que en el interior de su hija comenzaban a desdibujarse las fronteras de todas esas cosas que ella había distinguido tan claramente, como los errores y las faltas, la inocencia y el deshonor?

—Haesu, hija, sal a caminar cuando haga sol. Ve y escucha. Odiar el mundo es cosa de tontos. Eso solo lo hacen los necios.

La mujer dice que sí y cuelga. Después, como si lo hubiera decidido, se viste y sale a la calle.

* * *

A un costado del patio hay un grupo de niños.

Se mueven en grupo pero sin seguir un orden específico, y luego se ponen en fila. Parece que ha comenzado el partido de balón prisionero. Los niños se desplazan veloces de un lado al otro para evitar la pelota. Una y otra vez, sus negras cabelleras se concentran rápidamente en un lado y luego se esparcen de nuevo. Cada vez que el balón sale disparado hacia lo alto, se oye el rugido de los jugadores.

La mirada de la mujer se concentra en la vitalidad y energía que exhalan.

Visto desde lejos, es un momento vespertino pacífico y sereno. Sin embargo, el partido se detiene de pronto, los niños dejan sus puestos y se reúnen. Es entonces que se revela la verdadera naturaleza del evento.

Los jugadores rodean el perímetro de la cancha. Después se acomodan uno al lado del otro, tan cerca que sus hombros se rozan. Una de ellos se queda de pie en el centro de la cancha. Es más grande que sus compañeros, da pasos cortos y tiene el hábito de agachar la cabeza hacia la izquierda de vez en cuando. Es Sei.

Se encuentra sola dentro del campo.

—¡Comenzad! ¡He dicho que comencéis! —grita alguien y los niños hacen girar la pelota blanca.

Se mueve rápidamente entre las manos de los niños que están en la periferia y empieza a volar en torno a Sei, que se encuentra de pie en medio de la cancha. La mujer logra entrever a ratos sus movimientos rígidos, poco naturales, temerosos. ¿Qué estarán haciendo? ¿Será un tipo de entrenamiento que idearon? Su intuición le dice que no.

De pronto, la pelota entra a toda velocidad en la cancha.

—¡Cuidado, Sei! ¡Esquívala! Tienes que agacharte. ¿En serio no ves el balón? Ya quedaste eliminada. ¿Eres estúpida o qué? —le grita alguien.

La pelota vuelve a moverse de extremo a extremo. Toma velocidad. Va creando un ritmo extraño. Un ritmo que intensifica la tensión y agrava la ansiedad. La mujer se da cuenta de que esto es, básicamente, un violento juego de caza que atemoriza y aterra a un objetivo acorralado.

Sin embargo, hay algo más que la sorprende: a lo lejos, Sei parece una presa desvalida, titubea, se desespera, pero, en vez de rendirse ante esta situación que no alcanza a comprender, se

esfuerzo en mantener la concentración. Sus movimientos comienzan a tomar elasticidad. Observa el balón y, cuando va en su dirección, pone todo su empeño en esquivarlo. Dobla la cintura, salta con todas sus fuerzas, retuerce el cuerpo con las manos en el suelo y no se rinde a pesar de estar a punto de caer unas cuantas veces.

Se desplaza tan rápido como la pelota. Los movimientos de ambas son cada vez más frenéticos.

—Oye, Cerdita Hwang, debes ser más veloz. ¿Qué haces?

La pelota le pega en el hombro y rebota hacia arriba.

—Atrápala. ¿Dónde tienes la cabeza?

En esta ocasión le da en el muslo y se aleja botando.

—¡Despierta! ¿Cómo vas a ver bien, si tienes los ojos cerrados? ¡Espabilate!

El balón la golpea en la cabeza, en las manos, en los costados, en las puntas de los pies. La acosa y arremete contra ella con persistencia.

Es evidente que no se trata de un juego justo. Sin lugar a dudas, es una transgresión del espíritu deportivo. Quizás se asemeja a la marginación y tormento que ha visto en artículos periodísticos o en las noticias. Sin embargo, la mujer no se comporta con imprudencia. Sabe que plantarse como un adulto estricto e irrumpir de inmediato en el mundo de los niños hablando de lo correcto y lo incorrecto, dándoles el consejo inútil de que se lleven bien, no es la forma de arreglar las cosas. Solo agravaría el problema. La voz superficial de un extraño no podría fisurar el mundo de esos niños.

—¿Me vio jugando al balón prisionero? —pregunta Sei una vez que se fueron todos sus compañeros.

Su rostro delata vergüenza y cansancio. Habla con la vista clavada en la trampa amarilla que está en el suelo.

—Vi una parte. Esto me lo prestó ayer la Mamá de Maru. Veamos si nos ayuda a atrapar a Sunmu hoy.

Sei se sienta en las escaleras, se quita las zapatillas y sacude la arena de su interior. Sus movimientos son bruscos y agresivos, como si estuviera enojada.

—Si tienes algo que decir, hazlo.

—Señora —responde la niña ante su invitación —, no venga más a la escuela. Es mejor que nos veamos en el solar. Donde está la comida de los gatos.

—De acuerdo.

Los intensos y vívidos rayos del sol de la tarde las acompañan. Sus pasos las llevan hacia la puerta de la escuela en medio de un incómodo silencio. Ahí la mujer al fin puede olvidarse de darle consuelo a la niña por medio de palabras, del lenguaje. Cae en la cuenta de que la confianza en sí misma como terapeuta es frágil. Ya no puede fiarse del lenguaje. No es capaz de adivinar de qué modo se alterará y distorsionará en cuanto salga de su boca. Quizás la esencia del lenguaje es justamente lo que debería haber descubierto antes.

—¿Tienes hambre? —pregunta a duras penas la mujer —. ¿Quieres comer algo antes de que vayamos? ¿Te gustaría tomar un refresco?

La niña sólo mece la bolsa donde guarda sus zapatos sin decir nada. La mujer insiste.

—Lamento haber venido sin avisarte. En adelante, te esperaré en el solar como me pediste. Ya no vendré a tu escuela.

—Prométamelo —dice Sei alzando la cabeza y mirándola con frialdad —. No debe romper este acuerdo.

Abogado Kyeong-jin Choi:

Soy Haesu Im, espero que se encuentre bien.

Sé que ya ha pasado mucho tiempo, pero me pongo en contacto con usted para darle mi opinión sobre la denuncia contra el periodista Seongmok Lee. La verdad es que sigo sin tomar una decisión. A la vez que me repito que no hay motivo para vacilar y dejar pasar el tiempo, de repente me pregunto si valdrá la pena llegar a tales extremos. Honestamente, no tengo ni idea de qué es lo que me preocupa tanto.

He pensado mucho en lo que dijo la última vez que nos vimos. «Lo hecho, hecho está. Enfóquese en resolver el problema. Busque una solución. Asuma la responsabilidad por sus acciones, pero

exija una disculpa y una compensación por los daños que le han causado. Se trata de asuntos independientes. No se complique más. Si lo piensa demasiado, perderá la oportunidad de actuar».

Quisiera emprender acciones legales contra el periodista Seongmok Lee y contra aquellos que dejaron comentarios maliciosos en Internet. Sé muy bie que esta decisión me puede complicar aún más la vida. Asimismo, me queda claro que ni una disculpa ni una compensación solucionarán todo el problema. Sin embargo, como usted mismo me dijo, quiero pensar que hay casos en que lo importante es actuar.

Le agradecería que me enviara por escrito el proceso detallado. Además, me gustaría saber a qué conclusión llegaron las otras personas involucradas. ¿Usted también tomó los casos de Seungpyo Lee y Sujin Jang?

Y, por último, lo que quería comentarle el otro día

* * *

La mujer se da cuenta de que esperar pacientemente a Sunmu día tras día no es el camino más eficiente. Llega a la conclusión de que necesita ponerse manos a la obra con más decisión y creatividad.

La tarde del sábado va con Sei hacia donde está el ginkgo. Es un día soleado. Las flores amarillas de las forsitias que crecían a lo largo del muro se han caído, los cerezos ya se han marchitado y los capullos de las rosas están preparándose para brotar con su color carmesí. Dentro de poco será pleno verano.

—Si atrapa hoy a Sunmu, ¿lo llevará al veterinario? Oí que es carísimo porque los animales no tienen seguro. Eso dice mi padre.

—Es cierto. Le preguntaré a la Mamá de Maru si conoce alguna clínica veterinaria fiable. Ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso. ¿Tú has ido a alguna?

—Sí, en una ocasión nada más.

—¿Cuándo?

—Cuando se enfermó Bingo. Era un perro de Jindo color blanco que tenía mi abuela.

—¿Estaba muy mal? ¿Se recuperó?

—No, al final murió. —En vez de continuar con el interrogatorio, la mujer espera que la niña siga hablando—. También mi abuela falleció en un hospital. Si llevamos a Sunmu a un hospital, ¿lo van curar? No se va a morir, ¿verdad?

A veces le sorprende lo que piensa Sei. Hay momentos en que la mente de la niña se adelanta, inesperadamente, a la de la mujer.

—En el hospital se encargan de curar. En algunas ocasiones pueden salir mal las cosas. Cabe la posibilidad de que sea demasiado tarde o de que el cuerpo esté en un estado tan delicado que ahí ya no puedan hacer nada. Sunmu va a estar bien. No te preocupes.

La niña abre la boca con la intención de comentar algo más, pero se frena. Las palabras contenidas extienden una tenue sombra sobre su rostro. La jaula amarilla, un montoncito de golosinas, la trampa de metal y una red de captura con un asa muy larga. Todo este equipaje ralentiza sus pasos.

—¿Te pesa mucho? Dámelo. Yo lo llevo.

—No hay problema. Yo soy muy fuerte. ¡Mire! —dice la niña y se adelanta para demostrárselo.

Al llegar al solar, las dos están empapadas en sudor. Después de bajar las cosas al suelo, la mujer observa los alrededores en busca del sitio ideal.

Busca la trayectoria por la que se pasea Sunmu. Un lugar donde ese animal inteligente y perspicaz pueda aflojar su cautela.

La mujer deja la enorme jaula de metal un poco alejada del árbol de ginkgo y decide instalar la trampa amarilla un poco más lejos. Levanta por un lado la jaula amarilla y la fija con una larga barra de madera. A diferencia de la de metal, en la que hay que entrar hasta el fondo para que se active el mecanismo de cierre, la trampa amarilla no tiene base, lo que ayuda a incitarlos a entrar. Lo importante es lo que sienten sus patas al pisar el suelo, pues los gatos no tienen tan buena vista y dependen mucho de sus otros sentidos.

—¿Quieres probar si funciona?

Sei tira de la cuerda que sujeta la barra y la jaula se cierra de inmediato. Varias veces la mujer

coloca la barra con prudencia, fija la entrada de la jaula lo más alto posible y le pide a Sei que la pruebe. Luego, tras poner varios pedazos de apetitosa pechuga de pollo, se sienta a esperar en un lugar lo suficientemente alejado.

—¿Vendrá Sunmu? ¿Podremos atraparlo hoy? ¿Tú qué piensas?

La niña responde sin entusiasmo. Luego saca su móvil y deja de interactuar con ella. La mujer cambia de tema mientras observa el árbol cada vez más frondoso.

Le cuenta los errores que comete por la noche, aunque sabe que se arrepentirá al amanecer. Habla sobre su soledad, que la hace contravenir sus decisiones como una avalancha que arrasa con todo.

—Sei, anoche llamé a una amiga íntima, pero me dijo que no me pusiera en contacto con ella durante un tiempo. Parece que no quiere hablar conmigo.

—¿Una amiga suya? ¿Por qué le pidió eso? —pregunta con interés.

—Porque una vez peleamos y quizás sigue molesta.

—¿Cuándo? ¿Cuál fue el motivo?

La explicación no es que la pelea se iniciara con un conflicto insignificante o que una quiso hacer tal cosa primero o tener algo. No se trata de que se hablaran de forma grosera o se dieran empujones. No puede resumirlo con facilidad culpando a las envidias o los celos, a las disputas o los malentendidos que a menudo surgen y desaparecen en las amistades. Lo que sucedió entre ella y Juhyeon no fue solo eso. Si fuera tan simple, tal malentendido no habría durado tanto tiempo.

Se trataba de un problema de cosmovisión, de filosofías de vida incompatibles. Era un conflicto en el que les era difícil encontrar puntos de convergencia.

«Haesu, a mí no me tienes que ofrecer explicaciones ni disculpas de ningún tipo, pues no se trata de un problema que haya surgido entre nosotras. Sin embargo, considero que podría ser beneficioso para ti desahogarte conmigo. Pero no está bien que lleves las cosas del modo en que lo estás haciendo. Así no vas a solucionar nada. Tienes que ir a encontrarte con los familiares de esa persona, con quien sea. De lo contrario, nunca podrás dar esto por concluido. No lo hagas por ellos, sino por ti», le había aconsejado Juhyeon apenas sucedió aquel incidente.

La mujer no era capaz de dar la cara. Ellos, los parientes del hombre que se había suicidado unos meses después de que ella hiciera unas declaraciones en un programa de televisión, tampoco querían verla. Bueno, no cabe plantearlo de este modo, pues ella nunca solicitó ese encuentro, así que no puede saber si ellos lo deseaban o no. Para los familiares, ella era solo una de las muchas personas insensatas que les lanzaban discursos groseros y absurdos.

Le era imposible verlos. Ella era quien no quería. Tanto entonces como hoy en día, no tiene nada que decirles.

Poco tiempo después de lo que sucedió, fue a ver a la madre de ese hombre. Juhyeon la llevó y aparcó el coche frente a una residencia de tres pisos. Cada vez que se abrían las enormes puertas de cristal de la entrada, salían grupos de ancianos vestidos con chaquetas coloridas.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Juhyeon, bajando el volumen de la radio.

La mujer se mantuvo en silencio; sabía de qué se trataba esa visita.

A lo lejos vio a una anciana con un bastón y un bolso de estampado floral que bajaba las escaleras despacio. Se despedía de los demás y conversaba sin dejar de mirarse los pies. También había otra señora sentada de cuclillas cerca de la entrada que revisaba el interior de su bolso y cuya bufanda azul ondeaba con cada sople de aire como si estuviera a punto de caérsele del cuello. Más allá había otras figuras similares.

Paseó la mirada entre todos esos ancianos que no conocía.

—Por lo visto, la madre de Jeong-gi Park está aquí. Vamos.

La mujer ya la estaba buscando con la mirada mucho antes de que Juhyeon se lo dijera. En vez de preguntarle «¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Cómo esperas que maneje este asunto?», mantuvo la vista fija en los ancianos: sus pasos lentos, sus cabezas blancas, sus cuerpos encorvados hacia adelante como si algo tirara de ellos.

Se sintió sobrecogida.

El problema fueron los pensamientos que la asediaron de pronto: lo que debía hacer y lo que no, lo que podía hacer y lo que no. Más allá de palabras que semejabán cristales rotos, como «víctima» y «pariente», «verdad» y «especulación», «apelación» y «refutación», nunca había dibujado en su mente a una persona que respirara, caminara, hablara y enfrentara el día a día que

le tocó vivir.

Y por fin estaba a punto de manifestarse frente a sus ojos esa existencia auténtica, verdadera. Era una imagen demasiado concreta y real.

La mujer sabía qué esperaba Juhyeon, qué debía y podía hacer en ese momento. A pesar de eso, se negó a realizar cualquier tipo de acción. Le citaba las reservas del abogado al respecto, culpaba al lugar y alegaba falta de motivos para hacerlo, se excusaba tras el pretexto de que tenía que considerar el momento y la forma.

Nunca se había arrepentido de lo que pasó ese día.

Juhyeon no alcanzaba a entender la situación. Sin duda ella, que todo se lo tomaba muy a pecho, veía este asunto con demasiada seriedad. Si no llegaban a un equilibrio, terminarían por alejarse la una de la otra. La mujer presentía que estaba por tomar esa resolución. Tenía la certeza de que podría renunciar a esa amistad de treinta años. Consideraba que estaba preparada para perder a la única testigo de su infancia, con quien había compartido alegrías y buenos momentos. Ya no soportaba los consejos de Juhyeon, que la escuchaba con atención, que empatizaba con ella, que hacía todo lo que podía para salvarla de este agujero.

Al igual que su relación con Taeju, se habían acabado también sus relaciones endebles con amigos y compañeros de la universidad, con los colegas del centro de terapia, con la gente que había conocido a través del trabajo.

Consideraba que esa consecuencia inesperada era el precio que debía pagar. Pensaba que perder algo que le era muypreciado, como si le amputaran las extremidades, era el castigo que le había tocado recibir.

¿Entonces, por qué llamó a Juhyeon por la noche si no estaba de acuerdo con ella, ni quería volver a hablar de lo que pasó aquel día? ¿Qué estará esperando escuchar en la voz de su amiga, la cual se debatía entre la indiferencia y la compasión?

«De acuerdo, quizás no sea un problema tan grande. No sabemos si en el futuro diremos “Ah, sí, recuerdo que sucedió tal y cual cosa” y pasaremos la página. Simplemente, quisiera que, más adelante, cuando recuerdes este momento, no te arrepientas de nada. No tiene sentido lamentarse diciendo: “Ah, hubiera hecho esto, hubiera hecho aquello”. A eso me refiero. Es lo único que te digo».

Esas fueron las últimas palabras de Juhyeon aquella noche.

La mujer no le preguntó qué más debería hacer, ni cuánto tiempo tendría que pasar para que esta situación se convirtiera en un asunto del pasado.

Lo que pudo comprobar fue que, a partir de aquel momento, desaparecieron los intercambios espontáneos del día a día, los sentimientos que se asomaban con naturalidad y las risas que explotaban de vez en cuando.

Las conversaciones se tornaron secas y áridas. Tambaleaban ante aquel incidente, titubeaban, vacilaban y se detenían una y otra vez. Así acabaron por estancarse.

¿Acaso el conflicto de Sei con sus amigos no es similar? ¿No es algo que, por no poder encontrarle un motivo, se les escapa de las manos cada vez más?

La mujer quiere escuchar a Sei hablar de su situación.

Quiere saber por qué se pone nerviosa cada vez que el teléfono le vibra con la llegada de un mensaje, por qué parece tener miedo. Le gustaría descubrir qué demandas y exigencias le oprimen el corazón.

—¿Los sábados no hay entrenamiento de balón prisionero?

—A veces sí, a veces no. Hoy tendría que haber ido, pero no lo hice.

—¿Por qué?

—Porque no. Me duelen las piernas y estoy cansada. Además, tenemos que encontrar a Sunmu.

La mujer asiente, fingiendo no ver el tobillo amoratado de la niña. En ese momento, aparece una pequeña sombra a lo lejos. Es Cami. Unos instantes después, un cuerpo amarillo surge detrás del árbol.

—Es Sunmu. Mire, allí está —susurra la niña y la mujer se yergue con cautela.

Al igual que siempre, primero aparece Cami y luego Sunmu lo sigue cojeando. Sunmu no puede abrir bien los ojos. De vez en cuando, saca la lengua y agita la cabeza. Cuando lo hace, da la impresión de que se estrellará contra el suelo. Está claro que no es lo que pretende. Se nota que una agonía, un dolor se apodera de su cuerpo como si se tratara de una marioneta.

—Hoy debemos atraparlo de una vez por todas —murmura la mujer.

* * *

La espera del sábado no rinde frutos.

Cami, totalmente despreocupado, entra en la jaula de metal y se come la golosina sin inmutarse lo más mínimo cuando la puerta se cierra con estrépito. Incluso se acuesta y duerme una siesta encerrado. ¿Sunmu aprenderá algo de su actitud? ¿Le servirá como prueba de que lo atraparán si no es prudente? ¿O notará que no pasa nada aunque se cierre la jaula? Quizás es la manera secreta en que Cami lo ayuda.

El domingo por la mañana la mujer visita el solar, donde sucede algo sorprendente. Poco después del mediodía, Sunmu se le acerca. Camina con dificultad, pero no muestra señas de vacilación. El gato sabe quién es. La reconoce. Está segura.

La mujer se arma de valor. En cuanto extiende la mano, Sunmu la roza con su nariz e incluso come de su palma el Churu que le ofrece.

—¿Ya has cambiado de opinión? ¿Hoy vas a ser dócil y entrarás a la jaula? —dice y, de inmediato, el minino la mira a los ojos y lanza un maullido con el hocico entreabierto.

Más que un maullido, es el sonido metálico de su respiración. De cualquier modo, está en mejor estado que ayer. No le cuelga la lengua ni continúa moviendo la cabeza de un lado al otro.

¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

Sin embargo, solo se trata de su deseo, una ilusión. El pelaje del gato está enredado y apelmazado. Su rostro, manchado con legañas y lágrimas, se nota sumamente hinchado; su cuerpo, delgado en extremo. Se encuentra en condiciones tan deplorables que, a primera vista, no parece siquiera estar vivo y no le sorprendería que sucumbiera en cualquier momento.

Ella observa sus ojos de un ámbar intenso, sus patitas, sus orejas puntiagudas y su cola delgada. La cadencia de su respiración es más obvia. Ha crecido desde la primera vez que lo vio y ahora parece más un adulto. Está cumpliendo con diligencia su función de crecer a pesar del dolor.

La mujer decide ser valiente.

Se esfuerza por guiarlo hacia la jaula. Agita una rama larga y delgada para llamar su atención y, cuando Cami aparece más tarde, lo acaricia para que Sunmu pierda el recelo. Espera el anhelado momento. Si llegara, podría empujarlo con una mano y hacerlo entrar. Con un poco de empeño podrá contenerlo y rescatar a esa pequeña criatura que se ha quedado sin fuerzas.

Pero no se da la ocasión.

Las cosas no suceden a nuestra conveniencia. Nunca es así. Sunmu solo deambula en torno a la jaula amarilla. Ella termina por acercarse furtivamente e intenta empujarlo dentro de la jaula. En cuanto siente sus manos, Sunmu salta sorprendido. Se transforma en un gato salvaje y aterrador. La amenaza con sus garras y mostrándole los colmillos.

En cuanto ella saca la manta que tenía preparada, Sunmu la esquivo. Sin darle señal alguna a Cami, se esconde a toda velocidad detrás del ginkgo.

La mujer vuelve a casa antes del anochecer.

Sin ducharse ni cenar, se tumba en el sofá, donde comienza a sentirse aletargada. La casa está tan tranquila que parece solitaria. Es el lugar perfecto para caer rendida. Sin embargo, no consigue dormir profundamente. Ciertas agitaciones y zumbidos la atrapan entre la vigilia y el sueño.

Se encuentra en un sitio repleto de personas que le hacen señas con las manos mientras la llaman por su nombre. La mujer las saluda e intercambia las cortesías de rigor. Esa gente le resulta familiar y desconocida al mismo tiempo. Cada vez que se gira, se vuelven un poco más ajenas. Y pronto se da cuenta de que no reconoce ningún rostro. Se cuela entre este grupo de completos extraños para encontrar una cara que recuerde. Al fin descubre a alguien. No puede ver bien sus facciones porque esa persona se esconde inclinando la cabeza hacia un lado. Sin embargo, sabe que la conoce a fondo. Sin duda se trata de alguien con quien ha tratado mucho tiempo. La mujer, desesperada, se esfuerza por salir de entre la masa compacta de gente.

Por fin, al llamarla por su nombre, esa persona se vuelve a mirarla. La observa con un rostro que nunca había visto antes y que nunca pensó que vería, una expresión extraña y cruda, una mirada aterradoramente severa y firme.

Así se despierta una y otra vez hasta que, en cierto momento, no puede volver a conciliar el sueño. La noche se hace más profunda. La mujer come queso y unas almendras rancias y arrugadas mientras ve una telenovela.

«Así no se hacen las cosas. Debemos reunirnos para conversar. También debemos escuchar qué dicen nuestros hijos», dice un hombre en la pantalla.

Está sentado en el suelo con un pijama azul a rayas hablando con una mujer que parece ser su esposa.

«¿Para qué? ¿Por qué tengo que escucharlos? No. Esta vez se acabó de verdad. Dicen que ningún padre podría darles la espalda a sus hijos, pero yo no puedo más», dice su esposa mientras se aplica crema frente a un tocador, sin siquiera darse la vuelta hacia donde se encuentra el hombre. Este se masajea uno de los pies con la mirada fija en un punto del suelo. El silencio se cierne pesadamente sobre la pequeña habitación, donde no hay más que un armario antiguo y una cajonera pequeña, un tocador y una mesa baja de madera. El hombre vuelve a hablar. Un marido que busca convencer a su esposa incluso en medio de la molestia y el enfado, la lástima y el agobio. Ese es el papel que se le ha asignado.

Su actuación es completamente forzada. Se nota que sus muchas preocupaciones rebasan su rol como esposo en esa escena. Aunque quizás solo sea la impresión que le provoca a la mujer. ¿Será a causa del maquillaje y peinado tan rebuscados, o por el escenario que no pega con el vestuario? ¿Se deberá a un asunto personal del actor ajeno a los telespectadores?

La escena cambia.

El hombre habla con dos personas en un restaurante de comida coreana con techo bajo. Sus interlocutores, una pareja que lleva el mismo delantal, no dicen una sola palabra. Cuando el hombre se calla, el silencio comienza a acumularse sobre la mesa. Las miradas de los tres no se cruzan.

«Tu mamá siempre ha sido muy obstinada. No tienes de qué preocuparte. No le des importancia esta vez. Venid a casa este domingo. Tengo algunas ideas, así que venid a vernos», dice con energía el hombre tras unos momentos de silencio mientras prueba el *tteokbokki*³.

Su actuación no deja de ser poco natural. Las frases continúan sin interrupciones, pero se esparcen mecánicamente por el aire. Son palabras que no logran atraer con gestos, consuelo o alivio otras palabras para que hagan que la charla continúe. No conocen el arte de la conversación.

«No salgo de una para meterme en otra. Qué triste es mi situación», murmura al salir del restaurante. «Cuanto más vivo, más complicado se vuelve todo. Si al menos pudiera tener un día tranquilo para descansar. No puedo ni respirar. No puedo».

Como si lo estuviera doblando, la mujer repite en voz alta lo que dice el hombre. Es una telenovela antigua que ya ha visto varias veces, tanto que se ha aprendido de memoria algunas escenas y diálogos. Este hombre sale pocas veces. En más de cincuenta minutos de emisión, aparece en apenas unas tres o cuatro escenas.

¿Cuál será el motivo de que, a pesar de eso, ella recuerde con exactitud sus palabras y su expresión, sus diálogos y sus gestos? ¿Por qué se fija en la actuación del hombre en esos momentos poco naturales?

Un hombre de cincuenta años desempeña el papel de uno de setenta. Como llevado por el personaje, apenas cumple con el rol que se le asignó. Al principio, ella supuso que no tenía talento para la actuación. Pensó que se había arriesgado con un papel con el cual no podría cumplir y consideró que se trataba de una persona que no sabía discernir entre lo que podía y no podía hacer.

Ahora ya no saca conclusión alguna respecto a él. No lo juzga, ni lo critica. Aprieta el botón de apagado del mando a distancia. En cuanto el televisor se apaga con un destello, se olvida por completo del rostro genérico de ese hombre y se vuelve a dormir.

Abogado Kyeong-jin Choi:

Hola, ¿cómo se encuentra?

Soy Haesu Im. Han pasado ya muchas semanas desde que le dije que le daría mi opinión sobre la denuncia del periodista Seongmok Lee. Le pido su comprensión respecto a la demora en mi respuesta.

Recibí el correo que me envió. Tengo entendido que todos tomarán medidas legales, a excepción de tres personas. Asimismo, soy consciente de que para recopilar los documentos se necesitará

una considerable cantidad de tiempo.

La verdad es que desde hace unos meses he estado viendo a Seungpyo Lee y a Sujin Jang. Seguramente los recordará, se trata de dos personas con las que fui a la cita con usted. Nuestros encuentros no tienen un objetivo en específico ni, mucho menos, suceden con regularidad. Compartimos entre una y dos horas en las que hablamos de asuntos cotidianos mientras tomamos una taza de café.

Hay momentos en que tanto ellos como yo requerimos, con desesperación, de entendimiento y empatía. A veces me siento un poco aliviada al volver a casa después de verlos.

¿Podría pensar lo del periodista Seongmok Lee unos días más? Necesito un poco más de tiempo para considerarlo. Le daré una respuesta a fin de mes a más tardar.

Lo siento si le causo demasiadas molestias. Le pido que me avise si hay algún asunto sobre el que deba informarme. Yo también lo mantendré al tanto. Y tengo una petición más que hacerle.

Se trata del asunto por el que le había preguntado.

* * *

Prepara lo necesario y sale en coche.

Es la primera vez que lo hace en casi dos meses. Se sienta en el asiento del conductor y el vehículo arranca suavemente en cuanto aprieta el botón de encendido. Tras salir de la callejuela, comienza a acelerar poco a poco. La tranquiliza saber que va alejándose de su hogar. Con las manos en el volante, se sienta bien erguida y observa el amplio camino que se abre ante sí. Cruzan por su vista los edificios altos, los brillantes anuncios publicitarios y el ajetreo de la gente al pasar.

Baja un poco la ventanilla. Las luces, el aire y el sonido que entran parecen distintos. Esto pertenece del todo al afuera. Son cosas extrañas con las que nunca se había encontrado frente a frente antes. La calman.

¿Volará huyendo de su propio mundo? ¿Disfruta de la sensación de libertad al alejarse de sí misma?

La persona con la que ha quedado ya está en el sitio acordado. Al acercarse a la ventana, alguien que conoce se levanta. Se trata de Seungpyo Lee, un hombre que apenas pasa de los treinta y con quien se encuentra una o dos ocasiones cada par de meses. Es uno de esos seres viles que ha llevado a alguien a la muerte por medio de palabras imprudentes e insensatas.

Es una reunión de infames.

Puede que esta cafetería, con ese ventanal por el que se ve todo el interior, no sea el sitio adecuado para que se reúna gente como ellos. No, más bien es el lugar perfecto para sentir, como en ningún otro, la vergüenza y el oprobio. Quizás este es, más bien, el sitio ideal para que los descarados se oculten.

—Hola, ¿cómo te ha ido? Sujin me ha dicho que llegaría un poco tarde.

Seungpyo tiene mejor aspecto que la última vez que se reunieron. Ha aumentado de peso y ha recuperado el buen semblante. Se sienta frente a él. La sosegada música clásica que sonaba se transforma en un alegre jazz.

—Incluso ahora, a veces me encuentro con gente que me reconoce. Sin embargo, no son tan agresivos como antes, lo cual me parece una suerte.

Seungpyo sorbe el café sin dejar de observar a su alrededor. Alguna vez fue un empleado común y corriente de unos treinta años. No, sigue siéndolo, pero ya no es común y corriente. Ha cambiado la forma en la que la gente lo ve, su manera de ver a los demás, la empresa en la que trabaja y la disposición de sus compañeros. Su vida se ha degradado. Al menos es capaz de admitir su culpa.

El ha olvidado cómo volver a su yo anterior. Lo ha perdido, al igual que ella. Esa era su similitud más grande. Tienen que reconciliarse con la vida que llevan ahora. Deben encontrar la forma de hacerlo.

Sujin Jang llega veinte minutos tarde. Es una mujer de unos cuarenta años que tiene una tienda online bastante grande de ropa, la cual está a punto de quebrar.

Una vez que están todos reunidos, comienzan a conversar.

—Para mí el golpe ha sido durísimo. Entrar cada mañana a la página y borrar los comentarios negativos es toda una faena. Entendéis de lo que hablo, ¿no? Una vez alguien puso el nombre de

la escuela a la que asiste mi hija Hanbin. Es una niña de diez años que no tiene la culpa de nada. ¿Os he contado que en una ocasión alguien me rayó el coche? Desde ese día aparco lejos de mi casa a propósito, pero no sé cómo han descubierto que es mío y me ha vuelto a suceder. Hace poco lo dejé cubierto con una funda que acabaron por destrozar a cuchilladas.

Seungpyo la escucha, afligido. Parece que considera que ese es el futuro que le espera.

—Entonces —interviene inclinándose hacia la mesa—, ¿qué sucede si ponemos una demanda? ¿Podríamos sancionar a todos los que nos han acosado con comentarios en Internet? ¿No tendrán que pagar solo una pequeña multa y ya? ¿Quién decide si se trata de acoso o no? Yo he estado preguntando en distintos lugares y siempre recibo una respuesta diferente —concluye con voz cada vez más baja.

—Escúchame. Lo importante no es si se trata de acoso o no, sino lograr que dejen de actuar así. ¿Hasta cuándo vamos a tener que seguir soportándolo? Claro, en un principio yo también intenté tolerarlo, fingir que no me daba cuenta, pero sigue sin terminarse. ¿De verdad la gente puede obsesionarse de este modo? Me tiene anonadada. Si nos quedamos de brazos cruzados, no habrá fin. Nunca. Tengo que hacerlo por Hanbin. Ella no tiene ninguna culpa, ¿no están de acuerdo? —dice Sujin inclinándose cada vez más hacia la mesa.

Ella y Seungpyo están tan cerca que sus frentes están a punto de rozarse.

La mujer siente que Sujin ha cambiado un poco.

Se encontraron hace un año en el despacho. Fue justo después de que el abogado de la mujer se pusiera en contacto con ellos. En esa sala de juntas con tan pocos muebles que parecía vacía, los tres escucharon términos como «respuesta en conjunto», «medida preventiva», «plan de acción». Como palabras que acabaran de encontrar en el diccionario, el significado concreto de estos conceptos era difícil de imaginar. Ella ni siquiera las había pronunciado antes porque nunca había tenido la necesidad. Esas extrañas palabras la habían rodeado y la habían dejado perpleja.

—¿Puedo deciros algo? Será solo un momento —la primera en hablar después de la consulta con el abogado fue Sujin.

La mujer estaba esperando el ascensor. Seungpyo estaba unos pasos detrás sin saber qué hacer hasta que, al final, se les acercó.

—¿Qué pensáis? ¿Ya habéis decidido cómo vais a actuar? ¿Cómo se llamaba el abogado? ¿Yeong-jin Choi? ¿O era Kyeong-jin Choi? ¿Quién os lo recomendó? ¿Lo conocéis bien? ¿Es de confianza? Disculpa que no deje de hacer preguntas. ¿Así que hoy es la primera vez que ves a Yeong-jin..., quiero decir, a Kyeong-jin Choi?

Sujin hablaba desenfadadamente mientras revolvía su café helado con la pajita y Seungpyo escuchaba atento y con expresión aturdida cada palabra. Podía percibir que ambos, al igual que ella, estaban llenos de miedo. Eso era indiscutible. Ese día lo que intercambiaron los tres fue miedo y terror. Se estaban preparando para hacer frente a esta época que empezaba a proyectar una trágica una sombra en sus vidas. O quizá justo esa era la conversación más adecuada para unos humanos incompletos que habían cometido un error absurdo.

De cualquier modo, ella recuerda que ese día, cuando se despidió y salió de la cafetería, lo primero que le llamó la atención no fueron los edificios altos, ni las extensas calles, ni el paisaje del corazón de la ciudad abarrotado de gente y de automóviles. En cambio, reparó en algo que no había visto antes: una silenciosa cueva más allá del paisaje atestado y animado; un fundido a un negro, justo antes del cambio de escena, tan intenso que resultaba aterrador.

Hoy en día ya no percibe señales de miedo en Sujin.

—¿Has estado bien este tiempo? ¿Han vuelto a acosarte a través de la sección de comentarios de la web del centro? Es increíble que por todo este alboroto la página estuviera fuera de servicio durante una temporada. ¿Ultimamente no ha habido novedades en el centro? Yo me pregunto varias veces al día si debería cambiar mi número de teléfono. Sin embargo, tengo contactos de negocios y clientes de toda la vida, así que me sería complicadísimo hacerlo. Por cierto, Seungpyo, ¿tú cambiaste tu número? ¿Todavía no?

La mujer responde de forma breve que el centro de terapia no se ha puesto en contacto con ella. Luego cambia por completo de tema y les cuenta que estos días está intentando atrapar a un gato callejero.

—¿Un gato? ¿De esos que viven en la calle? ¿Por qué?

—Me gustaría llevarlo al veterinario. Está en muy mal estado.

—¿Quieres que lo curen? Es una labor muy noble. ¿Siempre has tenido ese interés? Ah, por

cierto, Seungpyo, ¿ya te has decidido? El abogado dijo que podíamos presentar una demanda por difamación —responde Sujin desviando el tema tras mostrar un breve interés.

Su conversación se vuelve a remontar hacia el pasado.

—No sé qué debería hacer. He estado investigando y dicen que no es cosa fácil castigar a los acosadores virtuales. Si denuncio y se vuelve a encender la llama, yo seré el único que salga perjudicado. ¿Recordáis que el año pasado tuve que posponer mi boda? Este año quisiera que al menos se conocieran nuestras familias. Mis padres están ansiosos por que me case y a mi novia le preocupa mucho que las cosas salgan mal.

—Escúchame bien, Seungpyo. ¿Crees que las cosas van a mejorar si te mantienes callado? ¿Cuánto tiempo vas a continuar viviendo atado de pies y manos? ¿A esto llamas vivir? Es lo mismo que estar muerto. ¿Vas a seguir así? ¿Te parece posible?

—Claro que no. ¿Quién puede vivir así? Pero de verdad que no sé qué hacer, no sé qué es lo mejor.

Su conversación sigue dando vueltas sobre un mismo punto. Si alguien que no los conociera los escuchara, ¿de qué tipo de conversación creería que se trata? ¿Serían las víctimas o los agresores? ¿Verdugos con cara de mártires? ¿Mártires disfrazados de verdugos?

—¿Tú has pensado algo? ¿Ya has decidido qué hacer? —le pregunta Seungpyo.

La verdadera pregunta es si va a dejar en paz a aquellos que la acosaron por Internet, que esparcieron mentiras, que la atacaron repetidamente y con malicia. La elección de las palabras y el interrogante son diferentes, pero en esencia es lo mismo que les había preguntado el abogado. Ella cambia de tema. Dice que está aumentando la temperatura poco a poco, que este verano será muy caluroso. Comenta que a fin de mes golpeará un tifón. Y, por último, toca el tema que quería abordar:

—Disculpadme, pero no podré venir a las reuniones durante un tiempo. Espero que, tras reflexionarlo a fondo, toméis la decisión más adecuada.

—¿Qué dices? ¿Por qué? —pregunta Seungpyo mirándola a los ojos mientras recoge las tazas vacías de café—. ¿Lo has decidido con el abogado? ¿Lo que dices es que no tomarás acción alguna? ¿En serio? ¿Hay algo que no me hayas dicho? Si sabes algo más, tienes que compartirlo con nosotros.

Ella se traga las ganas de replicarle que no hacer nada también puede ser una decisión y a veces no actuar es aún más difícil que hacer algo. Si no se lo dice es porque ese no es el motivo de su decisión, la cual, además, podría no ser una resolución sino una manera de postergar las cosas.

—Simplemente necesito más tiempo —responde mientras limpia con una servilleta el agua que dejaron las tazas sobre la mesa—. Ahora no tengo la cabeza para esto ni puedo seguir dándole vueltas a este asunto. Es que tengo que rescatar a un gato.

La mujer se despidió de sus dos interlocutores, que no pueden ocultar su perplejidad, y se dirige al aparcamiento de inmediato. Luego se sienta frente al volante, se pone el cinturón de seguridad y arranca el coche. Es hora de regresar. Resistiendo las ganas de volver la vista hacia atrás, hace de tripas corazón y vuelve a su mundo.

* * *

Para la mujer, el solar del ginkgo se va convirtiendo poco a poco en una especie de templo.

Le proporciona calma estar ahí a la espera de Sunmu. No sabe de dónde proviene ese sosiego. Cada vez pasa más tiempo en ese lugar. En ocasiones se queda ahí hasta que cae la penumbra y se oscurece todo a su alrededor. Y así, de momento, se le olvida que está allí para ver a Sunmu.

Si alza la cabeza, de inmediato ve el ginkgo. Su verdor y claridad se han intensificado tanto que atrapan su atención a menudo. A veces se pone a hacer torres con piedritas planas y chatas o con ramas que apila entrelazadas. Más tarde se entretiene derrumbando con un dedo lo que edificó con tanto empeño.

Siempre es más fácil destruir que construir.

Quizás está aprendiendo que, si la vida se tratara de erigir bloques, todo se vendría abajo con que quitáramos uno solo. Y al pensar de este modo, le sorprende que se pueda aprender algo en cualquier parte.

Sunmu se deja ver de vez en cuando.

Sin dejar de vigilar sus alrededores, sacia su hambre, calma su sed y luego la mira a los ojos

mientras se acerca y lanza un suave maullido. Por la mañana está lánguido; por la tarde, extenuado; mientras que por la noche parece tener un poco más de ánimos. Ella no sabe qué es del gato por la madrugada. No puede imaginar ni qué hace ni en dónde está a esas horas.

No obstante, no hay duda de que Sunmu la reconoce. Es un vínculo claro pero cauteloso que no encuentra en Cami, que se les acerca a todos, los mira a los ojos, les ofrece sus suaves mejillas tratándoles con calidez. Sunmu lo demuestra de una forma muy indirecta.

De día, cuando la mujer le hace señas, el gato la mira y se le acerca lentamente hasta posar la nariz sobre sus dedos. Es la manera en la que los felinos saludan, con desinterés y arrogancia. Alza la mirada hacia ella y emite un maullido débil, dando vueltas con parsimonia a su alrededor. Cuando está de buenas, el animal acerca la nariz a los zapatos de la mujer y olfatea.

Pero su corazón no se tranquiliza al verlo así. Por el contrario, se inquieta. No es únicamente por su cojera, por su pelaje enredado, por la saliva que se le escurre por la comisura de los labios, ni porque cierra los ojos de pronto cada vez que el dolor lo recorre como una descarga eléctrica.

No sabe qué es lo que siente por Sunmu. No puede distinguir si se trata de compasión, de una persistente lástima hacia ella misma o de un superficial sentido de superioridad por ser humana. Ni siquiera comprende su deseo de ayudarlo. De hecho, a veces esa convicción de ser capaz de auxiliar a una criatura tan pequeña y lamentable hace que se sienta ridícula. En este sitio se encuentra frente a frente con ella misma. Nunca ha podido librarse de su propio ser ni por un segundo. Ni siquiera un poco.

Una tarde extiende la mano hacia Sunmu, que comienza a quedarse dormido. En ese momento, como llevada por algo, no vacila en absoluto. El pelaje de Sunmu está apelmazado, mojado y resbaloso. Su lado salvaje se despierta en cuanto lo sujeta por la nuca. Se retuerce por instinto y comienza a oponer resistencia. Como titubeé solo un poco, fracasará. No tendrá otra oportunidad como esta.

La mujer hace fuerza con la mano que lo sostiene, mientras que con la otra intenta someter a ese cuerpo pequeño y escuálido. Este es un instante que no puede explicarse clara ni ordenadamente. Se trata de una confusa amalgama de horribles momentos que consisten en sujetar, retorcerse, aguantar, sacudirse, gritar, suplicar y acorralar.

Intenta atraparlo envolviéndolo con una camisa que se había quitado antes. Mientras tanto, casi aplasta a esa pequeña criatura y contiene con todas sus fuerzas las ganas de renunciar. La mujer intenta abrir la trampa con un pie. A pesar de su tamaño, Sunmu despliega un gran vigor. Al forcejear, levanta una espesa nube de polvo, se le escapa saliva por doquier y maulla a todo pulmón.

Casi de milagro, logra enjaularlo. No, es una ilusión. Antes de que pueda abrir la puerta siquiera, se le escapa en un parpadeo. Corre inclinándose hacia un costado y varias veces está a punto de tropezar. Se nota que está aterrado.

—Sunmu. ¡Sunmu!

El gato se pone de pie por un segundo y enseguida se desploma. Ella también se ha quedado sin energías. Sus brazos y manos están llenos de sangre y rasguños que Sunmu le ha hecho con sus garras afiladas. Se cubre el brazo herido con su camisa. El rojo de la sangre empapa la ligera prenda.

Después de envolverse bien el brazo, comienza a recoger sus pertenencias. Luego sale con prisa del solar.

—¿Ha podido rescatar a Sunmu? Ay, no, ¿qué le ha pasado en el brazo? ¿Está herida?

Esa tarde la Mamá de Maru se queda atónita cuando la mujer le devuelve la trampa amarilla y la jaula de metal. Frente a la lechería con la reja bajada hay un montón de cartas sin abrir. Hasta ahora no se había fijado en que en un borde de la cortina hay un papel que dice «Se alquila». Todo indica que este negocio lleva mucho tiempo desocupado.

—Me rindo. Creo que no soy capaz.

—¡Por Dios! ¿Se ha lastimado al intentar rescatarlo? ¿Eso es lo que ha pasado? —pregunta la Mamá de Maru observándole el brazo vendado.

En realidad, parece que lo que pretende es regañarla, como si dijera: «¿Se rinde solo porque un gato frágil y pequeño le hizo unos cuantos rasguños?». No, incluso es posible que ya se esperara este resultado.

—Aunque lo atrapara, no podría cuidar de él. Nunca he tenido mascota. Tampoco quisiera devolverlo a la calle después de curarlo. Simplemente no puedo hacerlo. Lo siento —responde

mirando las jaulas que ha dejado en el suelo.

Después le entrega una pequeña bolsa en la que lleva una caja de galletas que ha comprado en una panadería cercana. Le da las gracias, se despide y le dice que ha lavado bien todo lo que le hizo el favor de prestarle.

—Entiendo. Si esa es su decisión, no hay nada que hacer. ¿Ya ha desinfectado la herida? Todavía no ha ido al médico, ¿verdad? Ya que es un gato callejero, necesita que le pongan una vacuna contra el tétanos. Por si acaso, vaya a una clínica.

La Mamá de Maru la mira con la intención de decir algo más, pero luego se da la vuelta en silencio con las jaulas y la bolsa de compras. A lo lejos, desde la avenida más allá de la callejuela, se oye una sirena acercándose y alejándose. La mujer se queda de pie, observando a la joven, que se aleja arrastrando las sandalias.

Director Hanseong Lee:

Espero que se encuentre bien.

Me pongo en contacto con usted después de mucho tiempo porque tengo un favor que pedirle. Hana Ju fue una de mis pacientes. Tiene veintitantos años y padece de episodios periódicos de depresión. Durante el año que la traté, fui testigo de su férrea voluntad de mejorar. Si bien no puedo proporcionarle los detalles del caso, quisiera que me recomendara a algunos terapeutas que pudieran seguir ayudándola. Ya que se trata de una persona que puso su confianza tanto en mí como en el centro, me parece que nos corresponde mostrarle este nivel de atención y consideración.

También hay algo más que quisiera pedirle.

Se trata de los cuestionamientos planteados por Minyoung Cho en la última junta que realizamos para decidir lo que sucedería conmigo. Además de que lo que preguntó fue inapropiado, ese no era el momento ni el lugar para abordarlo. En especial, no puedo evitar sospechar que no tenía las mejores intenciones al cuestionar la forma y la actitud con la que yo realizaba mis labores. Usted bien sabe que no me merecía tal cosa. Incluso si lo que planteó hubiera sido cierto, ese no era el momento indicado para discutirlo, ni tampoco el lugar.

Me pregunto qué tipo de acuerdo interno hubo en relación con aquella junta, ya que se trató de una reunión llevada a cabo con toda formalidad. Me gustaría saber si se discutieron de antemano las críticas lanzadas por Minyoung Cho, si las realizó por elección personal y en qué medida influyeron en lo que se decidió respecto a mi persona.

Se me notificó directamente mi salida de la empresa sin que se me informara de cómo se había realizado ese proceso. Como una de las partes involucradas, creo que tengo derecho a solicitar información al respecto. Sin poder descubrir una razón convincente, me es muy complicado aceptar el resultado.

Mis exigencias no son poco razonables ni tengo motivos ocultos al plantearlas. Sin embargo, yo

Escribe hasta ese punto y corrige algunas palabras para poder concluir la carta. Reemplaza «interno» con «encubierto», agrega «y confidencial». También prueba a sustituir la palabra «acuerdo» con «conspiración», «confabulación» y «colusión». Esa misiva, que parecía ser casi neutral, ahora comienza a delatar tonos e inflexiones. Son emociones y sentimientos inapropiados que nunca había mostrado. Palabras que regresarán a ella en busca de venganza. Así que esta resulta ser otra carta que no puede enviar.

* * *

Las heridas que le quedan son demasiado graves y profundas como para creer que se las ha hecho un gato callejero enfermo.

A la mañana siguiente, va a la clínica y le ponen tres puntos en el dorso de la mano, donde tiene una herida profunda, además de antibióticos y una vacuna contra el tétanos. Tiene el brazo lleno de sarpullidos rojos e hinchado, como si lo hubieran golpeado. El médico le dice que necesita ir a que le reemplacen los vendajes cada dos días.

También le advierte que no lo moje.

—¿Quiere concertar una cita para su próxima visita? Si no, tendrá que esperar mucho tiempo —le pregunta una enfermera mientras espera su receta médica en la recepción.

—Sí, en un horario en el que no haya mucha gente.

—Es en dos días, ¿verdad? Será jueves. Le pondré la cita a las diez. Por la mañana.

El consultorio médico se encuentra en la segunda planta de un edificio sin ascensor. No esperaba que una clínica vieja como esta estuviera llena de pacientes todos los días. Sale, cruza veloz el pasillo y baja las escaleras. Una anciana desciende lentamente sujetándose de la barandilla con ambas manos.

—Ay, Dios. Cuánta gente hay aquí siempre. Cada vez que vengo, tengo que esperar al menos dos horas. Los pacientes nunca se acaban. Las clínicas no saben lo que es una crisis porque siempre habrá enfermedades. —Aunque ella no responde, la anciana sigue hablando—: De cualquier modo, el doctor es muy honesto. Además, es bastante bueno. Si no, ¿quién vendría a pasar consulta a un lugar como este? Me mata el dolor de las rodillas, y aun así tengo que subir y bajar escaleras todos los días. Pero usted no se preocupe, este doctor es tan bueno que podría curarla hasta con los ojos cerrados.

La mujer asiente, se despide con una inclinación de cabeza y sale del edificio. Lo que tanto la inquietaba sucede una semana más tarde mientras espera en la recepción a que le quiten los vendajes y los puntos.

—Oiga, disculpe. ¿Sabe quién soy? ¿Me recuerda? —le dice alguien.

Es un hombre sentado frente al televisor. Los separa una mesa ovalada, pero se encuentra en el asiento justo al frente de ella, que está sentada al lado de la puerta.

La mujer pone cara de que no lo conoce y el hombre dice:

—Soy un vecino, el de la casa de ladrillo que está justo atrás. ¿No es usted la terapeuta? Sí, ¿verdad?

Con decisión, se cambia a un asiento más cercano. Las personas sentadas en el sofá se mueven para hacerle espacio al corpulento hombre. ¿Quién será? ¿Amigo o enemigo? ¿O solo un espectador? La gente vuelve la mirada hacia el televisor con indiferencia.

Se le acelera el corazón. La sangre se le sube al rostro. Deja a un lado la revista que estaba leyendo y endereza la espalda.

—Hace tiempo que no la veía, así que pensé que se había mudado. ¿Aún vive en este vecindario? ¿Qué la trae a la clínica? ¿Se lastimó la mano? No puede ser, ¿qué le pasó?

—No es nada. Ya casi está curado.

Ella reacciona con cautela. Sus gestos son precisos, ni desmesurados ni contenidos. Su rostro inexpresivo no muestra ni afabilidad ni hostilidad. El hombre aprieta los puños por costumbre y sigue hablando. Tiene manos grandes y gruesas, con uñas romas y redondas llenas de mugre. En cuanto ve que le falta una falange del dedo meñique, lo reconoce.

Se trata de una persona que fue a su casa un invierno hace varios años. Un técnico que llegó en una motocicleta roja con toda clase de repuestos y equipamiento, que inspeccionó la casa por dentro y por fuera, que enseguida encontró con un detector de fugas el punto donde la tubería se había congelado, y a quien llamó cuando esta, finalmente, explotó. Sudando a mares, escarbó la tierra congelada en un rincón del jardín y cambió las cañerías viejas. Solo tardó unas cuantas horas en excavar, reemplazar el medidor, colocar la tubería nueva y arreglar el suelo con cemento.

—De cualquier modo, quería decirle algo cuando la viera. Espero que no piense que me estoy entrometiendo y escúcheme. ¿Ha decidido demandar a esos que la acosan e insultan por Internet? Lo vi en un artículo ayer u hoy, me parece.

¿Habrán sido Sujin y Seungpyo, a quienes había visto recientemente, quienes lo anunciaron? ¿O habrá sido otra persona? ¿Ese asunto todavía atrae la atención de la gente? Es incalculable la cantidad de palabras que llevaron a ese hombre a la muerte, pero ella es una de las pocas personas a quienes se les conoce por esos comentarios.

—Sí, así es —responde.

Aún no puede decidir si el hombre tiene buenas o malas intenciones.

—La verdad es que la entiendo perfectamente —continúa de inmediato él, como si no pudiera contenerse—. No fue cosa de uno o dos días, claro que debe estar molesta. Pero alguien murió. ¿Qué beneficio le va a traer esa decisión? Solo la van a acusar de inconsciente. Siempre opinan primero los que menos saben. En tiempos como estos, lo más inteligente es quedarse quieto. Lo mejor es hacerse el muerto y esperar hasta que todo se calme. —¿Qué cree saber ese hombre? ¿Acaso piensa que sus palabras tienen algo de especial?— No se sienta mal por lo que digo. Lo hago porque somos vecinos, no completos extraños. No me acercaría a hablarle si no la conociera. Ni siquiera tendría necesidad de hacerlo.

Los exagerados susurros del hombre parecen haber estimulado la curiosidad de la gente. Hacia ella se dirigen miradas cautelosas. Piensa en cómo responderle mientras baja la vista a las revistas sobre la mesa.

Se siente atrapada dentro de un alud de palabras; en un idioma donde el significado y el contexto se ensanchan, se distorsionan y se superponen una infinidad de veces; en una lengua materna que nunca apunta a un solo significado. Tal vez requiera un nuevo lenguaje. Si lo tuviera, quizás podría encontrar el léxico adecuado para formar un argumento diferente con el cual pudiera rebatir.

Mientras tanto, el hombre no deja de hablar.

—Oiga, señor, guarde silencio —lo amonesta una anciana sentada algo lejos—. ¿Cómo se le ocurre hacer tanto escándalo cuando todos aquí estamos enfermos y con los nervios de punta?

Los ojos de la mujer se encuentran con los de la anciana por un instante.

—¿Quién está armando escándalo? ¿Acaso no estoy hablando en voz baja? ¿Y por qué finge indiferencia? ¿Acaso no vive usted también en este barrio? En los momentos difíciles tenemos que apoyarnos como comunidad. ¿De qué sirve quedarse de brazos cruzados observando la tempestad?

—¿Y de qué sirve comentar los asuntos ajenos? Solo lo está haciendo por el gusto de cotillear.

—Claro que no. ¿Para qué iba a querer cotillear? Si no sabe, mejor no hable por hablar.

—No, mejor no hable usted. Todos aquí estamos callados, mientras que usted no deja de parlotear.

—A mí no me trate así —replica el hombre alzando la voz.

La anciana no se amedrenta. A medida que se unen más personas a la disputa, esta se vuelve más seria y detallada. Es justamente lo que ella tanto deseaba evitar. Surgen palabras como «error» y «perdón», «reflexión» y «suicidio», «justicia» y «sospecha», «culpa» e «inocencia», seguidas de nombres de políticos y celebridades famosos que ya están muertos.

La mujer se gira hacia el consultorio. Espera que la puerta se abra y que una enfermera la llame, pero aún falta mucho para que llegue su turno.

Guarda silencio como quien espera un veredicto, al igual que han hecho las incontables personas que han tenido que sentarse en el banquillo de los acusados. Un tanto encorvada, con la cabeza baja, reprimiendo con todas sus fuerzas las frases y emociones que la desbordan, parece esperar el fallo de la opinión pública, que es como un oleaje turbulento, impredecible y desconcertante.

Se presiona la punta del dedo donde tiene los puntos. Le sobreviene un dolor punzante y sordo. Aplica un poco más de fuerza, como buscando concentrarse en ese dolor simple que siente en la piel para no otorgarle el timón de sí misma a esas palabras que penetran sin piedad su interior.

—Entonces que ella misma nos diga. Dejemos de discutir y preguntémosle.

Alguien interrumpe con determinación aquella conversación que no iba a ningún lado y la mira.

¿Le están dando la oportunidad de defenderse? ¿O le están pidiendo que diga sus últimas palabras? Desea soltar un discurso lleno de emoción indiscutible con voz temblorosa y mirada nerviosa. De este modo, les dará lo que anhelan ver y escuchar.

Pero no lo hace.

No les pregunta si les aporta placer examinar los defectos desnudos de los demás, mientras ellos mismos se ocultan detrás del refugio de conceptos como moralidad y justicia. Bien sabe que ella tampoco es inocente al respecto. No ha perdido tanto la cabeza como para no ser consciente de que ese tipo de discurso sería un bumerán que, cuanto más fuerte lo lanzara, más pronto volvería a ella.

—Haesu Im. ¡Es el turno de Haesu Im!

Finalmente, se abre la puerta del consultorio y una enfermera la llama por su nombre. Ella salta como una persona sentenciada y se dirige hacia el médico.

* * *

Unos días más tarde suena el intercomunicador por la noche.

La pantalla está a oscuras porque la lámpara de la puerta principal está rota. Recuerda una pelea que tuvo hace mucho tiempo con Taeju, que le dijo que cambiaría la bombilla. Ella quería comprar una lámpara nueva, una luz brillante con sensor de movimiento, en vez de una luz tenue y amarillenta.

Se da cuenta de que había olvidado aquello y le sorprende no haber tenido visitas desde entonces.

—¿Quién es? —pregunta.

—Señora, señora, soy yo —responde una voz fina más allá de la pantalla oscura—. Soy Sei.

Al abrir la puerta, encuentra a la niña. Lleva una pelota a un costado y el rostro le brilla por el sudor.

—Quise enviarle un mensaje de texto, pero el teléfono me dejó de funcionar porque se me cayó en el inodoro. Señora, dígame, ¿ya no está tratando de ayudar a Sunmu?

Percibe un olor picante.

—Ya no. Decidí darme por vencida. No creo que vaya a poder. Perdón por no habértelo dicho antes —responde la mujer mirando fijamente la bolsa que está sobre el suelo y cuyas asas están tan estiradas que casi se arrastran.

—¿Por? ¿Ya no quiere rescatarlo?

—No voy a conseguirlo. Sunmu tampoco quiere que lo rescaten.

—Supe que se lastimó la mano. Me contó la Mamá de Maru que sucedió mientras lo intentaba atrapar. ¿Ya está mejor?

—No fue nada. Ya casi se me curó por completo.

La mujer agita suavemente la mano herida a modo de prueba. La niña no da marcha atrás. Mira a su alrededor en silencio y se mueve intranquila, deseando decir algo.

—¿Has visto a Sunmu?

—Sí. Fui al solar, pero como no estaba la trampa... A Sunmu lo he visto casi a diario. Ayer le di Churu y apenas probó bocado. Parece que tiene la boca en muy malas condiciones.

Sei se pone a la pata coja y se quita una de las zapatillas. Luego la sacude. Se oye el sonido de pequeñas piedras cayendo al suelo. La mujer no quiere seguir hablando de esto. Ni siquiera tiene la seguridad suficiente para explicar como es debido por qué su determinación de salvar a Sunmu ha desaparecido como si hubiera sido un espejismo.

—¿Sigues practicando balón prisionero? —pregunta la mujer, cambiando de tema.

—Sí. Estos días, casi a diario.

Esa pregunta parece haber afectado de alguna forma a la niña. Una expresión invade su rostro, derrumbándolo. Todo indica que está a punto de llorar. Eso es lo que percibe la mujer.

—¿Vienes directamente de la escuela? ¿Ya has cenado? Tus padres deben de estar preocupados. Puedes pasar, si quieres.

La niña entra tras ella sin asomo de duda y sin responder.

La mujer se encuentra exhausta, cansada y sin energía. La herida del dorso de la mano aún le duele y los ojos le pican por la falta de sueño. Abre el frigorífico y comienza a buscar algo para comer. Oye que la niña entra al baño. Al poco, le llega el sonido del agua correr. El frigorífico está lleno de alimentos caducados. En el compartimento de los vegetales hay frutas y verduras podridas, al igual que en las otras bandejas, donde hay recipientes de quién sabe qué cosas. Hay comida instantánea sin abrir, salsas de todos los colores, además de suplementos nutricionales con ingredientes y efectos desconocidos. Esa cotidianeidad en la que se ha olvidado del hambre le abre las fauces de par en par.

Al final, lo que encuentra son dos tomates, tres huevos y un poco de queso. Oye la puerta del baño abrirse. La mujer mete de nuevo los alimentos en un rincón del frigorífico.

—Sei, ¿qué plato te gusta? —pregunta alzando la voz—. ¿Quieres que pidamos algo rico a domicilio? Yo aún no he cenado. ¿Qué tal si avisas primero a tus padres?

—Me encanta la idea —responde a voz en cuello desde el baño—. Ya los aviso más tarde.

La pizza que pide llega en un abrir y cerrar de ojos. Las dos se sientan una al lado de la otra en el sofá y prueban una porción que no tiene nada de espectacular. La masa cálida y el olor estimulante de la salsa despiertan sus papilas gustativas. La mujer da apenas pequeños bocados mientras mira de reojo a Sei, que devora a toda prisa la comida.

La niña está bronceada y parece haber perdido peso o, quizá es que tiene un aspecto más saludable. La mujer enciende la televisión y baja el volumen. En primer plano aparece gente aplaudiendo y riendo a carcajadas.

—Señora, creo que ya había probado esta pizza antes, una vez que fui con mi madre a unos grandes almacenes. Sabe exactamente igual.

—Ah, ¿sí? Entonces debería haber pedido algo diferente.

La tensión se desvanece del rostro de la niña.

—No, eso pasó hace mucho tiempo, cuando era muy pequeña —murmura metiéndose en la boca un pedazo de queso que se le había quedado sobre los labios—. Ya no vivo con mi madre. Solo la veo una vez al mes. Siempre dice que está ocupada, por eso no la vi ni el mes pasado ni el anterior.

—¿En serio? Me imagino que eso te hace sentir mal —responde mientras toma un pepinillo y se lo come.

La mujer no se sorprende. No hace más preguntas. No muestra ningún signo de compasión o pena. La niña vuelve a concentrarse en la pizza. ¿Debería considerarse afortunada de que, como terapeuta, tiene la suficiente formación para recibir las cada vez más sorprendentes confesiones de sus pacientes? ¿Estará Sei avergonzada o aliviada de que su secreto no le haya causado asombro?

Su actitud indiferente parece haberle soltado la lengua a la niña, que sigue con la conversación. Como al lanzar una piedra a un lago en calma, sus palabras crean ondas suaves que avanzan lentamente en el corazón de la mujer.

—Todavía no he ido a la casa de mi madre. Había prometido llevarme, pero ahora dice que no puede hacerlo. Ni siquiera sé su dirección. Si la supiera podría ver cómo es la fachada. Quiero decir que podría buscar la vista de la calle en un mapa de Internet. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad?

La mujer asiente mientras pasa los canales con el mando a distancia. La pantalla cambia sin

descanso. No parece haber ningún tipo de programación que le pueda interesar a Sei. Al final elige un documental en el que sale una manada de elefantes atravesando un campo abierto y baja el volumen un poco más.

—Da la impresión de que tu madre tiene algún asunto que resolver. Dale algo de tiempo —observa sin añadir nada más.

La mujer quiere pasarle otro pedazo de pizza.

—Déjelo. Lo hago yo —dice la niña.

Sei pone la porción en su plato cuidando de que no se le caigan los ingredientes y luego sigue comiendo con entusiasmo. A menudo se gira a mirar a la mujer como indicando que le preocupa su reacción ante lo que ha dicho. De algún modo extraño, le consuela ver a la niña así.

—Hasta hace poco, yo también vivía aquí con mi esposo. Pero ahora estamos separados. Para algunas personas, es mejor no convivir bajo un mismo techo —dice.

—¿Por qué?

—Porque, al estar juntos, se lastiman. Se hacen la vida difícil el uno al otro.

—Pero, señora, ¿de verdad se siente mejor viviendo sola? ¿En serio? —pregunta la niña mientras toma un trozo de pimienta y se lo come.

En ese momento, Sei no parece una chiquilla inmadura, sino una anciana capaz de leer el interior de las personas. La mujer desmenuza cada acepción del significado de «sentirse mejor»: estar cómoda, despreocupada, confortable, libre, calmada, en paz. Eso es lo que auguró cuando se separó de Taeju. Son los valores en los que no le quedó más remedio que confiar. Sin embargo, no menciona el lado sombrío que se oculta detrás de esas palabras: cobardía, abandono, soledad, aislamiento, colapso.

—Supongo. Creo que necesito un poco más de tiempo para responderte.

—¿Ve? No es del todo bueno —responde la niña con expresión altiva.

¿Cómo se podría llamar a una conversación como esta? Se trata de una comunicación sin barreras que no había tenido en mucho tiempo y que creía que nunca volvería a experimentar. En ella no hay muros. Avanza, hace giros suaves y se pasea con libertad por la mente de la otra. Sus palabras abren puertas que estaban cerradas con candados y penetran en lo más profundo y desde ahí extraen palabras que son idénticas a las de su propio ser.

Palabras sin presunción, sin adornos engorrosos. Palabras sin intención ni malicia. Palabras que nunca habían sido pronunciadas. Palabras que habían permanecido ocultas sin forma ni color alguno hasta ese momento.

—Señora, hoy en el entrenamiento de balón prisionero, lo único que quería era volver a casa. Mis compañeros no dejaban de decir que la pelota me había golpeado, pero no era cierto. Lo juro. Sorí no paraba de gritar que me había rozado el pelo. Es una de mis compañeras de clase, Sorí Yu. A todos les cae muy bien, por eso nadie me creyó a mí.

—Eso debe de haberte molestado mucho. ¿Será que Sorí vio mal?

—No. La última vez dijo lo mismo, y las otras también.

—¿Tú crees que lo hace a propósito?

La niña la mira mientras muerde un trozo de pepperoni. La mujer le sirve un poco más de refresco mientras le asegura que no debe contestar si no quiere, porque se podría decir que ya se lo ha expresado sin mencionarlo. Sei claramente se encuentra en un apuro.

—Señora, ¿puede escucharme sin decir nada?

—Claro que sí.

De manera gradual, la conversación se vuelve más profunda y extensa. Al ensancharse, hace a un lado la desconfianza y el miedo. Era como si se hubiera encendido una luz en el pecho de Sei. Ambas sienten que están observando el corazón iluminado de la otra. ¿Cómo de similares son sus sentimientos? ¿Cómo de diferentes son sus mundos? Por un momento olvida que está hablando con una niña de diez años.

—Señora, ¿no podríamos intentar ayudar a Sunmu una vez más? —pregunta Sei al salir de la casa.

Se oyen las gotas de lluvia. La mujer toma dos paraguas y le ofrece uno.

—Si lo atrapa, yo lo puedo cuidar. Le preguntaré a mi padre. Ya había dicho que no, pero es posible que cambie de opinión al verlo.

—¿Eso crees?

—Sí. Cuando lo vea, se sorprenderá de lo tierno y bonito que es.

—Muy bien. Vamos a pensarlo —dice mientras le endereza el paraguas, que la niña inclina constantemente para mirarla.

* * *

Una semana después llega de nuevo el jueves.

Aunque prometió intentar atrapar a Sunmu una vez más, no lo ha logrado. Ha ido cuatro días al solar del ginkgo. Deja las jaulas que le prestó la Mamá de Maru por donde suele pasar el gato y se sienta lejos a esperar. La niña la acompaña siempre sin falta después de las clases y el entrenamiento de balón prisionero.

Unos días llega corriendo y sin aliento, mientras que otros se acerca con sigilo para asustarla. A veces le ofrece caramelos o golosinas que trae de quién sabe dónde.

Los días se vuelven poco a poco más cálidos. Incluso después del mediodía, el intenso calor no cede.

Esperan en silencio, pero no faltan momentos animados y agradables. La mujer observa a la niña patear el balón, juegan a lanzárselo mutuamente o se lo tira con fuerzas según se lo pida.

Hoy Sei trae una pelota más pequeña que una de voleibol. Es de color anaranjado y tiene una superficie rugosa y suave.

—Señora, láncemela. Por allá. Tiene que golpearme con ella.

—¿Vas a entrenar con esta?

—Debo practicar con una pequeña para aprender a esquivarla mejor. ¡Dese prisa!

La mujer lanza la pelota como se lo pide y, cuando Sei se la tira, la atrapa o corre de un lado a otro para recogerla si se le escapa. Comienza a sudar de inmediato. ¿Qué diría quien la viera? ¿Pensaría que se trata de una mujer despiadada que disfruta de la vida cotidiana sin sentirse culpable por haber arrojado a otro al infierno? ¿Pensaría que es una sinvergüenza sin corazón ni sentimientos?

Pero esas dudas duran tan solo un momento. Lo que está haciendo no es el efecto, la causa o la razón de lo que le haya sucedido en el pasado. El tiempo no sigue una línea recta. Así como tampoco la vida sigue una trayectoria lineal de causa y efecto. Del mismo modo, ella no puede vivir la vida entera con el mismo rostro.

Esto podría ser lo que ha aprendido al lanzar y atrapar la pelota. O a lo mejor es lo que Sei le ha enseñado sin darse cuenta.

A veces Sunmu llega poco después del mediodía y, otras veces, justo cuando están levantando las jaulas y preparándose para partir. Cami siempre está a su lado. Cuando aparecen, ambas dejan de hacer lo que están haciendo y se vuelven a observarlos.

Al ponerse el sol, alcanzan a divisar a Sunmu a lo lejos. El juego de pelota se interrumpe. Quizás no sea apropiado llamarlo «juego de pelota», porque a ella no le es ajeno que se trata de la lucha desesperada de una niña por sobrevivir.

—Señora, ¿le ve la boca? Busqué en Internet y encontré que es una enfermedad llamada estomatitis. Es muy común en los gatos. Incluso podrían tener que sacarle todos los dientes.

Sunmu mira a Sei que bota el balón y luego, sin dejar de vigilar a la mujer, se dirige a donde están los cuencos de comida. Cami deja que su compañero se alimente primero y espera su turno. Varias urracas graznan en la copa del ginkgo.

Una espera sin garantía. Un intento que fracasará si se rinden.

La mujer cae en la cuenta de que, de nuevo, se ha metido en una labor infructífera. Lo que ellas hacen no parece, de ningún modo, ayudar a ese gato callejero.

Sin embargo, exactamente dos días más tarde, lo atrapan. Sucede al atardecer. Justo en un momento en que la mujer había dejado su sitio por unos instantes, Sei logró capturarlo. Al volver de usar el baño de una tienda de alimentación cercana y comprar dos bebidas enlatadas frías, Sei, que se había quedado en el solar, llega corriendo a su encuentro. Agita una mano mientras se lleva el dedo índice de la otra a los labios para indicarle que guarde silencio.

—Señora, no vaya a sorprenderse —susurra sin poder ocultar la emoción de su rostro.

—¿Qué pasó? ¿Tiene que ver con Sunmu?

La niña señala debajo del árbol. La jaula está cubierta con una gran manta.

—Lo he atrapado. ¡Lo logré! —explica entre susurros.

—¿De verdad? ¿Lo has atrapado?

Lo que afirma es cierto. Al alzar la manta, encuentra a Sunmu agazapado con las orejas agachadas y mostrando los colmillos. Como dijo Sei, su boca está hecha un desastre. Ni siquiera puede cerrarla bien porque tiene las encías demasiado hinchadas. La saliva que se le escurre por el pecho, y su pelaje blanco y amarillento parece casi gris. Cami juega tranquilamente a un lado de Sunmu, extendiendo las patas delanteras, mostrando de tanto en tanto sus rosadas almohadillas.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo lo has agarrado? ¿No te ha hecho daño?

—Para nada. Solo metí a Cami en la jaula y Sunmu quiso seguirla. Cuando estaba casi adentro, lo empujé con la manta. Impresionante, ¿no? —explica con mucha confianza, como si quisiera alardear un poco.

¿Cómo se habrá producido este acto que casi parece de magia? ¿Cómo es posible que de repente ocurriera lo que parecía imposible? No puede creer lo que escucha.

—Vaya sorpresa, ¿no? ¿Acaso no es increíble?

—Sí, me has dejado sin palabras. No quepo en mí de asombro. Esto es fantástico. Muy buen trabajo.

* * *

El edificio donde se encuentra la clínica veterinaria está cubierto de vidrio, por lo que se puede ver el interior desde afuera y el exterior desde adentro. Cuando ellas entran cargando la jaula de hierro, la gente se apresura a recoger a sus cachorros que se pasean por la sala de espera.

—¿Es la primera vez que nos visitan? —pregunta la enfermera tras el mostrador de la recepción. En cuanto la mujer responde que sí, la enfermera le solicita información adicional. Luego le pregunta los nombres de los gatos y los síntomas que presentan.

—¡Se llama Sunmu! Son Sunmu y Cami. El amarillo es Sunmu y Cami es el negro. Sunmu está muy enfermo. Parece que tiene algo en la boca —responde Sei.

La enfermera sale de detrás del mostrador y observa la jaula. Luego mira a la mujer con desconcierto. Se nota que no le es grato recibir a un paciente que, evidentemente, será complicado de tratar. No obstante, continúa con las preguntas de manera mecánica, les pide que esperen y desaparece tras el mostrador.

Mientras esperan a que las llamen, dejan la jaula en el suelo y la cubren con la manta. Se sienten como visitas no deseadas. Las rodea un silencio incómodo y desagradable. La gente observa una por una a la mujer, a la niña y la trampa. En cuanto un cachorro se acerca y olfatea cerca de la jaula, alguien se apresura a cogerlo en brazos y llevárselo. El perro patalea intentando escaparse y empieza a ladrar. En ese instante, otros lo siguen y, en un abrir y cerrar de ojos, la sala se llena de ladridos.

—¿Es un gato callejero? —pregunta el veterinario que sale a la recepción después de un rato.

—Sí.

Este se acerca, levanta la manta y observa el interior un momento. Con expresión seca, intenta mostrar la cordialidad mínima.

—Aquí no podemos atenderlo —dice alzando la cabeza—. Si la estomatitis es grave, lo mejor será que vaya a un veterinario especializado en gatos.

—¿Hay clínicas especializadas?

—Sí, nosotros somos especialistas en perros.

—¿Hay alguna cerca?

—No lo sé.

Portazo en la cara. Una expulsión velada. Sei y la mujer salen cargando la jaula. La niña se queda callada, un tanto aturdida, y se gira a mirar a la mujer con desasosiego.

—Qué mal. No puede ser que en todos lados acepten animales que no están enfermos y que no hayan querido ver a Sunmu, que se encuentra en estas condiciones... Desgraciados. Malditos. Hijos de... —murmura Sei hasta que por fin encuentran una clínica que accede a tratarlo.

Sin embargo, en cuanto su mirada se cruza con la de la mujer, la desvía como si quisiera huir. ¿Es resentimiento, miedo o un sentimiento que le ha asaltado durante un instante? ¿O acaso será una especie de un sentimiento contenido y acallado durante mucho tiempo en su interior?

—Sunmu va a estar bien. No te preocupes —responde la mujer, fingiendo no notar que la niña está a punto de estallar en llanto.

Llegan a la clínica justo antes de que cierren. Si bien la pequeña sala de espera se encuentra abarrotada, está sorprendentemente silenciosa. Ninguna de las personas que esperan sentadas por aquí y por allá les presta atención. No parecen tener la cabeza para fijarse en ellas. Todos tienen expresiones serias y adustas. ¿Será porque están cayendo en la cuenta de lo que significan palabras que en el día a día no son sino meros espejismos, como «vida» y «muerte», «pérdida» y «despedida»? La inquieta esa atmósfera solemne. La mujer endereza la espalda.

—Cuidadoras de Sunmu, adelante.

Finalmente, es su turno. Entran con la jaula al consultorio.

—Veamos —dice el veterinario de gafas gruesas mientras pone la jaula sobre la mesa y levanta la manta.

Al fondo se encuentra Sunmu, agazapado; Cami está detrás de él, un tanto asustado. La jaula larga y estrecha no es suficiente para los dos. Sin embargo, no dan la impresión de estar incómodos, quizás porque son pequeños. No, la verdad es que Cami es mucho mayor que Sunmu.

El veterinario se pone unos guantes y mete la mano sin ningún tipo de titubeo o vacilación. La mujer gira la cabeza un momento. Por suerte, no sucede lo que temía. Ambos gatos se mantienen tranquilos.

—A ver, primero sacaré a este —murmura el veterinario y con manos hábiles toma a Cami.

Cami se estira y frota las mejillas en la mano del veterinario.

—A este amiguito le gusta mucho la gente. Tú nos vas a esperar aquí un momento. Este otro pequeño es el problema. Decís que se llama Sunmu, ¿verdad? Mira, Sunmu. No pasa nada. Deja que te revise. Madre mía, se nota que te duele mucho.

Sunmu cierra los ojos. Debe de estar exhausto de estar luchando tanto tiempo contra el terror. Ni siquiera parece tener la energía suficiente para mostrar los colmillos, amenazante.

—¿Se ha alimentado bien? No debe de ser fácil masticar en este estado.

—Le gusta el Churu —responde la niña—, pero de un tiempo a esta parte ni eso come bien. Cuando se lo dábamos, comía un poco, pero ahora lo escupe todo, sacudiendo así la cabeza, como si se convulsionara.

—No dudo que se deba a que no soporta el dolor de la boca. Parece que también tiene la pata delantera lesionada, ¿sabes desde cuándo está así?

—No estaba tan grave cuando lo vi por primera vez en invierno.

—¿El invierno pasado? ¿Puedes recordar una fecha exacta?

—Pues supongo que fue alrededor de Navidad. No, más bien, justo en esa época.

El veterinario examina todo el cuerpo de Sunmu. Por donde sea que pase las manos, encuentra heridas de consideración ocultas. La parte infectada detrás de las orejas está tan hinchada que parece a punto de explotar, y la pata delantera aplastada tiene el pelaje completamente apelmazado. Además, en el puente de la nariz muestra varias cicatrices finas similares a cortes.

—¿Cómo se habrá lastimado de ese modo? —pregunta la mujer.

—Es difícil precisarlo. Pudo haber sido una pelea con otros gatos por el territorio o alguien que le hizo daño. Y esta pata parece habersele quedado atrapada en alguna parte. Esto no es tan infrecuente como podríais creer. Hay gente que detesta a los gatos y hace todo lo posible por ahuyentarlos. Es una verdadera lástima.

—¿Por qué los odian? ¿Qué motivo podrían tener? —exclama la niña como protestando en cuanto termina de hablar el veterinario—. Los gatitos no les hacen nada malo.

—Eso mismo digo yo —murmura él en voz baja sin apartar los ojos de Sunmu—. Qué frustrante que sientan tanto odio sin motivo alguno, ¿verdad? Es todo un milagro que haya sobrevivido tanto tiempo en este estado.

La expresión de la niña se ensombrece.

Cami no deja de acercar la cara a Sunmu, que sigue encerrado, mientras lanza un ligero maullido y presiona suavemente la jaula con una pata delantera. Su intención parece ser tranquilizarlo. Su compañero no reacciona en absoluto. ¿Acaso ellos saben lo que está pasando? ¿Pueden adivinar para qué los trajeron? Cami observa el escritorio y se interesa por el ratón del ordenador, por un bolígrafo y por el estetoscopio. Sei extiende la mano y Cami de inmediato frota en ella la mejilla. Parece que, si le abriera los brazos, el gatito no dudaría en saltar a ellos.

—Primero debo examinarlo con detalle para confirmar, pero, por lo pronto, puedo decirles que todo indica que la inflamación de la boca es muy grave. De cualquier modo, no es momento de

operar. Se encuentra muy débil, así que cualquier esfuerzo podría acabar mal.

El veterinario mueve las manos hacia la cara del minino. Con habilidad le abre el hocico y deja expuestas sus encías ensangrentadas. Como si se hubiera dado por vencido, Sunmu no se resiste y solo parpadea lentamente.

—Oiga, entonces, ¿no podrá operarlo? —pregunta Sei.

La mujer se debate entre pedirle a la niña que salga del consultorio o no, en espera de la valoración del veterinario.

—Me parece que, mientras tanto, lo mejor es hospitalizarlo y planteárnoslo de nuevo cuando recupere un poco de energía. ¿Has cuidado tú de estos dos pequeños? Lo has hecho genial. ¿Piensas criarlos junto con tu madre una vez que se recupere de la operación?

—Ella no es mi madre, sino mi amiga. Si Sunmu se recupera, yo cuidaré de él. Por favor, dígame si la cirugía lo va a ayudar —dice la niña con un ligero temblor de voz.

La mujer reprime el deseo de envolverla en un abrazo. Si lo hiciera, sin duda se echaría a llorar. Por otra parte, Sunmu, debilitado y enclenque como está, sentiría aún más miedo y ansiedad al escuchar su llanto. Estas ideas la sorprenden. Le parece extraño que una persona como ella considere que un animal no humano puede tener algún tipo de sentimiento o premonición.

—Comencemos por ingresarlo y veamos cómo progresa. ¿Qué vais a hacer con el otro pequeño? Si os lo queréis llevar a casa, permitidme hacerle una revisión básica. Si lo queréis dejar, se la haré más tarde y os comunicaré los resultados —dice el veterinario justo antes de que se vayan de la clínica.

—Creo que sería mejor dejar a Cami aquí con él —responde la mujer.

* * *

Para Eunha Noh:

Hola. Encantada de saludarla.

Soy Haesu Im.

Seguramente me recuerda, pues ya le he enviado mensajes varias veces a través del abogado Kyeong-jin Choi. Dado que ha pasado bastante tiempo desde aquel asunto, esto podría parecerle sorprendente.

Si bien podría calificarse como un atrevimiento por mi parte, le escribo porque quisiera que me permitiera ir a verla.

La decisión de contactar con usted no la he tomado a la ligera, sino que la he pensado a fondo. Concluí que lo correcto es conversar cara a cara. Entiendo que desconfíe de mis motivaciones y lo considere un descaro, mas no tengo ninguna intención ni fines ocultos.

Es solo que hay cosas que quisiera que escuchara de mi propia voz. Aunque esté ocupada, me gustaría que me concediera unos minutos de su tiempo.

Para serle sincera, cuando aquello sucedió, a través del abogado

La mujer ve una película a medianoche.

La primera escena transcurre de este modo: la protagonista, una mujer de mediana edad, mete sus pertenencias en el maletero de una furgoneta. No se trata de objetos grandes que solo puedan cargarse con ayuda de varias personas, como una nevera, mesas o camas, sino de cajas de cartón. En el fondo, una pequeña casa rural y un campo cubierto de nieve se asoman y se esconden detrás del vehículo. Es invierno, pleno invierno. Un mundo conquistado por el frío. De la boca de la mujer escapa vaho al trajar con las cajas. Bajo el gorro de piel le sobresalen los lóbulos de las orejas enrojecidos por el frío.

«¿Te vas ahora?»

Se oyen unos pasos sobre la tierra y se ve a un hombre que se aproxima. Es mayor que ella. Esta asiente mientras pasa una por una las cajas del suelo al maletero. Sopla el viento. Unos perros ladran a lo lejos. En silencio, el hombre comienza a ayudarla. La última caja parece tan grande y pesada que deben levantarla entre ambos.

«¿Ya has decidido a dónde irás?»

«Por supuesto», responde de inmediato la protagonista.

Frente a frente, se miran a los ojos un momento con serenidad y se dan un apretón de manos.

Una despedida tan insípida que resulta baladí. Arranca el coche. La mujer se marcha y el hombre se queda.

Cambia la escena.

Un grupo de personas se reúne en torno a una hoguera. Se ven coches aparcados a lo lejos. Es gente sin hogar. Solo cuentan con lo mínimo necesario y viven en sus automóviles. Hacen trabajos eventuales cuando necesitan dinero y deambulan buscando donde aparcar para pasar la noche seguros y tranquilos. Se asean en baños públicos y lavan la ropa en lavanderías de autoservicio. Han aprendido a superar la soledad compartiendo chistes y secretos con extraños. Así demuestran que la vida también se puede vivir de esa manera.

Durante un breve instante, aparecen en primer plano los rostros de quienes observan la hoguera embelesados. La protagonista permanece en silencio entre el crepitar de la leña, las conversaciones de la gente, el silbido del viento, el canto de los pájaros, el canturreo silencioso. Parece absorta en sus reflexiones.

El interior del individuo a donde no llega la cámara; el inalcanzable tiempo del otro.

El fuego que arde se refleja en sus pupilas. ¿Qué estará mirando? ¿Cuál es el verdadero rostro del personaje en el que trata de adentrarse esa actriz de mediana edad? Tal vez se esté mirando a sí misma. Quizás encontró en su larga vida las emociones exactas que la embargan en este momento.

Por lo tanto, es posible que, a su vez, Haesu no esté simplemente viendo una película. ¿Qué encuentra reflejada de ella misma en este filme, en la protagonista femenina, en la actriz que la interpreta? ¿Qué está tratando de ver?

«Hace frío, ¿no? ¿Os apetece una taza de té? ¿Queréis que os lo traiga?», ofrece a la gente un hombre alto y flaco.

La protagonista recibe un poco en su propia taza de acero inoxidable. La cámara retrocede lentamente para encuadrarla de espaldas, sentada sobre una minúscula silla de acampar, y sigue alejándose, de manera que ella se ve cada vez más pequeña hasta desaparecer.

También ocurren escenas como la siguiente:

La protagonista está trabajando y lleva una redcilla absurdamente pequeña. Está en una cocina de azulejos impolutos y utensilios de acero inoxidable, tan limpia que se antoja helada. La gente se mueve en silencio y con rapidez. Cuando suena una alarma, alguien saca comida de un gran horno, mientras que otro se dedica a asar carne frente a una parrilla de la que emana humo. La mujer lava los platos que caen sin cesar dentro de un fregadero grande. Mueve las manos sin reposo entre la espuma.

Durante un descanso, fuma acompañada de otros frente a un gran contenedor de desperdicios de alimentos.

«¿No es gracioso? Nunca imaginé que la cocina aquí fuera tan grande. ¿Quién pensaría que un restaurante que no acepta reservas tendría tantos ingredientes? Este sería un buen lugar para refugiarse. En caso de guerra, vengamos todos aquí a comer carne hasta reventar», dice alguien.

«A mí jamás se me pasó por la cabeza que la gente comiera tanta carne todas las noches. Es increíble. Y yo era uno de ellos», responde otro.

Se oyen risas amargas y cansadas entre las bromas y las burlas que se hacen a ellos mismos. La mujer chupa con fuerza el filtro del cigarrillo. La colilla arde tornándose carmesí.

«¿Queréis saber lo que descubrí? No tenía idea de lo delicioso que es un cigarrillo después de lavar los trastos. ¿Por qué nadie me enseñó antes este placer?».

La protagonista sigue el tono de la charla. Para la mujer que ve la película, todo es incierto: qué clase de persona es la protagonista, qué tipo de vida ha llevado, desde cuándo y en qué manera cambió su destino, qué piensa de esta alteración en el curso de su vida. Esta película no se centra ni en su pasado ni en su interior, porque no trata sobre eso.

La escena cambia y la protagonista aparece conduciendo.

Enfrente de ella se extiende una carretera de cuatro carriles que serpentea con suaves curvas. No hay nadie más. El automóvil avanza como deslizándose por la nieve que cubre todo el paisaje a su alrededor. Una terrible blancura que se ha tragado todos los demás colores.

El coche se detiene en medio de una llanura sin fin. La protagonista apaga el motor, reclina el asiento del conductor y cierra los ojos. Parece estar tomando un descanso. El día está llegando a su fin. La penumbra se cierne. Pasado mucho tiempo, saca una pequeña linterna del asiento trasero de la furgoneta. Más adelante, se acucilla detrás del automóvil y orina. Luego comienza

a caminar a grandes zancadas.

La luz de la linterna deja ver a ratos que frente a ella se extiende un área totalmente vacía. No hay ni un solo árbol a la vista. Es una oscuridad sin dimensiones. La protagonista anda con vigor, como si buscara algo, como si tuviera un destino. No hay vacilación ni titubeos en su caminar. Al final se detiene en medio de la oscuridad. Se queda inmóvil con los ojos perdidos sobre la nada.

La cámara permanece detrás de ella sin mostrar su rostro. Se obstina en presentar únicamente al personaje de espaldas y casi inmóvil. De repente, todo lo que rodea a la protagonista embiste a la mujer que mira la pantalla desde el sofá. Todo parece tan real. En un instante la sobrecogen el viento y el frío, los sonidos y los olores dentro de la imagen.

¿Estará llorando la protagonista?

Llora. La mujer está segura de eso. Llora sin saber por qué le brotan las lágrimas, por qué los sollozos se van convirtiendo en llanto. En esta escena no hay trama. No hay emotividad ni sentimientos trágicos que desencadenen el lamento. Tampoco queda rastro de elementos dramáticos. ¿Cuál fue el motivo de que ese personaje, que tenía bien tomadas las riendas de su propio ser, las haya soltado de repente?

Así que quien llora no es la mujer que está sentada en el sofá viendo la película. Ella no llora. Quien llora es la mujer en la pantalla, el personaje de una película a quien la mujer nunca ha conocido y nunca conocerá.

La escena cambia de nuevo.

* * *

Para Eunha Noh

Hola, ¿cómo se encuentra?

Soy Haesu Im.

Quizás recuerde que me he tomado la libertad de comunicarme con usted en varias ocasiones por medio del abogado Kyeong-jin Choi. Más tarde se me informó que acabó por solicitar que no volvieran a contactar con usted sobre ese asunto.

Sin embargo, he decidido intentarlo una vez más.

Sé que esto es repentino y desconcertante, pero quisiera tratar en persona el tema en cuestión. Ya ha pasado mucho tiempo y sé que no es posible que, en modo alguno, me guarde en buena estima. Es razonable que tenga sospechas de que yo pudiera albergar alguna intención nefasta. Sin embargo, le aseguro que no es así. Si ese fuera el caso, no me habría puesto en contacto con usted sin la mediación del abogado.

Le agradecería que me concediera un poco de su tiempo.

Si me indica la fecha y hora que le convenga, iré a donde usted se encuentre. Quedo en espera de su respuesta y, si algo la inquietara

La mujer visita la clínica veterinaria una vez al día.

En ocasiones llega a ir dos e incluso tres veces. Tarda unos treinta minutos en llegar caminando. La frente se le empapa de sudor tras andar solo diez minutos. A veces se le olvida ponerse protector solar, lo que luego le provoca una alergia que no la deja dormir.

Ahora lleva sombrilla.

«¿Cómo sigue el gato que rescató? ¿Va mejorando?»

Cuando recibe estos mensajes de parte de la Mamá de Maru, le responde que su condición va progresando y que pronto se recuperará. Sin embargo, es mentira. La verdad es que sigue igual.

A primera vista, Sunmu parece más cómodo acostado en ese cubículo cuadrado de la clínica que deambulando por las calles. Su pelaje, que estaba casi cenizo por el polvo, va recuperando su color amarillo, además de que las comisuras de sus labios llenas de saliva y sus distintas heridas van sanando lentamente. Parece que duerme con placidez mientras recibe suero con el collarín puesto.

No obstante, es solo lo que aparenta, y en este lugar no se dejan engañar por las apariencias. Aquí se descubre lo desconocido. Aquí se diagnostica la desesperanza más allá de lo que aparenta normalidad. Como dijo Sei, tal vez la clínica no sea un sitio para recibir tratamiento, sino para descubrir lo invisible, escuchar lo innombrable y para decir esa última frase que nadie quiere pronunciar.

—Está tan débil que se está recuperando muy lentamente. Esperemos que siga progresando; mientras tanto, continuaremos dándole suero. Aunque lo operáramos ahora, no sería posible esperar buenos resultados en el estado en el que se encuentra. La anestesia que se requiere para la cirugía sería una carga para su cuerpo. Tiene que recuperarse lo suficiente para poder soportarla. Esperemos unos días más.

No hay nada que pueda hacer ella. Lo único que le queda es ir a ver a Sunmu echado en el cubículo de la clínica y escuchar al veterinario informarle de que su condición sigue sin cambios. Él le ofrece algunas palabras de consuelo más antes de alejarse para atender al aluvión de animales que le requieren.

La mujer no sabe cuándo viene Sei ni cuánto tiempo se queda en el hospital. Si la niña se lo pide, la acompaña; si no, viene sola. Lo que pretende es no agobiarla. No obstante, después de sus visitas, se sienta en la sala a esperar su llegada.

Un viernes por la tarde se la encuentra frente a la clínica.

—¡Señora!

Al volver la mirada, la ve acercarse corriendo mientras se ajusta la mochila.

—¡Me he comprado un teléfono!

La niña saca de su bolsillo un teléfono inteligente mucho más grande que su propia mano y se lo muestra. De fondo de pantalla tiene unas canicas de colores. No, al observar con detenimiento, se da cuenta de que es un helado. Detrás se ve la mano de la niña haciendo el signo de amor y paz y, junto a ella, una mano más grande que lleva las uñas con esmalte color albaricoque. Parece ser la madre.

—¿En serio? ¿Puedo verlo? Es un modelo nuevo, ¿no? Me alegro por ti. Recuerdo que estabas muy triste porque se te había estropeado el otro.

—Sí. Seré más cuidadosa. Este es muy caro.

Lo limpia con su camiseta y lo mete hasta el fondo del bolsillo.

Entran a la clínica una al lado de la otra. En cuanto se abre la puerta, Sei llama a Cami. Este había intentado escaparse de la sala de hospitalización varias veces y ahora deambula libremente por la sala de espera. Parece que se lleva bien con los perros que crían en la clínica. Al llamarlo con la mano, se acerca a frotar la mejilla, pero no pasa de ahí. Su atención salta a otras personas y a otros animales.

Parece que le gusta este mundo desconocido, lleno de cosas nuevas.

—Señora, yo pensaba que Sunmu era niño y Cami niña, ¿y usted?

Sunmu yace tranquila en un cubículo transparente del hospital. No reacciona aunque la niña la salude con la mano.

—No lo sé. Nunca pensé en su género.

—Sunmu es niña y Cami es niño. ¡Qué sorpresa me llevé! Por cierto, yo había pensado que ya pasaban del año. Me asombró que el veterinario dijera que solo tenían unos diez meses. ¿O dijo nueve? De cualquier modo, son unos bebés, ¿no?

La mujer sonríe al escuchar que los llama bebés. La niña está completamente concentrada en observar a Sunmu. ¿Quién es más joven, la niña de diez años o Sunmu de nueve meses?

¿Estará bien que a los pequeños como ellos les toque vivir estas barbaridades? Si solo se consideraran sus circunstancias, ellos están mucho más cerca de la adultez que la mujer.

La niña sigue agitando la mano en dirección a Sunmu y deja ver una herida en la palma. También tiene rastros de una larga cicatriz en el codo derecho y se le nota un moretón azul en la muñeca.

—¿Qué te pasó en la palma de la mano? ¿Te has hecho daño?

—Sí, me caí mientras entrenaba —responde y su expresión se endurece ligeramente.

La mujer se imagina a los niños echándola contra la pared, burlándose, intimidándola, empujándola y recriminándole algo. Imagina sus expresiones de deleite al apretar el ritmo mientras llevan a Sei al centro de la cancha y se pasan el balón en torno a ella. Imagina cómo se sintió la niña al estar rodeada del ruido de sus pasos, de sus voces y de sus carcajadas.

Quisiera decirle que no permitirá que esos niños la traten mal. Quisiera prometerle que irá a verlos y les pondrá freno de una vez por todas para que nunca vuelvan a molestarla. Pero no lo hace. Se limita a esperar a que le cuente más. A que tenga ganas de continuar con su relato.

—¿Sabe por qué tengo un móvil nuevo? —pregunta Sei al salir de la clínica con una mejilla inflada por un caramelo.

—Porque el anterior se te cayó en el inodoro, ¿no?
—No. Pensaba arreglar ese, pero ahora tengo uno nuevo.
—Cierto. Pues...
—Van a empezar las eliminatorias. ¿Eran la siguiente semana? ¡No! La que le sigue. Me refiero al balón prisionero. Mi madre dijo que iría a verme y me compró un móvil para darme ánimos.
—¿En serio?
—¿No ha visto el cartel que está frente a la escuela?
El cielo nublado está despejándose. Cae la luz cálida e intensa del sol. Parece una buena señal.
—Ah, ¿sí? No lo he visto. ¿Recuerdas que te había prometido que ya no iría a tu escuela?
La niña sonríe.
—¿Tu objetivo es ganar?
—No —responde Sei de inmediato, aprieta los labios y la mira traviesa antes de añadir—: Es un secreto.

* * *

Durante varias semanas, el pronóstico de que la temporada de lluvias estaba por comenzar ha resultado estar errado.

El lunes por la mañana, la mujer se sienta en un extremo de un restaurante desde donde cuenta con vista frontal de la entrada. Es un día luminoso y puede ver la calle con claridad a través del cristal.

Es lunes por la mañana: el inicio que llena el corazón de determinación y resolución. Un buen momento para olvidar los fallos y errores de la semana anterior y comenzar de nuevo. El momento de encender la esperanza y las expectativas.

A ella no le parece mal que su reunión con Taeju se lleve a cabo un lunes por la mañana como ese. Ya no es necesario que se vean un fin de semana en que se relajen las tensiones y todo se vuelva emocional. Ya no están en una relación en la que trataban de saciar la desesperada necesidad de aliento y consuelo del otro. A lo lejos, lo ve entrar por la puerta.

—¿Cómo estás? ¿Llevas mucho esperando? —pregunta él.

—No tanto.

Ambos se saludan con naturalidad, fingiendo no darse cuenta de que el otro está incómodo. Se acerca una camarera a ofrecerles el menú. La mujer pide. Primero llegan las bebidas y Taeju se la sirve en un vaso de vidrio. Ambos se mueven sin descanso, evitando dar lugar a un momento de incomodidad y torpeza.

Durante un rato hablan de la casa. En específico, de cómo dividirla. No se tropiezan con ningún desacuerdo sobre este asunto, que ya han convenido hace mucho tiempo. El problema es cuándo hacerlo. Bien saben que este no es un buen momento. Ambos se cuidan de no dejarse llevar por consideraciones exageradas, sospechas irracionales, egoísmos irrenunciables o un altruismo que siempre será insuficiente.

Al llegar la comida, cambian de tema.

—¿Qué va a pasar con tu trabajo en el centro?

—Aún no lo sé —responde ella.

Taeju revuelve su bebida con una pajita. Los hielos hacen ruido al chocar con la superficie del vaso.

—¿No dijiste que estabas hablándolo con el director Lee? Pensé que ya estarías de vuelta en tu puesto.

—Fue decisión del centro y a mí no hicieron más que avisarme. Les pedí información acerca del proceso que siguieron para tomar esa resolución. Pienso solicitar más explicaciones sobre lo que dijo la... mujer esa, Minyeong Cho.

Casi se le escapa un insulto. Siente cómo aumenta el sentimiento de traición que le produce esa persona. La mujer corta por la mitad un grueso sándwich con un cuchillo que luego frota nerviosamente contra el plato. Taeju la mira como indicando que tenga cuidado, pero ella no le hace caso.

—No lo tomes así. También para el director debe de ser un asunto complicado. Ponte un momento en su lugar. Además, no es el único centro de terapia. Trata de no molestarte ni obsesionarte con ello. No es bueno. No te hace bien.

—¿Qué me queda?

—Si no tienes nada, es momento de crear algo bueno en tu vida.

Ella contiene las ganas de preguntarle a qué se refiere, cómo se supone que debe hacerlo y durante cuánto tiempo. No está ahí para recibir una frase de consuelo que podría escuchar de cualquiera. Además, no le hace falta recordar que quien intenta reconfortarla con consejos triviales, como si fuera ajeno a todo esto, fue una vez su marido.

—Míralo de forma realista. Acepta y olvida. De esa manera podrás volver a empezar.

Ella se refrena de pedirle que, antes de nada, le diga qué ha aceptado, qué ha olvidado y qué ha podido comenzar de nuevo él. No puede tomarse sus palabras por lo que son. Quiere tergiversar, discutir, ridiculizar y contradecir lo que salga de su boca.

—Todos pasamos por momentos difíciles en la vida. Piensa que solo estás en esa fase. No será fácil, pero, cuando termine, te dejará algo. Lo mismo le decías a tus pacientes, ¿verdad?

¿Por qué hoy no se calla este hombre? Al final, su discurso acaba por colmarle la paciencia. Ella le cuestiona que haya decidido dejarla en un momento tan difícil. Si bien no lo expresa como tal, Taeju comprende de inmediato a lo que se refiere.

—No saques temas que no vienen al caso —la detiene él en voz baja.

—No me vengas con eso —replica ella subiendo el tono—. En el instante en que tú lo mencionaste, dejé de ser un tema aparte. Si hubieras pensado al menos un poco en mí, no habrías terminado lo nuestro justo en ese momento. Simplemente, a ti no te gustaba estar en esa situación. No soportabas ver a la gente comentando sobre mí o sobre ti. No debe de haber sido fácil tener que estar dando explicaciones sobre el estúpido error que cometió tu esposa, quien siempre se llenaba la boca hablando de moralidad y cortesía. ¿Quieres que siga?

—Todo eso es un tema aparte. No tiene nada que ver con este asunto y, además, tienes una idea equivocada.

—Ah, ¿eso crees? Entonces, explícamelo. No digas que te sentías fatigado y agobiado. Confiesa tus verdaderos motivos.

—Ya basta. No vine aquí para discutir contigo.

—Por Dios, ¿ni siquiera puedes ser sincero?

—¿Sobre qué?

—Dilo en voz alta aunque sea una vez. Al menos admite que lo que digo es cierto. ¿Por qué te da tanto miedo ser honesto conmigo? ¿A qué le temes después de todo lo que pasó?

—No entiendo qué esperas de mí, pero eso es agua pasada. Retomar esos temas no nos conduce a nada bueno.

La conversación se intensifica. Si Taeju retrocede, ella se acerca. De ese modo la distancia no se acorta ni se agranda. Al llegar al punto máximo del conflicto, ambos parecen revelar su lado más vil, que tanto el uno como el otro conocen muy bien. Ira intensa, críticas feroces, batallas incansables. ¿Esas cosas del pasado aún están en lo profundo de su interior? ¿Todavía queda su rastro, por poco que sea?

Ella no cede. No es porque solo la invada el resentimiento y la desaprobación. Claramente, lo que la embarga es más bien la súplica y el ruego.

—¿No crees que estaría bien que habláramos con el corazón en la mano al menos una vez? ¿No te parece gracioso que un lunes por la mañana, vestidos para una reunión de negocios, estemos comiendo un sándwich que ni siquiera nos gusta?

—¿Que no nos gusta? A mí sí —dice Taeju observándola sin expresión alguna y luego añade—: Es que tú nunca supiste lo que me gustaba.

Esa afirmación la deja en silencio. Una camarera se acerca y les llena con agua los vasos. Ambos se concentran en los alimentos en silencio total. Guardan sus palabras mientras comen una por una la lechuga, el salami y las aceitunas.

Taeju tiene razón al darle esos consejos, cuenta con motivos para ver las cosas de ese modo y solo ejerce su derecho a tomar decisiones sobre su propia vida. Al final, a ella no le es ajeno que se trata de sus asuntos.

Después de mucho tiempo, ella comienza a hablar de otra cosa.

—¿Cómo te ha ido? ¿Alguna novedad?

Recobra la calma y trata de seguir con la charla como si acabaran de encontrarse. Taeju responde gustoso. Ambos ven impotentes cómo fluye sin altibajos esa conversación en la que se preguntan por sus familias, que ya no tienen nada que ver con el otro, y hablan de sus respectivas vidas

cotidianas.

En sentido estricto, es posible que su relación con Taeju no tenga conexión alguna con lo sucedido. Quizás aquel incidente no haya hecho más que abrir una pequeña brecha entre los dos. Tal vez solo les sirvió de excusa para que explotara ese sinfín de problemas que fingieron que no existían, que menospreciaron e ignoraron.

—Ah, por cierto. He traído solo lo más importante —dice la mujer mostrándole una bolsa de papel cuando están por terminar de comer.

En ella hay un diario, un álbum, un diploma universitario y la carta de nombramiento de Taeju.

—No era necesario. De cualquier modo, te lo agradezco —responde él brevemente y luego mira su reloj. Parece tener la intención de marcharse primero.

—Más adelante ven a mi consulta. Me refiero a que me busques cuando las cosas se pongan difíciles —propone ella, casi sin querer. Taeju se pone de pie y le lanza una mirada extraña como diciendo que no la entiende—. No tienes que darme detalles, porque te conozco bien. Así puedes ahorrar tiempo y no te cobraré mucho —añade tratando de sonreír con naturalidad.

Sin embargo, es evidente que eso jamás sucederá. La vida de Taeju fluye hacia territorios desconocidos. Cuando él transite por momentos duros, será en un sitio que a ella le resultará ajeno. Cada instante que pase, sabrá un poco menos sobre él. Sus vidas se bifurcarán hasta perder todo contacto.

Él se levanta y se marcha. No le responde, no se despide. Solo sale del restaurante y la deja atrás, como si la castigara.

* * *

Para Juhyeon:

¿Cómo te encuentras? Últimamente, está haciendo mucho calor.

Ya te he contado, ¿no? He pasado mis días ocupada en atrapar a una gata enferma. Por fin sucedió hace poco. Casi se me va la vida en intentarlo, pero no lo logré. Sin embargo, una niña del vecindario la atrapó en un abrir y cerrar de ojos. Fue increíble. Aunque me dijo que solo la había empujado dentro de la jaula, no me imagino cómo lo hizo cuando yo había fracasado en todos mis intentos.

No sé si sabes que los gatos se vuelven muy feroces cuando están alterados. Ni siquiera te puedes acercar a ellos. Pero la niña dice que solo la metió en la jaula y listo. Mientras más lo pienso, más sorprendente lo encuentro. Tal vez esa gata solo quería vivir. Incluso he llegado a creer que entrar en esa jaula fue su manera de pedir ayuda.

Últimamente, he ido a diario a ver a la minina a la clínica en la que está. Casi no ha presentado mejoría alguna. El veterinario nos advirtió que no sería extraño que muriera en cualquier momento, aunque, por supuesto, no lo expresó de esa forma tan directa. Como sea, aún sigue ahí. A ratos no parece estar viva, sino luchando por no morir. Tal vez por eso se mantiene aquí y no ha muerto.

Ni siquiera yo sé qué me ha llevado a dedicar mi tiempo a esto. Tampoco sé si la rescaté ni si le estoy siendo de ayuda. Cuando leas esto, sin duda dirás que primero debería preocuparme por mí misma. Es probable que me asegures que ese animal es solo una excusa para evadir mis propios problemas.

Juhyeon, me puse en contacto con aquella persona, la madre de Jeong-gi Park. Le he enviado correos electrónicos y mensajes de texto, pero no me responde. No creo que lo haga. Quizás lo mejor habría sido hacer algo aquella vez que me llevaste a la residencia. Tal vez debería haberle revelado mi identidad, pedirle disculpas o dicho algo, cualquier cosa.

Pero ¿qué palabras habrían sido las adecuadas en ese momento? Además, no me sentía preparada. ¿De qué modo se supone que debía expresarme? Ya sabes, el asunto

Lo más impresionante de Sunmu son sus ojos.

Cuando los abre, el iris verdoso que rodea sus pupilas negras se vuelve clarísimo. Sus ojos convexos parecen dos canicas de vidrio y, a veces, semejan planetas brillantes. Se ve graciosa porque tiene una máscara hecha de pelaje amarillo alrededor de los ojos y una mancha al lado de la nariz que le da aspecto de enojada.

—Sunmu, ¿estás bien?

Hoy se encuentra en mejor estado. A diferencia de otros días en los que no hace más que estar acostada sin fuerzas, ahora se sienta erguida y la mira. Se lame las patas delanteras y con las traseras se rasca las orejas. Bosteza. Tiene la comisura de los labios seca. Parece que ha superado algo del dolor que la aquejaba.

La mujer pega el rostro al cristal del cubículo y cruza la mirada con Sunmu, que parpadea lentamente. Ese es un indicio indirecto pero seguro de buena voluntad. La mujer se arma de valor y mete el dedo índice por el orificio de ventilación. Sunmu, sin sorprenderse, se acerca, olfatea y pega su nariz. ¿Esta gatita lo sabrá? ¿Habrá entendido por qué la trajeron y lo que pretenden hacer?

A veces la mujer olvida que se trata de un simple animal. Más bien, no puede evitar pensar que, cuando la gente dice «animal» o «bestia», se refiere solo a una parte superficial y limitada de lo que significan esos términos. Su vínculo con Sunmu, el cual va más allá del idioma, le produce una extraña sensación de alivio. Es una emoción que no podía experimentar en un mundo lleno de ruido y de palabras.

Consideración y empatía, consuelo y generosidad.

¿Solo es posible conseguir esas cosas de este modo, en completo silencio?

Ella nunca le ha temido al lenguaje. Estaba convencida de que entendía perfectamente el mundo de las palabras. Pensaba que, interpretando, explicando, refutando, aceptando y confesando, podía expresar con precisión su ser interior. Estaba segura, además, de que de esa manera podía examinar el corazón de cualquiera.

Ahora cae en la cuenta de que ella misma no era más que un ser humano abarrotado de palabras que desperdiciaba sin la menor prudencia. Nunca se tomó el tiempo de pensar cómo nacían, cómo vivían y dónde iban a morir.

—Hola, qué bueno que haya venido. ¿Ha visto que Sunmu no se encuentra tan mal? Tiene sus buenos y sus malos momentos, pero en unos dos días más podremos tomar una decisión. En ocasiones hay algunos que se vuelven a poner muy mal tras aparentar una mejoría —dice el veterinario en voz alta al reconocerla.

Luego se despide con un movimiento de cabeza y se dirige a su consultorio.

Ella se queda un poco más en el hospital. Los nueve cubículos de internamiento están ocupados. Hay dos gatos y el resto son perros. Justo al lado de Sunmu hay un gato atigrado con un collar rojo que tiene un colgante del tamaño de una uña que dice «Shingo». Parece ser su nombre.

La mujer observa con detenimiento la condición en la que se encuentran los animales.

Un maltés en pañales no deja de ladrar y un pug tose y jadea sin parar. Un caniche dormita sin fuerzas apoyado sobre su carnaza. Si ella los saluda, los perros le responden agitando la cola. Algunos sacan la lengua y dan vueltas sin poder contener la emoción.

Le parece que ninguno de ellos está tan grave como Sunmu. Al menos, todos tienen dueños. Eso quiere decir que cuentan con un hogar al que volver al terminar el tratamiento. Al abandonar la sala, se da cuenta de que Sunmu está de nuevo tendida sin energía. No responde aunque la salude.

Llueve sin parar durante varios días.

El pronóstico de que sería la temporada de lluvias más seca de la historia también ha resultado incorrecto. Como burlándose de las predicciones que cambian en tiempo real, la lluvia cae y se detiene varias veces.

Al día siguiente va al centro comercial, que está lleno de gente escapando del calor. Se pasea por la tercera planta, donde se exponen los electrodomésticos y los muebles, y luego baja a la segunda, donde se encuentran los productos de uso diario y los cosméticos. Los artículos deportivos y para mascotas se ubican en el sótano.

Elige un conjunto de rodilleras y coderas azules, además de un juego de diademas moradas. A continuación se dirige al área de suministros para animales. Abundan los alimentos de varios tamaños, empaques coloridos, golosinas con diferentes ingredientes y sabores, así como productos que no sabe para qué sirven y lindos juguetes.

—Avíseme si necesita algo —le dice por formalidad un empleado que limpia los estantes.

Después de mirar las varas con plumas en un extremo, los muñecos en forma de pez, las pelotas que emiten sonido y los cojines suaves, pregunta:

—Disculpe. ¿Un animal sabrá cómo jugar con esto si se lo llevo?

—¿Tiene un perro o un gato? —le interroga el empleado mientras acomoda los productos de la estantería inferior.

—Un gato.

—¿Es la primera vez que le compra un juguete?

—Sí.

El empleado se levanta y se quita los guantes. Luego comienza a describir brevemente cómo funcionan los productos más populares. Entre sus explicaciones, solo una le es de utilidad: que los gatos tienen diferentes preferencias según su edad, personalidad y gusto. Como no sabe mucho sobre Sunmu, se pregunta si podrá descubrir sus predilecciones por medio de estos juguetes. Sin embargo, es posible que esa gata ni siquiera tenga tal oportunidad.

—Criar animales es como criar niños. Se requiere mucho trabajo y esfuerzo. Dijo que tenía un gato, ¿cierto?

Ella responde que sí y elige algunos juguetes más. Lleva una vara con plumas rojas, una pelota blanda que cascabelea y un muñeco en forma de pez. En total, no cuestan más de diez mil wones.

—Puede devolverlos si no les quita la etiqueta —le dice en voz baja el empleado y, cuando ella está por marcharse, añade—: También los puede cambiar.

* * *

La escuela está cerca del mercado.

Tras cruzar unos estrechos y complicados callejones, encuentra una tienda de alimentación y una papelería. También se ve un muro decorado con una pintura de flores y árboles. A partir de ahí, aparece un mundo diferente. Los ruidos y olores que rodeaban los puestos del mercado son sustituidos por algo completamente distinto.

«¡Ven al divertido Día de los Deportes! ¡Torneo de balón prisionero!».

Como dijo Sei, un gran cartel cuelga en la puerta principal de la escuela. Además, hay otras pancartas como «Nuestra escuela, fuente del saber y del amor», «Prohibido aparcar en esta área», «Zona escolar. Proteja a los niños», además de anuncios en rojo que dicen «Día de la Prevención de la Violencia Escolar», «Periodo de denuncia voluntaria de casos de violencia escolar».

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta el guardia que cuida la puerta.

La mujer responde, como otros, que está ahí para animar a alguien en el juego de balón prisionero y el guardia asiente como indicación de que puede pasar. Parece pensar que se trata de una madre. La mujer se sienta junto con otros padres de familia en un rincón de un polvoriento patio, bajo un gran árbol zelkova.

Son menos de diez adultos los que han ido a ver a los niños. Quizás se deba a que solo es un partido preliminar. No se siente emoción en ninguna parte. La gente llama a sus hijos sin alzar la voz, los saluda y les toma fotografías. Unos agitan tímidamente largos palos de luz y carteles hechos a mano. Algunos incluso encuentran a las tutoras de sus hijos y se acercan a saludarlas.

Ella, sin saber muy bien cómo proceder, no se mueve de su sitio. No se decide a entregarle las coderas, las rodilleras y las diademas a Sei, pues no sabe cómo reaccionará la niña si hace evidente que la conoce. Tampoco sabe si eso la afectará en el juego: Por eso decide esperar. No le queda más remedio.

El partido de hoy no se jugará sobre el patio polvoriento, sino sobre césped, donde a los niños nunca se les ha permitido practicar. Las líneas blancas de la cancha se ven con claridad sobre la hierba de color verde intenso. Se escucha un silbato. Los estudiantes que esperaban en las escaleras corren hacia el campo, mientras el resto se queda en las gradas lanzando gritos y aplaudiendo. Se eleva un ruido fresco y enérgico.

Los niños, unos con uniformes azules y otros con amarillos, se entremezclan desordenadamente y luego se separan. La mujer sigue con la mirada las camisetas amarillas con las palabras 4º B estampadas.

Aquí está Sei.

La niña se mueve de un lado a otro entre el ajetreo de la cancha. La mujer se acerca un poco, pero su amiga no se gira en su dirección. Ni siquiera les presta atención a las gradas donde están sus compañeros que han ido a apoyar. Sei se concentra en su entorno inmediato.

Comienza el partido.

Lamarlo de ese modo es un tanto exagerado, pues más bien le parece un trivial juego de pelota

para niños. No implica conocimiento especializado, habilidades que requieran mucho entrenamiento, ni cálculos elaborados. Solo se trata de huir de la pelota en tropel. Se agachan cuando el equipo contrario lanza el balón y, cuando su lado lo toma, se llenan de ímpetu. No hay lugar para la habilidad o el talento. La pelota se mueve de repente y por impulso, y su dirección depende de la casualidad.

La bola blanca golpea velozmente a los niños, que salen de la cancha. Los adultos que observan emiten un leve suspiro. Al salir, los niños se colocan detrás del área del equipo contrario y ayudan a la ofensiva del suyo. Los vítores se van intensificando a medida que quedan menos en la cancha. Quienes están sentados gritan los nombres de sus amigos, aplauden y claman.

Ella tiene la cabeza en otros asuntos.

La vida, la subsistencia, el trabajo, la terapia. Piensa en que debe trabajar. Lleva cerca de un año viviendo de la indemnización que recibió tras su despido, del subsidio por desempleo y de sus ahorros. ¿Un año es demasiado tiempo para pasarlo sin hacer nada? ¿O será un período de tiempo absurdamente corto? De cualquier manera, sabe que ha llegado al límite. No se trata solo de dinero. No se siente capaz de verse a sí misma como un ser anómalo, aislado del mundo durante más tiempo.

Ya no puede vivir así.

—¿Ha venido a animar? —le pregunta una señora que se le acerca—. ¿A qué grupo va su hija? La mía está en el E.

—En el B.

—Dicen que los del B juegan muy bien. No les han podido ganar ni siquiera en los entrenamientos. Yo creo que el grupo de mi Kyu-in también va a perder hoy, ¿no cree?

La mujer sonríe ligeramente a modo de respuesta.

Quedan unos cuatro o cinco niños en la cancha. El árbitro hace sonar el silbato y detiene el juego. Después de eso, los llama y les dice algo. Parece estar reprendiéndolos. Señala a Sei y a otra niña mientras habla. Las dos estudiantes inclinan la cabeza en diferentes direcciones y guardan silencio.

¿Esa niña será Sori? ¿Podría ser la chica que se aprovecha de su popularidad para molestar a Sei? Sin embargo, la realidad no puede ser tan simple. La verdad de Sei y la verdad de Sori van en direcciones opuestas.

Se reanuda el partido.

La pelota gira de nuevo y el bullicio se reaviva. Se hace más sólida la división entre mi lado y tu lado, nuestro lado y vuestro lado, y todos comienzan a concentrarse en ganar. Tanto los niños que juegan como los que animan se dejan el alma para no perder.

Al verlo desde lejos, se antoja inocente y un tanto desesperado. Quizás estas son las peculiaridades de todos los juegos: dividir, atacar y destruir a tu oponente para conseguir la victoria. Esto, posiblemente, es la esencia de los deportes. ¿Qué clase de emoción, qué clase de fervor hace que los niños experimenten de manera natural momentos tan salvajes y ciegos?

Sei pierde el equilibrio y por poco cae varias veces. Verla así colma de inquietud a la mujer. Sin embargo, la niña es ágil y no le cuesta trabajo esquivar el balón. Es una de las tres últimas supervivientes. Por fin logra atrapar la pelota. No queda más que una jugadora en el campo contrario. Sei sostiene el balón con ambas manos y se acerca con cuidado a la línea central. En su mirada se nota el nerviosismo.

Un solo golpe que podría darle fin a este partido. Es la oportunidad de ganar.

Sin embargo, en el instante más inesperado, deja escapar la pelota. Se le resbala de las manos, rebota en el suelo y rueda en un instante hacia el otro lado. La niña del bando opuesto la toma sin perder el tiempo y golpea en el hombro derecho a Sei, que vacila frente a la línea central.

* * *

Para Eunha Noh:

Hola. Espero que se encuentre bien.

Soy Haesu Im.

He contactado con usted varias veces por medio del abogado Kyeong-jin Choi. Le escribo porque tengo algo que decirle en persona. Entiendo que esté ocupada, pero me gustaría que me

concediera un poco de su tiempo.

Comprendo que no desee que me vuelva a poner en contacto con usted por este asunto. Mi intención no es tratar de escuchar su explicación. No pretendo discutir ni negociar. Tampoco quiero pedirle nada. Solo deseo que sepa mi lado de la historia.

Si bien mis comentarios en el programa fueron inapropiados, no los dije con malicia. Yo ni siquiera estaba al tanto de la controversia hasta que recibí el guion. Cuando lo tuve en mis manos, ni siquiera le di mucha importancia. En aquel entonces, yo

El miércoles por la tarde sale de casa.

En coche tardará una hora llegar. Decide utilizar el transporte público en lugar de conducir. Lo hace previendo el regreso. Al volver, no se encontrará en la misma situación que ahora. Más bien, se sentirá un tanto afectada y destrozada. Tendrá el corazón hecho jirones en el viaje de vuelta a casa. No puede siquiera imaginar lo agobiada que estará ni en qué condiciones se encontrará en esos momentos.

Camina hasta el metro y, después de salir, toma el autobús. No tiene prisa. Anda con calma, tomándose su tiempo.

Llega a una cafetería ubicada en un complejo residencial. Ese lugar, sin letrero ni iluminación en el exterior, parece ser una casa normal. Sin embargo, al pasar por la puerta, se ve un amplio patio y varias mesas de madera. Más que un patio, parece un jardín. Hay flores bien cuidadas y árboles frescos que atrapan la mirada.

Entra y elige un asiento junto a una ventana que da al exterior. El interior rebosante de grandes macetas con plantas huele a hierba, mientras que un árbol que crece en el centro de la cafetería y traspasa el techo a través de un gran agujero crea una atmósfera de imponencia y majestuosidad.

La persona a quien espera llega a la hora acordada. Se trata de Eunha Noh, esposa de Jeong-gi Park. Aparece cuando la mujer ya se ha terminado una taza de café.

—¿Usted es Haesu Im? —le pregunta.

Por los hombros rectos y la postura erguida, parece más alta de lo que es y no aparenta su edad. Eso puede deberse a la chaqueta de tono claro que lleva.

—Hola. Encantada de conocerla —saluda mientras se levanta por reflejo.

Eunha Noh deja su bolso en una silla, llama a un empleado y se sienta cara a cara frente a ella. A una distancia precisa para observar con detalle sus expresiones, ni demasiado lejos ni demasiado cerca. La mujer la mira. No da la sensación de estar adornada en exceso. Todo en ella es natural: la forma de sus cejas, el tono de su piel, incluso el color de su pintalabios. Al moverse, emana un ligero aroma cítrico.

Aunque están sentadas frente a frente, se esquivan la mirada. Llegan dos tazas de café. Como si así lo hubiera planeado, después de dar un sorbo, la mujer la mira a los ojos.

—Le agradezco que me haya dado un poco de su tiempo.

—Sí, comenté que tenía algo que decirme.

En el rostro de la señora no hay expresión alguna. Ninguna benevolencia ni hostilidad, tristeza o ira. Eso la confunde.

—Sé que he tardado demasiado en expresarlo, pero me gustaría pedirle disculpas. Quería que supiera que yo nunca pensé que mis palabras tendrían tal efecto.

La señora juguetea con el asa de su bebida. La cerámica hace ruido al golpear contra el posavasos. La mujer resiste el impulso de detener su discurso. No quiere omitir la explicación de su parte y solo pedir perdón. En ese caso, no habría organizado este encuentro, no le habría pedido que se tomara el tiempo de verla ni habría insistido en una reunión cara a cara.

Debe hablar.

Tiene que encontrar en su corazón lo que puede y lo que debe decir. Con paciencia, tiene que tirar de las palabras una por una, en orden. Se enfrenta a ese reto.

—Le hablaré con toda honestidad. En realidad, no sabía mucho sobre el señor Jeong-gi Park. Ese día, al recibir el guion justo antes del programa, vi su rostro, su edad y me enteré de que era actor. Ni siquiera tenía conocimiento de aquel asunto. De haberlo sabido, no habría repetido el libreto al pie de la letra.

La señora hace contacto visual con ella. ¿Habrá dicho algo que no debería? ¿Se le habrá escapado algo que no debía mencionar? No puede leer los sentimientos que albergan los ojos de la otra.

—¿Y ahora ya sabe algo más sobre Jeong-gi Park?

Todo lo que sabe es que era actor. La señora aguarda su respuesta. La mujer tartamudea los títulos de las telenovelas y las películas en las que ha aparecido: *Hombres valientes*, *Oda al otoño*, *La colina crepuscular*. Algunas tienen nombres sin significado, como *Murachi* y *Hongmi*.

—¿Qué le pareció?

—¿Qué dice?

—Dice que vio al actor Jeong-gi Park. ¿Lo considera bueno en su oficio? Quisiera saber qué piensa una terapeuta cuando ve esas cosas.

La conversación da un giro cuando la señora toma las riendas. ¿Acaso será una especie de prueba? ¿Quiere ver si puede superarla? La mujer está preparada y dispuesta a complacerla.

—Me preguntaba cómo se desempeñaría en un rol más importante. Me daba la impresión de que los personajes que interpretaba eran, en general, muy pequeños.

—Claro, yo opino lo mismo. ¿Por qué no le habrán dado un papel de mayor importancia? Esa gente... Es extraño, ¿no le parece? La verdad es que algunas veces tuvo buenas oportunidades. Ahora que lo pienso, siempre algo acababa saliendo mal. Pensábamos «Llegó el momento. Esta vez lo lograremos» y, mientras más esperanzas albergábamos, peor era el resultado.

La señora se concentra en un punto de la mesa.

—Me gustó mucho su papel en *Solo una canción* —dice de pronto.

Park solo salió en unas cuantas escenas. Sin embargo, a la mujer se le quedó grabada durante mucho tiempo su imagen en medio de un campo nevado. Llevaba una chaqueta ridículamente grande y temblaba sin parar mientras observaba la furgoneta alejarse. Los ojos de ese hombre reaparecen en su memoria.

—Es cierto, recuerdo esa película. Ese fue un buen papel. Él no estaba de acuerdo, pero era muy similar a ese personaje. Como le dije hace poco, hay personas a las que, sin explicación, en los momentos cruciales les sale todo mal. Se podría decir que su vida está contenida en ese personaje, lo cual le da un matiz muy desagradable a la película.

La conversación se detiene. Parece que se ha perdido el hilo. Se oye a un perro que ladra. A través de la ventana se puede ver a un cachorro blanco que camina por el jardín. La señora retoma la palabra.

—Él y yo estábamos en proceso de divorciarnos. En sentido estricto y legal, actualmente ya no tenemos relación alguna. Si mi exsuegra estuviera aquí, no diría lo mismo que yo.

—Lo siento.

—Supe que contactó con su madre varias veces. ¿No ha pensado que es demasiado tarde para hacer algo al respecto?

—Es verdad. Debí haberla buscado antes y pedirle disculpas —dice inclinando la cabeza.

—El abogado le notificó que íbamos a poner una demanda en su contra, ¿no? Yo fui quien afirmó que haría todo lo posible, ya fuera por difamación o por ultraje de un difunto. Sin embargo, su madre se opuso. Alegaba que su hijo no había muerto por lo que un grupo de extraños hubiera comentado sin saber, que él no era el tipo de persona que tomaría una decisión así por meras habladurías.

La mujer la mira. En ese momento pierde la rienda con la que guiaba sus palabras. La atrapa el silencio. Recobra la compostura y, de nuevo, pide perdón con cortesía.

—Le pido disculpas.

—¿Es lo único que sabe decir?

¿Le quedará algo más que comunicar? ¿Habría algo que deba añadir? Admite que se arrepiente de haber hablado sin miramientos de alguien a quien desconocía. Dice que siente una lástima enorme por la tragedia y las aflicciones que esas palabras desataron. Confiesa que se arrepiente con toda el alma.

—¿Dice que se arrepiente? ¿De qué modo?

—¿Me está preguntando si he reflexionado sobre la manera de compensarlo? —responde con una respuesta.

De pronto se le ocurren los conceptos de compensación y reparación del daño, la forma más clara de hacer tangible lo intangible, de ponerle punto final a un pleito. No es que no lo haya previsto. La mujer se sirve de indirectas y dobles sentidos para tratar de descifrar las intenciones de su interlocutora.

—Veo que no me ha entendido en absoluto —la señora marca un límite. Luego bebe un sorbo de café antes de continuar—: A veces pienso que la gente está obsesionada con la idea de pedir

disculpas y arrepentirse. Por todos lados no se habla más que de eso. «¿No te arrepientes? ¿Por qué no le pides disculpas? ¿En serio no lo sientes?». Eso acaba por volverse insoportable. Pero reflexionar sobre algo solo le sirve a uno mismo, porque nadie quiere cometer el mismo error dos veces. Ya estamos en edad de saber que la vida no dura tanto como pensábamos, ¿no cree? —dice sin pausa—. Él no era un buen esposo, pero era un buen actor y un buen hijo. En aquel entonces, se encontraba en un mal momento en muchos aspectos. No es necesario que le explique todo lo que sucedía, pero es verdad lo que dice su madre. No era de los que tomaban decisiones basadas en estúpidos comentarios hechos con descuido. Ese debe de ser el motivo por el que ella insiste que las disculpas que usted pueda darle son innecesarias.

La mujer se pregunta qué tipo de persona era Jeong-gi Park. Sintió que lo sabía tras leer artículos que afirmaban que había discutido con sus compañeros y dejado el set hecho un desastre, y en los cuales se revelaba la grabación de aquel día y se presentaban testigos y víctimas que lo conocían. Era ese tipo de persona, ese tipo de hombre. Uno de esos que ponen su vida en peligro, trastabillando como si estuvieran ebrios. Sin embargo, no era tan simple en los papeles que desempeñaba en películas y telenovelas. Y en la historia que cuenta la señora, esa persona llamada Jeong-gi Park se vuelve cada vez más desconocida. La vida de alguien a quien nunca conocerá por completo la ataca a una velocidad apabullante.

La mujer endereza la espalda.

—No me malinterprete. No intento aliviar su culpa. No digo que usted no tenga responsabilidad. Una sombra de desprecio cubre el rostro de la señora. Comienzan a emerger el odio y el resentimiento escondidos tras su expresión tranquila. Si bien esto podría ser solo idea de la mujer. El grupo de la mesa de enfrente estalla en risas. Gritan sus nombres y se hacen bromas.

—Me imagino que usted, Haesu, también ha sufrido por esto. Debe de sentir que fue injusto y querrá dar explicaciones. Al final, de lo que quiere hablarme es de su postura y de su situación. A mí eso no me parece producto de la reflexión. Creo que mantenerse en silencio sería mejor. ¿De qué sirve que hable ahora? Usted también debería tener que llevar, al menos, esa carga.

Esta vez lo comprende claramente. La señora no tiene la menor intención de escuchar lo que pretende comunicarle. No vino a verla con el afán de entenderla. Cualquier cosa que pueda decirle no es más que una excusa. Nada que pueda pronunciar vale más que el silencio mismo.

En ese momento resiste el impulso de sacar a relucir las palabras que tiene hundidas en lo más profundo de su corazón. Acepta que lo que no pudo o no fue capaz de comunicar se ha quedado como algo que solo ella podrá cargar, un peso que debe aguantar ella sola. No lo puede compartir con nadie. Lo mismo le sucedió a Jeong-gi Park; lo mismo le ha pasado a la persona sentada frente a ella. Debe mantener la boca cerrada sobre esas cosas de las que no puede hablar. Por fin se da cuenta con mucho dolor del significado de estas palabras.

—Sí, comprendo —responde.

Como si hubiera concluido lo que la llevó a ese lugar, su interlocutora se levanta, toma su bolso y sale de la cafetería. La mujer la observa hasta que abandona el jardín.

De repente, aparece un recuerdo en su mente.

«¿Qué dice? ¿Desprecio? ¿Cree que eso merece que se le dé tanta importancia? ¿Acaso no es algo que se ve a la vuelta de cada esquina? Se trata de algo muy común y corriente, ¿o no?», dice una voz llena de resentimiento y un rostro con una risa burlona.

Lo oyó en una película. Un diálogo dicho por Jung-gi Park en alguna escena que se convirtió, además, en su última filmación por culpa de ella. O por las palabras que dijo. No, tal vez por alguna razón que ella jamás podrá saber. O quizás desde el principio no hubo un motivo. Fuese cual fuese, nunca lo sabrá. Y por eso ya no puede decir nada más al respecto.

Para Eunha Noh:

Yo hice comentarios en un programa de televisión.

Dije que Jung-gi Park se había comportado de manera irresponsable al pelear con sus compañeros actores y destruir un set de filmación. También afirmé que, a consecuencia de que nunca se dio cuenta de que sus actos estaban mal, acabaron por surgir más testimonios y revelaciones de otros de sus compañeros que aseguraban que no tenía talento como actor, que no pagaba sus deudas y otras controversias sobre su personalidad. Insistí en que las acusaciones

formuladas en su contra debían de tener algún fundamento y que él debía asumir la responsabilidad, porque él mismo había llevado la situación hasta ese punto. Además, añadí que, estando en un estado psicológicamente inestable, sería complicado que la gente simpatizara con él.

Para ser honesta, no sabía mucho sobre aquel incidente. Me enteré esa mañana al revisar el guion en la sala de espera de los estudios. Sin embargo, repetí al pie de la letra lo que este decía y hablé sin pensar, como si conociera bien ese asunto. Lo que dije junto con los otros tertulianos

La mujer se queda en la cafetería más tiempo. En su cabeza se deshace de todas las cartas que le ha escrito a Eunha Noh. Decide abandonar la esperanza de transmitirle su perspectiva con claridad. Arroja todas las palabras hacia su interior, a un silencio profundo y oscuro donde nunca más las podrá encontrar.

Luego se pone de pie.

* * *

Vuelve a casa en autobús y en metro, ambos repletos de gente.

Cuando abre la puerta y entra al patio, su mente, que apenas lograba mantener el equilibrio, se derrumba. Se le van las energías y se libera de la tensión. Siente que el corazón se le ha convertido en un líquido y se le escapa gota a gota. La mujer se concentra en esa sensación de frío que pasa por su cuerpo.

Sin embargo, es un día caluroso.

Abre todas las ventanas de la casa y se sienta en el sofá un rato. Una estantería y un televisor. Papel pintado liso y una mesita. Pasea la mirada lentamente por toda la casa. Todo es lo mismo y, sin embargo, no puede evitar pensar que algo ha cambiado. No desaparece ese sentimiento de novedad.

El canto de las cigarras parece olas que se acercan y se alejan. Todo tiene un aire irreal. Tal vez esté representando un rol, cual actriz. En ese caso, ¿qué papel estaría desempeñando ahora? ¿Qué tipo de persona debería interpretar?

Sería una persona malvada que ha cometido un error irreparable. Sería una agresora imperdonable. No, tal vez sería la víctima de terribles acusaciones falsas. Una fracasada que ha sucumbido ante la adversidad. Una idiota que se perdió a sí misma en el calvario.

Enciende la radio a volumen bajo, va a la cocina y abre el frigorífico.

Saca los tomates y los champiñones podridos, las manzanas y las naranjas que se resecaron dentro del compartimento de verduras, también toma los táperes que no sabe qué contienen. Recoge los recipientes de salsa y botellas de condimentos que ya caducaron y se deshace de ellos, así como de los alimentos instantáneos que ni siquiera ha abierto. Poco a poco, comienza a vaciar el frigorífico que había estado atestado de comida en descomposición.

El congelador está en peor situación. Mientras se seca el sudor, va abriendo paquetes, revisa su contenido congelado y los pone en grandes bolsas de basura. Le sorprende que se hayan amontonado de esa forma tantas cosas cuya cantidad, procedencia o fecha de compra desconoce. Se esfuerza por concentrarse en esta sencilla acción, en el acto de buscar, encontrar, comprobar y descartar. Parece servirle de consuelo. O, más bien, es como una lección. Quizás no se trate más que de una autosugestión para dejar lo que debe dejar, tirar lo que debe tirar y volver a llenar el espacio vacío con cosas nuevas.

Suena el teléfono cuando está por terminar con la limpieza del frigorífico.

—Le llamo de la Clínica Veterinaria Bareun, ¿es usted la cuidadora de Sunmu?

Se trata de la jefa de enfermería, quien se acercaba sin miedo a perros grandes y gatos salvajes. Era muy hábil al ayudar al veterinario y se encargaba de organizar sus horarios con meticulosidad. Le informa de que Sunmu ha mejorado mucho. Le comenta que le han hecho los análisis básicos y que, de seguir a este ritmo, podrán operarla la próxima semana.

—Ah, de cualquier modo, pensaba ir a visitarla por la tarde.

—¿Podría venir ahora mismo? Después el veterinario estará ocupado con varias cirugías. Sería mejor que viniera enseguida para que pueda conversar con él —dice la enfermera casi a gritos, tratando de hacerse oír sobre los ladridos de los perros.

La mujer le responde que ahí estará, se prepara y sale de la casa.

La noche comienza a caer sobre la calle envuelta en el crepúsculo. La clínica está tranquila. Cami duerme en una silla junto a la ventana con la barriga medio expuesta. La mujer abre la puerta con cuidado para no despertarlo y entra. Saluda a la encargada de recepción y pasa directamente al primer piso. Ahí se encuentra Sunmu.

La sala de tratamiento, que está justo al lado de los cubículos de hospitalización, tiene la luz encendida. A través de los cristales transparentes se ve al veterinario recostado sobre su escritorio. Cuando la jefa de enfermería llama a la puerta, este se endereza de inmediato y le indica que entre.

—Qué rápido ha llegado. Tome asiento —dice mientras, con rostro fatigado, enciende el monitor y lo gira para que ella pueda verlo.

Aparece el historial de Sunmu. El veterinario abre mucho los ojos buscando espantar el sueño y luego comienza a hablarle detalladamente sobre la sangre, los glóbulos rojos, la inflamación aguda, la dirofilariosis, el parvovirus felino, la otitis externa, positivos y negativos, gérmenes y anticuerpos. De su boca fluyen términos desconocidos que ella escucha con atención.

En las gafas tiene unas hebras de pelo amarillo que parece de animal. Cada vez que el veterinario mueve la cabeza, uno de los pelos se eriza casi a punto de caer y se arquea.

—¿Tiene alguna duda?

—¿Se mejorará con la cirugía? ¿Puede curarla? —pregunta ella a modo de respuesta.

—Claro. Tengo que anestesiarla y examinarle bien la boca, pero lo más probable es que solo necesite sacarle unos cuantos dientes. Ya ha bajado el nivel de PCR y ha disminuido mucho la inflamación. Con cirugía y tratamiento regular, se pondrá bien. Me preocupa que esté tan pequeña, pero ha estado intentando ingerir alimentos desde ayer. Con voluntad, se recuperará pronto.

El veterinario revisa su calendario de escritorio lleno de cirugías y citas. Luego le dice que realizará la operación el martes siguiente. La mujer asiente.

—Ah, respecto a Cami, hay alguien que quiere adoptarlo. Es una persona que viene a menudo a la clínica y dijo que le parecía muy bonito y quería llevárselo. ¿Qué le parece? —pregunta antes de que ella se marche.

—¿Quiere a Cami?

—Tiene un *retriever* y es una persona de confianza. No piensa usted dejar a Cami en la calle de nuevo, ¿verdad? Tampoco podemos tenerlo aquí. ¿Acaso piensa llevárselo para cuidarlo?

—¿Podría discutirlo con Sei primero?

—Ah, ¿se refiere a la niña? Vino el sábado pasado a dejarle golosinas a Sunmu, pero la enfermera le dijo que no podía comerlas. Por favor, avísele de que puede venir a dárselas ahora que está mejor.

La mujer se despide y sale de la sala de tratamiento. Luego pasa a ver a Sunmu. En solo un día la gatita parece haber recuperado bastante energía. Al verla, Sunmu lanza un suave maullido. Le acerca su nariz e incluso frota la mejilla contra los dedos de la mujer cuando ella los mete en los agujeros de ventilación. Su delicada nariz rosada está húmeda.

La jefa de enfermeras, que está limpiando el cubículo vacío justo al lado del de Sunmu, le susurra:

—Puede tocarla. Ya no le tiene miedo a la gente.

—¿En serio?

Mientras la mujer vacila, la jefa se acerca, abre la puerta y, a modo de ejemplo, acaricia a Sunmu. La mujer también acerca la mano y la gatita no se resiste. Solo cierra los ojos y se estremece como si estuviera asustada. La mujer siente en su mano una sensación suave y cálida.

Piensa en todo el tiempo que tardó en lograr acariciarla de ese modo. ¿Por qué de pronto habrá permitido que la tocan? ¿No será este cambio tan repentino un augurio funesto? La verdad es que la inquieta de alguna manera.

Sin embargo, el sentimiento más fuerte y definitivo que la embarga en ese momento es algo parecido a la emoción. Su oscuro mundo interior se ilumina, por un instante, con agradecimiento, entusiasmo, alivio y alegría.

—¿Dieron de alta al gato que estaba aquí? —pregunta, acariciando a Sunmu con una mano al ver el cubículo vacío.

—Sí. Es que nos parecía imposible realizar la operación, así que ayer se fue a su casa —responde la jefa de enfermería mientras rocía desinfectante por todos los rincones del cubículo. El olor

acre del líquido se esparce.

La mujer no pregunta más. No tiene ganas de conocer los detalles específicos. Algunos podrían tener un efecto negativo en el futuro de Sunmu, de ella y quizá incluso de Sei. Aunque podría tratarse solo de preocupaciones exageradas e inquietudes sin fundamento.

—¿Sunmu podría ir a casa después de la cirugía? —pregunta al salir del área de internamiento.

—Tendría que preguntarle al veterinario, pero es probable que así sea. No se preocupe demasiado.

* * *

La canícula continúa.

El sofocante calor cede para dar paso a una repentina lluvia torrencial. Se ciernen las nubes negras, pero luego el día se vuelve claro como si se tratara de una broma. La mujer se siente por dentro más fresca y tranquila, sin importar lo que suceda con el clima exterior. Le da la impresión de que lo que entorpecía su paso y le causaba desasosiego se va alejando poco a poco. En lo más profundo de su pecho, las palabras pierden su ímpetu, forcejean y mueren lentamente. El sábado por la mañana va a la clínica veterinaria para conocer a quien quiere adoptar a Cami. Sei se acerca a la puerta al verla llegar y la saluda.

—¡Señora, hace rato le di Churu a Sunmu y se lo comió! Ya deja que la toquen. Ni siquiera sacude la cabeza, ¿lo sabía?

—Ah, ¿sí?

—Ahora que la toco me doy cuenta de que es muy pequeñita. De inmediato se le notan los huesos. Está muy delgada.

El rostro bronceado de Sei le da un aspecto saludable. La mujer mira a los ojos a la niña, que parece haber crecido un palmo en cuestión de días, y asiente. Sentadas en la sala de espera, ambas se despiden de Cami, quizás por última vez. Quienes quieren adoptarlo llegan a tiempo. Se trata de dos personas que parecen ser madre e hija. Al abrirse la puerta, primero aparece una niña con un trasportín de color menta colgada sobre el hombro, seguida por una mujer que lleva una gran bolsa de papel.

—¡Cami!

—Cami, ¿cómo has estado?

Lo llaman al mismo tiempo y Cami, que está al lado de Sei, va a su encuentro. El rostro de la niña delata la tristeza que la embarga.

—Los gatos, por naturaleza, no siguen a las personas, pero a este le gusta mucho la gente. Su comportamiento me parecía tan lindo que le pregunté al director, aunque no esperaba que aceptara. Se lo agradezco mucho. La verdad es que pensaba venir yo sola, pero mi hija insistió en acompañarme, por eso aquí está. Juntas vimos a este gatito varias veces cuando veníamos a la clínica. Saluda, Min.

—Hola, mucho gusto. Soy Min Kim.

Como imaginaba la mujer, se trata de madre e hija. La madre tiene una voz suave y habla con amabilidad. En el rostro de la niña tampoco se ve sombra alguna. Todo indica que son buena gente, tal como las describió el veterinario. Cuando menos, no dan la impresión de ser del tipo de los que les gritan a los gatos, les avientan basura o los amenazan sin motivo. Pero ¿con eso basta para confiar en ellas? Si no, ¿qué más pruebas necesita obtener? ¿Qué otros medios tiene para comprobarlo en ese momento?

—Oí que tiene un perro. ¿No tendrá problemas al compartir su espacio con un gato?

—No se preocupe por eso. Ya he tenido varios gatos bajo mi cuidado temporalmente. En aquel entonces también se llevaban bien. Nuestro Pooh es muy tierno y, como ya es mayor, se pasa la mayor parte del día dormido.

—¿Entonces viven tres personas en su casa?

—No, somos cuatro. Mi esposo, Min, mi suegra y yo. La casa rara vez está vacía, así que puede estar tranquila.

—¿Podría hacerle algunas preguntas más? Hay varias cosas que me inquietan.

—Claro, sin problema. Es natural que sea tan minuciosa.

Cami se sienta junto a Min, dejando claro que quiere formar parte de su familia. La mujer les hace algunas preguntas más siguiendo el consejo de la Mamá de Maru; por ejemplo, si todos en

la familia están de acuerdo en adoptarlo, cuánto sabe sobre los hábitos de los felinos y si tienen la capacidad de tratar a Cami si llega a enfermar. No deja de lado detalles más personales como la ocupación, la dirección, además de la forma y el ancho de la casa.

Al pensarlo, la verdad es que se trata de preguntas ridículas. Es un interrogatorio incómodo dirigido a una persona que nunca ha visto antes, como si se tratara de una encuesta. Por si fuera poco, ella no sabe lo suficiente sobre la vida y los hábitos de los gatos para cuestionarla así. En temas de animales, los miembros de esta familia podrían tener mucha más experiencia que ella.

—¿No quiere que redactemos un contrato? Podemos hacerlo, si eso la deja más tranquila — propone la señora, que responde sin atisbo alguno de disgusto a todas las preguntas.

La mujer le pide que, en vez de firmar cualquier cosa, le dé noticias de Cami a menudo y la señora acepta gustosa.

—Sei, ¿no quieres decirles nada?

Sei mira el trasportín color menta sin abrir la boca.

—Tranquila —susurra la mujer abrazando por los hombros a la niña—. Si tienes alguna petición, puedes hacerla.

Sei abre la boca, dispuesta a hablar, pero luego gira la cabeza. Así termina el proceso de adopción. Min abre el trasportín y, como si eso fuera lo que estaba esperando, Cami entra de inmediato.

—Cami, ¿te vas así, sin despedirte? Cuídate mucho y no te enfermes —se despide la mujer con voz alegre.

Sin embargo, ni ella ni Sei pueden ocultar su tristeza.

—Ah, cierto. Les trajimos golosinas para gatos. Me dijeron que la gatita que estaba con Cami sigue internada. Min y yo rezaremos para que se recupere pronto. También hay galletas dentro. Las compré en una panadería cerca de mi casa. Son deliciosas y no empalagan.

La señora le entrega una bolsa de papel amarilla. Sei la toma. Dentro encuentra Churu y latas de comida para gato, además de dos cajas de galletas. La mujer y su hija se despiden antes de marcharse. Esta vez, la madre lleva el trasportín y la niña la sigue detrás. Caminan hacia un paso de peatones.

La mujer y Sei están una al lado de la otra, observándolas.

—¿Vamos a ver a Sunmu?

Al volverse a mirar a Sei, esta sale corriendo como si no pudiera contenerse más. Sale tras ella a toda prisa, pero no la alcanza. La niña cruza a toda velocidad el paso peatonal mientras la luz verde parpadea a punto de cambiar. En un instante alcanza a las dos personas que acaban de cruzar. El semáforo se pone en rojo. La mujer no tiene más remedio que esperar mientras las mira.

Entre el vaivén incansable de coches, de vez en cuando logra atisbar a Sei. Las tres parecen estar conversando. No, al verlas bien, parece que quien está hablando es Sei. La niña le da algo a Min. Cuando el semáforo vuelve a cambiar, Sei cruza corriendo al igual que un momento antes.

—Sabes que debes tener mucho cuidado con los coches al cruzar la calle, ¿verdad? Cuando la luz esté parpadeando, es mejor que esperes.

Antes de que termine de hablar, Sei se echa a sus brazos. La niña jadea ruidosamente mientras el cuerpo le tiembla. ¿Estará llorando? De ser así, ¿debería consolarla con promesas que no se van a cumplir, como que esto no es un adiós definitivo, que puede preguntar por Cami cuando quiera e, incluso, ir a visitarlo? Sin embargo, cuando Sei levanta la cabeza, no ve en ella señales de llanto. Parece más decidida que nunca.

—¿Qué fuiste a decirles?

—Les he dado algo que escribí anoche.

—¿Una carta?

—No, no es eso. Solo hice una lista de tres cosas que deben cuidar.

—¿Tres cosas?

La niña se muerde los labios por un instante mientras vacila y luego responde: que le hagan un cuarto a Cami, que le den las buenas noches antes de ir a dormir, que una vez al mes le den todas las golosinas que desee. La mujer no pasa por alto que, más que las preferencias del gato, se trata de lo que Sei desearía para ella misma.

—Perfecto. Bien hecho. Muy bien hecho —le dice la mujer mientras le acaricia la cabeza.

Ambas van de vuelta a la clínica. Revisan cómo se encuentra Sunmu, que está a punto de entrar a

una cirugía, y escuchan la explicación del cirujano respecto a los métodos y procedimientos quirúrgicos que se le realizarán. Una vez terminado esto, no hay razón para que se queden más tiempo.

—Señora, si no tiene nada que hacer, venga a la escuela la semana próxima para ver el partido —la invita la niña al salir.

Se lo dice cuando la mujer le regala los artículos que compró en el supermercado. La niña la mira de vez en cuando mientras observa bien las coderas, las rodilleras y las diademas.

—¿Sigues compitiendo? Pensé que ya casi habían terminado.

—Ah, es que no podemos jugar cuando llueve o hace demasiado calor. Por eso se ha retrasado varias veces.

—¿Cuándo es el partido?

—El próximo viernes a las cuatro de la tarde son las semifinales.

—Viernes a las cuatro de la tarde. Ahí estaré. ¿Te gusta esto? Si no, vamos juntas a cambiarlo.

—¿Puedo hablarle con sinceridad?

La mujer asiente y la niña se guarda sus palabras. Luego frunce el ceño juguetonamente y responde:

—La verdad es que me encantan. Adoro este color morado. Están increíbles.

Cruzan la calle principal y entran en un callejón. La niña la mira con una expresión de indescriptible intimidad. ¿Cómo debería llamarle a esto? Amistad, conexión, camaradería pura. Esas emociones, que no se pueden definir en una palabra, ya han quedado grabadas en su corazón.

¿La habrá cambiado todo lo que vivió con Sei? ¿Cómo habrá afectado su vida ese verano en su compañía? ¿Cómo recordará Sei en el futuro lo ocurrido? ¿Qué habrán intercambiado ellas dos?

—Señora, ¿no ha ido al solar después de rescatar a Sunmu? —le pregunta la niña al llegar a un cruce de la callejuela.

A lo lejos, un perro ladra.

—No he ido. ¿Tú sí?

—Me comentó la Mamá de Maru que aparecieron tres gatitos. Dice que son unas crías preciosas.

—Ah, ¿sí?

—¿Vamos a verlos otro día? Les podemos dar la comida que nos dieron hoy.

—Claro. Me parece bien.

* * *

Sucedió de repente.

Como quien arroja un guijarro en un lago en calma, salió de pronto de la nada, sin que nadie lo notara. No, es absurdo decirlo de este modo. Nada sucede de súbito o de la nada. Si así fuera, ¿deberíamos comprender que lo que ocurrió se debe a una cadena de causalidades? Si todo fuera causa y efecto, ¿podríamos aceptar las cosas con más facilidad?

El viernes por la tarde la mujer toma asiento bajo un toldo junto con quienes parecen ser padres de familia.

Es un día caluroso. La carpa, que pretendía dar sombra, ya no cubre más los rayos del sol que penetran por un costado. Pero a la gente no le importa. Se mueven sin descanso, sudando a mares, en busca de un lugar desde donde puedan ver bien a sus hijos. Algunos lanzan gritos para animarlos o vocean un nombre. La mujer se mantiene al margen de ese estado de emoción y euforia.

Cuando terminan los partidos entre el grupo A y el G, los niños del grupo B y del F, que estaban en espera de su turno, bajan a la cancha. Sei está detrás del grupo. Al igual que los demás, lleva rodilleras, coderas e, incluso, una diadema.

—Muy bien, ¡a sus posiciones! —indica el maestro encargado del arbitraje para poner orden.

Los niños entran veloces en la cancha. Cada equipo se pone en círculo y une las palmas, gritan consignas y toman sus lugares. Son actos por medio de los cuales muestran su resolución y espíritu de equipo. Sus expresiones se vuelven muy serias.

El profesor hace sonar el silbato. La pelota se eleva y dos niñas de pie en la línea central de la cancha saltan hacia ella con todas sus fuerzas. La toma el grupo G. Comienza el ataque.

—¿Qué calor hace hoy! ¿Ha venido a ver el partido? ¿A qué grupo apoya? —la aborda una

señora a su lado que aparenta ser tres o cuatro años menor que ella.

Cuando la mujer responde que está ahí para apoyar al grupo B, la mirada de la señora muestra alegría. Luego da medio paso hacia ella y le dice en voz baja:

—En el grupo G había muchos niños altos. Se dice que están con miras a ganar el campeonato, así que el grupo B ha tenido mala suerte al enfrentarse a ellos. De haber sabido que así sería, las mamás nos habríamos reunido para tratar este tema con los maestros. Si no decimos nada, no hacen las cosas como se debe. Cómo me arrepiento de no haber alzado la voz.

Hoy Sei no se mueve nada mal. Esquiva la pelota con agilidad y ligereza. La mujer no despega los ojos de ella, pues espera que, cuando se crucen sus miradas, la niña sepa que ha venido a verla.

—Todos dicen que los niños solo tienen que divertirse, que no tienen que ganar. Sin embargo, los padres tienen la esperanza de verlos salir victoriosos, y una derrota los entristecería. Yo ya estoy preocupada por mi hija —continúa la señora, quien tampoco despega la vista de la cancha. La pelota se mueve veloz. Cada vez que cruza de un lado al otro, varios niños quedan expulsados.

—Hay ganadores y perdedores. Si alguien gana, otro debe perder. Los niños aprenden tanto de un resultado como del otro —responde la mujer.

Lo que dice es mentira. Ella desea que gane el grupo B. Si ganaran gracias al desempeño de Sei, esta podría recibir mejor trato de sus compañeros. De ese modo, el lugar insignificante y sin ningún atributo especial que ocupa la niña entre sus amigos mejoraría un poco. La mujer sabe bien que ese es el motivo por el que Sei se esfuerza en evitar a toda costa que la golpee la pelota.

—Oiga, ¿acaso no es usted la doctora que salió en la tele? ¿No es Haesu Im? —dice de pronto la señora alzando la voz—. Claro, es cierto. Con razón pensaba que la había visto en alguna parte. ¿Vive en este barrio? No sabía que tuviera hijos.

Un asalto repentino. Una pesadilla que la asedia cuando menos se lo espera. Por reflejo, se le erizan todos los nervios del cuerpo y la sangre caliente le recorre el cuerpo hasta las orejas. No obstante, ella no deja que ese miedo sobrecogedor la descoloque. Se esfuerza por enfrentarse a su yo del pasado que se revivifica. Por lo menos, ya no se obstina en insistir que no se trata de ella. Lo que debe hacer, de ser posible, es abrazar incluso a su yo del pasado con todas sus fuerzas. En fin, es todo lo que puede hacer.

—Así es. Hoy vine a apoyar a una niña del barrio que es mi amiga. No tengo hijos —responde con calma.

—Por Dios, ¡qué extraño es ver a una persona famosa por aquí! ¿Quién es su amiguita? ¿Es esa niña del grupo B que dice ser cercana a usted? Es del mismo grupo de mi hija Sori.

Se escucha un silbido. El maestro interrumpe el partido y da instrucciones a los niños. Todo indica que les está dando una advertencia. Ya solo quedan unos cuatro o cinco niños en cada lado.

—Se trata de una niña que se llama Sei Hwang. Es la de la diadema morada, ¿la ve? —explica mientras señala a Sei, que esquiva la pelota de un lado al otro.

—¿Sei Hwang? ¿Sei? Ah, Sei. Conque vino a apoyarla a ella —reacciona la mujer. Su voz muestra disgusto.

¿Qué le habrá contado Sori? ¿Acaso esta señora sabe que su hija y sus amigos acosan a Sei? La mujer se esfuerza porque las suposiciones y los malentendidos no se propaguen sin control en su cabeza. La buena y la mala, la bondad y la maldad. La mujer trata de evitar dividir, juzgar y poner una barrera inmensa entre las dos partes.

—Entonces, ¿hoy tiene el día libre? —la señora retoma la conversación con voz animada—. Me refiero a su trabajo en el centro de terapia. ¿Sigue dando consulta ahí? Siempre he querido ir. Cuando usted salía en televisión, daba soluciones muy útiles. Me gustaba de verdad. Lamento mucho que ya no lo haga.

¿Qué será lo que pretende esta señora? ¿Por qué ciertas preguntas golpean de manera tan grosera?

La mujer no revela sus emociones. Ahora es consciente de que no tiene por qué mostrarle su caótico mundo interior a nadie. Comprende con frialdad que a veces no es posible ni hablar ni callar a voluntad.

—No estaba preparada para salir por la televisión. De cualquier modo, le agradezco sus palabras. También me estoy tomando un descanso de la consulta por el momento. Aún no sé cuándo lo

retomaré.

De nuevo se escucha un silbido.

El partido se interrumpe. Se detiene el bullicio y el silencio lo inunda todo. Al parecer, hay un problema en la cancha del grupo B. Los niños están reunidos en círculo sin siquiera intentar recoger la pelota que está sobre el suelo. Sus gritos comienzan a hacerse cada vez más audibles hasta que, de pronto, incluso los niños del grupo G entran a la cancha contraria a ver qué sucede. Entre los gritos y las exclamaciones de los niños logra entender «oye», «cayó», «Sei», «has muerto», «Hwang», «cabeza dura», «inútil». ¿Qué le ha pasado a Sei? ¿La habrán vuelto a meter en apuros? Sin poder evitarlo, los padres van saliendo de la carpa uno por uno. El maestro hace sonar su silbato y les indica que mantengan la distancia.

Dos profesores más llegan corriendo. A medida que los niños se van apartando, se revela lo que ha sucedido. Hay dos niñas sobre el suelo de la cancha. Se trata de Sei y una más pequeña. De acuerdo con las instrucciones del maestro, ambas se ponen de pie y se sacuden el polvo de la ropa.

La conmoción parece terminar ahí. No, eso no sería posible. Sei, que tenía la cabeza baja, se abalanza sobre la niña como si ya no pudiera tolerarlo más, como si no pudiera perdonarla. Sei lanza la arena que tenía en el puño y arremete. Las dos niñas vuelven a caer al suelo entre una nube de polvo. Los maestros intentan separarlas en vano. Ellas se pelean rondando por el suelo y, entre el griterío, la mujer ve que Sei aprieta los dientes con fuerza.

Entre los padres, algunos dicen: «Ay, no, Dios mío. ¿Qué sucede?», «Deberíamos intervenir, ¿no? ¿Quiénes son?», «Son del mismo grupo, ¿verdad? Son del B, ¿no es cierto?».

La mujer se acerca un poco más protegiéndose del sol con ambas manos. Pero eso es todo. Se queda allí y mira. Observa. Lo que en ese momento capta su atención no es esa típica pelea entre niños, sino el resentimiento que ha estado atormentando a su amiga durante mucho tiempo, la soledad que la ha estado carcomiendo y la desesperación que, finalmente, la ha apresado.

Al fin entran en la cancha varias personas llamando a las niñas por su nombre. Algunas las siguen y otras se suman. Ella es la única que queda debajo de la carpa.

* * *

Para Juhyeon:

¿Cómo has estado? El clima se está volviendo más cálido.

Hace poco me encontré con ella, con Eunha Noh, la esposa de Jeong-gi Park. ¿Me creerías si te contara que nos sentamos frente a frente en una cafetería y conversamos como si estuviéramos tratando asuntos de gran importancia? Bueno, la verdad es que no fue una conversación. Tampoco es que eso fuera lo que esperaba. Recuerdo haber pensado que estaría bien si pudiera tratar aquel asunto con ella, pero sería mentira afirmar que no albergaba ninguna esperanza.

No sé si pensé que podría expresar todo lo que quería y debía decir. He de haber sido una ingenua y una estúpida. Tal vez creí que escucharía mi historia. Sin embargo, creo que entiendo un poco lo que me decías, entiendo por qué me insististe en que viera a su familia y por qué consideraste que eso me sería de ayuda. Ahora sí te entiendo un poco.

En realidad, no era esto lo que quería contarte.

Juhyeon, te voy a hablar de algo distinto.

Cuando pasó aquello, cuando pensaba que estaba metida en un lío terrible, cometí muchos errores y equivocaciones contigo. Si bien ya es tarde, quisiera disculparme. No pretendo justificar los motivos que me llevaron a hacerlo, pues se trató simplemente de un desacierto por mi parte. Me equivoqué. Por fin he comprendido lo que sentías en aquella época.

No supe apreciar los sentimientos que me profesaste, tu sinceridad. No sabía agradecerte... Tú nunca como amiga... Yo fui tan... Lo que queda sin decir...

Nunca supe apreciar todo lo que tenía. Tú nunca... Hasta ahora tú nunca me... A pesar de todo, me arrepiento de no haberte expresado mi más sincero...

Llueve todo el día.

Tiene los zapatos y la parte inferior de los pantalones completamente empapados cuando llega a la cafetería cercana a la clínica veterinaria. Va dejando a su paso charcos de agua.

—¡Bienvenida! —la saluda al entrar un empleado que está de pie frente a la máquina de café. No hay nadie en el pequeño interior de solo cuatro mesas. Está equivocada. Cuando se adentra, un hombre al fondo se levanta y la saluda. Es el padre de Sei. Un hombre que cría solo a una niña de diez años, a quien Sei siempre omitió o excluyó de su historia.

—Usted es la doctora Haesu Im, ¿verdad? Soy el padre de Sei, mucho gusto. Gracias por haberse tomado el tiempo de venir a pesar de lo ocupada que debe de estar.

El cuello de su camisa está enrollado hacia adentro y lleva unos pantalones caqui llenos de arrugas. Cuando se mueve, emana un olor a naftalina. La mujer deja con descuido su paraguas que gotea y se sienta. El hombre se dirige al mostrador y vuelve con dos tazas de café.

—Pensé que también vendría Sei.

—Ah, le dije que esperara en el veterinario. Quiero preguntarle algunas cosas sin que ella esté presente.

El aire acondicionado refresca el lugar, pero el hombre no deja de secarse la cara y la frente con una servilleta. Y luego aprieta con una mano el papel húmedo como si no supiera qué hacer con él. No es lo único que toca. También juguetea con la taza de café caliente y se queda en silencio. Parece que en la mano también aprieta las palabras.

—¿Cómo está Sei? ¿Está bien? —pregunta finalmente la mujer.

—¿Sei? No lo sé. Aunque le pregunte, no me responde con claridad. A veces parece estar bien y otras no tengo idea de qué es lo que piensa. ¿Será que soy torpe al tratar a mi niña o que no quiere hablar conmigo? Cuanto más crece, más difícil es. Ah, supe que estuvo con ella el día del partido.

—Sí, Sei me pidió que fuera. Estaba debajo de la carpa con los otros. ¿Ha hablado usted con los padres de la otra niña?

El rostro del hombre se ensombrece. La mujer nota que tiene manos gruesas y ásperas al verlo secarse la frente. El área en torno a sus uñas cortísimas está negra y se ven claras cicatrices rojas alrededor de las venas que sobresalen.

—No sé si lo sabe, pero la mamá de Sei y yo estamos separados. Estos días yo estoy muy ocupado con el trabajo y, aunque ya me puse en contacto con la madre de la otra niña, no parece cosa fácil tratar este tema. A mi hija también le hicieron daño, así que no comprendo por qué la tratan como si fuera culpable. Para ser honesto, no me atrevo siquiera a dirigirles la palabra. Para conversar, tendríamos que poder entendernos.

—¿La situación es muy grave?

—En la primera llamada, según la madre de Sei, dijeron locuras sobre una investigación policial y lo llamaron violencia escolar. Me aseguró que hablaban de mi hija como si se tratara de un monstruo. Dígame quién podría soportar eso. Como puede ver, Sei no es así. Si reaccionó de ese modo fue porque algo pasó. Ella jamás haría algo así sin un motivo.

El hombre hace una pausa como para controlar sus emociones en ebullición. La nuez de Adán le sube y baja silenciosamente en el cuello. La mujer espera con serenidad a que continúe con su diatriba.

—Todo indica que mi hija estaba sufriendo abuso. Nunca le había pasado algo así. No tengo ni idea de cuánto ha soportado. Varias veces al día en lo único que pienso es en acabar con todos ellos o con los maestros o con aquellos niños. Discúlpeme, mi intención no era quejarme de este modo.

El hombre cierra la boca como tratando de contener las palabras que se escapan. Sin embargo, tras un sorbo de café, repite la misma historia dejando ver que no puede tolerarlo más.

—Los padres de la niña se quejaron a la madre de Sei porque mi hija fue la que inició la agresión. Les importa mucho quién hizo qué primero, pero no le dan importancia al hecho de que mi hija fuera la marginada de la clase. Le juro que no lo entiendo. Me pregunto si la tratan de ese modo por no tener a su madre. La separación ya la había desanimado bastante y ahora no sé cómo le afectará este asunto. Le pido disculpas. Sin querer, vuelvo a lo mismo.

El hombre no deja de secarse con la servilleta arrugada que debe de ser muy semejante a su estado mental en este momento. Arruga, desdobra y vuelve a arrugar su mente. Sus ideas deben de haber quedado hechas un guiñapo, tanto que no puede descifrarlas con claridad. Su rostro parece desfigurado.

La mujer cambia de tema.

—¿Le ha hablado Sei sobre la gata?

—¿Qué? ¿Una gata? Ah, sí. Me dijo que había rescatado a una gatita lastimada.

—¿La vio? Está en el hospital.

—Todavía no la he visto. Lo haré más tarde. La realidad es que eso también me preocupa porque no es fácil criar animales. Nuestra casa es pequeña y no creo ser capaz de cuidar bien a mi hija y, encima, a una gata enferma.

La conversación se interrumpe un momento. La mujer toma un sorbo del café que ya se ha enfriado y se pregunta por qué este hombre le habrá pedido que se vieran. ¿Qué le habrá dicho Sei? ¿Qué debería decirle ella por el bien de la niña y, asimismo, qué debería no revelar por nada del mundo?

—Yo era terapeuta. ¿Se lo ha contado Sei?

—Sí, lo sé. Que es famosa. Que aparece en Internet. Me lo ha dicho.

—¿Ella se lo ha dicho?

—Sí.

Esa respuesta deja un tanto sorprendida a la mujer. ¿Qué sabe de ella esa niña? ¿Cuándo, dónde, cómo y de qué se habrá enterado? ¿Cuánta información que la mujer nunca podría comprobar había obtenido?

—Entonces hablaré con toda libertad —dice, haciendo a un lado los pensamientos que la asaltan

—. Una vez hice comentarios sobre un actor llamado Jung-gi Park en un programa de televisión. Afirmé que era grosero, irresponsable e irremediamente patético. Por los distintos chismes, por sus deudas y por las peleas con sus colegas, yo cuestioné su modo de vida y su celebridad. Él se suicidó unos meses después. Sin duda, lo habrá visto en las noticias. Así me convertí en una asesina. Ya no salvaba a la gente a través de las palabras, sino que la mataba con ellas.

Su voz es imperturbable y sosegada. La mantiene así gracias a los esfuerzos que ha hecho para dar un paso tras otro y distanciarse de sí misma. Se concentra en no dejarse llevar por la autocompasión y el autodesprecio nunca más. ¿Pero es posible tal cosa? ¿Podrá mantener la cabeza fría al hablar de sí como si se tratara de los asuntos de otra persona? ¿Cómo sería eso posible?

No es que no sienta nada en estos momentos. Aunque no lo aparenta, está sufriendo. Bien sabe que le es prácticamente imposible hablar de lo que sucedió aquel día sin experimentar vergüenza y desprecio.

—Por eso dejé de participar en programas de televisión. También me retiré del centro de terapia en el que llevaba mucho tiempo trabajando. He pasado una temporada sin hacer nada. Pensaba que podría vivir indefinidamente sin ver a nadie, sin mantener contacto con nadie. Entonces conocí a Sei. Fue la primavera pasada. En la callejuela frente a mi casa.

El hombre la escucha. En su mirada se revela que no tiene idea de hacia dónde se dirige con esa historia que comenzó de la nada. Su expresión pide que lo que diga al final desemboque en las palabras que quiere escuchar. La mujer sabe qué es lo que espera que diga. Sabe que busca palabras de alivio y consuelo. Palabras que desaparecen en un parpadeo, que se desvanecerán tan pronto como se vaya de aquí. Decir ese tipo de cosas es fácil, pero la mujer no quiere hacerlo. De nada le serviría ni a Sei ni a su padre.

—Sei es una buena niña. No tengo duda de eso. Sabe preocuparse por los gatos callejeros y es una buena amiga. Tiene un buen corazón y es una persona muy considerada.

Las gruesas cejas del hombre tiemblan. Tiene los ojos ligeramente caídos, el puente de la nariz bajo y ancho, y el surco nasolabial estrecho. Sus labios son delgados y largos. En su rostro se dibuja la familiar imagen de Sei.

—No obstante, en este caso, ella debe disculparse primero. No le queda otra alternativa. Dígale que debe hacerlo y muéstrole cómo proceder. Eso es lo que quisiera recomendarle.

El rostro del hombre, que había seguido con calma su discurso, se endurece. Se muestra desconcertado, como si de pronto se hubiera encontrado en un callejón sin salida. Abre la boca a punto de decir algo, pero no lo hace.

Parece querer preguntarle: «¿Imagina usted cuánto va a sufrir la niña si no la comprenden, si la acusan y la estigmatizan sin siquiera darle la oportunidad de defenderse?». Parece tener la intención de alegar que no es diferente a los padres de la otra niña, culparla, acusarla de estar del lado de los otros.

La mujer comprende perfectamente a este padre que quiere luchar contra esta injusticia. Por eso, no va a intentar consolarlo con palabras suaves y tranquilas. No puede tapar el problema y ver

cómo la niña vuelve a pasar por algo similar en un futuro lejano. Tiene que evitarlo como le sea posible.

—Esto se resolverá si Sei se disculpa. Lo demás podremos solucionarlo más adelante. Sei no va a salir dañada. Tampoco es un caso muy grave. Y ella aprenderá algo importante. Ayúdela a que aprenda esta lección para que no repita un error así.

El hombre se yergue como si fuera a decir algo.

—Es un problema simple —asevera la mujer—. Se debe abordar paso por paso. No hay necesidad de complicar la situación.

* * *

Pasan los días.

El verano, que ardía despiadado, comienza a refrescar. Incluso las noches tropicales que tanto duraron comienzan a suavizarse. El fresco viento nocturno se cuela por la ventana. ¿Por fin está cediendo el calor y comienza la temporada estival a preparar su retirada? Hasta ahora, los veranos habían pasado sin que la mujer los notara porque se resguardaba en sitios que la mantenían ajena a las inclemencias. Durante mucho tiempo, el calor no fue sino una imagen lejana. Y este año la mujer estuvo en el corazón del estío. Siente que lo ha pasado desnuda.

Por la noche se recuesta en el sofá y ve la televisión.

En esa fría luz azulada, personas y formas indefinidas aparecen y desaparecen sin parar una y otra vez. Se acurruca como un felino y la ve algo distraída. Tal vez, más que la pantalla del televisor, observa otro tiempo, otra dimensión.

Escenas que le vienen a la mente. Recuerdos que pensó que había olvidado. Momentos por los que pasó.

Se levanta de su asiento como para sacudirse esos pensamientos que se vuelven cada vez más nítidos. Después, apaga la televisión y va hacia su habitación. Se sienta un rato en su escritorio, donde redactaba cartas todas las tardes. Lleva tiempo sin hacerlo. Ha aprendido a pasar un día, una semana y un mes sin escribir nada. Se da cuenta de que ya no le queda ningún deseo de hacerlo.

Al día siguiente se despierta temprano por la mañana.

Este día le darán el alta a Sunmu. Hace una limpieza rápida y sale antes de que den las diez. Decide ir caminando. Está nublado. La luz del sol se asoma a través de nubes bajas. Poco a poco, su zancada se alarga y se acelera su paso.

Sei ya está esperando.

—Hola. ¿Cómo está? —la saluda una persona sentada junto a la niña.

Es una madre que ve a su hija una vez al mes. De ella emana un sutil perfume de rosas mezclado con el olor acre del alcohol.

—Usted es la madre de Sei, ¿cierto? Encantada de conocerla —la saluda, pero su mirada se desvía hacia las puntas de los dedos de la mujer.

Tiene las uñas largas y suaves, con cristales y efecto nacarado, con colores llamativos y lindos patrones que atraen su atención.

—Ah, el color es bastante intenso, ¿verdad? Tengo un salón de uñas. Cuando me llega un nuevo color, me lo pongo para hacerle promoción, pero esta vez quedó bastante exagerado. Es posible que por eso a las clientas tampoco les interese. Bueno, supongo que tendré que hacérmelas de nuevo —dice la mujer extendiendo todos los dedos como para mostrárselos mientras sonríe con timidez.

La mujer le devuelve la sonrisa y le habla a Sei con cariño.

—Sei, has llegado muy temprano. ¿Qué te ha pasado en el ojo? ¿Te has lastimado?

La niña, que tiene un parche en el ojo derecho, la mira de reojo y asiente. Parece algo deprimida y en mal estado físico. No, quizás solo actúe así frente a su madre, tal y como lo hacen las niñas de su edad.

—Debes responder en voz alta cuando te habla un adulto, no solo hagas gestos.

—Sí, me he hecho daño —responde la niña de mala gana sin siquiera dirigirle una mirada a su madre—, pero no es nada grave. Dicen que estaré bien en dos días.

Habla con brusquedad. La mujer no le pregunta qué hace ahí a estas horas, por qué no fue a la escuela o cómo terminó el alboroto. Más bien, saca otro tema de conversación. Habla de los

gatos en el solar del ginkgo. Le cuenta que ha visto un gatito precioso y pequeño muy similar a Sunmu.

—¿En serio? ¿Cuándo?

La expresión de la niña se ilumina. La mujer le cuenta que han hecho un nuevo comedero con madera resistente, además de casitas de plástico donde los gatos pueden resguardarse de la lluvia.

—Quiero ir después, mamá. Mamá, ¿puedo ir con la señora?

La niña obtiene el permiso de su madre con habilidad y le sonríe a la mujer.

En ese momento, el miedo que la apresaba desaparece. No nota indicios de que Sei o su madre se hayan tomado a mal sus intenciones, de que su bondad y buena voluntad fueran distorsionadas o contaminadas, ni de que la juzgaran despiadadamente.

Es a ella, la de aquí y ahora, a quien Sei ve. Lo mismo puede decir ella. La niña que tiene frente a sus ojos es fuerte, cariñosa y honesta. Nada de eso ha cambiado.

Las tres se sientan una al lado de la otra en el consultorio del veterinario para que les hablen sobre el estado de salud de Sunmu.

—La cirugía se retrasó un poco porque la inflamación no cedía —explica el veterinario con voz seca—. Primero le extrajimos todos los molares superiores e inferiores, pero conservamos los caninos. Le recetaré medicina para unas semanas, así que veamos cómo va progresando.

Así es la salida del Sunmu de la clínica. La enfermera revisa cada elemento de la factura médica y luego anuncia la cantidad total. Cuando la mujer le da su tarjeta de crédito, la enfermera le informa de que alguien ya ha pagado una parte, como si hubiera olvidado mencionarlo.

—¿Quién?

—Yo pagué un poco —susurra la madre de Sei acercándose—. Quería pagarlo todo, pero aporté lo que me fue posible. Le agradezco que haya cuidado de Sei y todo lo demás que ha hecho por nosotras.

—Al contrario, soy yo quien tiene que agradecerle que se ofrezca a cuidar a Sunmu.

—No fue cosa mía, fue Sei quien lo propuso. Me dijo a voz en cuello que, si le dejaba criarlo, lo cuidaría muy bien, así que seguro que lo hará. Eso espero. —Mientras la mujer busca las palabras para responder, la madre le pregunta con voz alegre—: Por cierto, ¿ya ha comido? ¿Le gustaría ir a almorzar con nosotras aquí cerca? Podemos volver por Sunmu más tarde.

La mujer no tiene motivos para rechazarla, así que dice que sí de buen talante.

—Señora, ¿sabe algo? El balón prisionero es un juego estúpido —murmura la niña de camino al restaurante.

Su madre está unos pasos atrás, ocupada hablando por teléfono. Se escucha que dice cosas como «color», «cuidado», «reserva», «cliente», «queja» y «servicio».

—¿Por qué lo dices? ¿Por haber perdido? ¿Estás triste por eso?

—No, no es eso. Se puede perder en un segundo por mucho que practiques. Así entrenes días y días y días enteros, pierdes en cuanto te golpea un balón. Los entrenamientos son solo eso: práctica. Un partido de verdad es diferente, por eso nadie sabe qué pasará en el momento decisivo. Entonces, ¿de qué sirven los entrenamientos? No ayudan en nada.

—¿De verdad piensas eso?

—¿Usted no lo ve de ese modo?

¿De verdad le estará preguntando sobre el balón prisionero? Quizás la cuestión que le ha planteado se relaciona, en realidad, con la vida. ¿Tiene curiosidad, o pretende darle una lección a través de preguntas filosóficas?

—Claro que no. No estoy de acuerdo. Los torneos vuelven a empezar y los perdedores siempre aprenden mucho más que los ganadores.

La mujer se pregunta si será verdad lo que dijo y si lo puede afirmar con determinación. Sin embargo, para su sorpresa, es ella quien encuentra consuelo en sus propias palabras.

* * *

Director Hanseong Lee:

¿Cómo está?

Soy Haesu Im.

He decidido aceptar la decisión del centro.

No es necesario que me muestre el acta de la última junta, como le solicité en otra ocasión. Tampoco pienso preguntarle más sobre Minyoung Cho. En cuanto a los registros de mis antiguos pacientes, quisiera que les consultara y los maneje como ellos indiquen. Además, puede deshacerse de las pertenencias que me hayan dejado en la oficina.

Por último, me gustaría darle las gracias. Sé que ha tenido muchas consideraciones conmigo desde que se inauguró el centro hasta la fecha. Al ser parte de ese lugar que ha crecido hasta su forma actual, he aprendido muchas cosas y he podido crecer con él. Soy consciente de que he sido muy afortunada por haber trabajado ahí. Siempre atesoraré los momentos buenos y felices de los que pude disfrutar mientras trabajaba con ustedes.

Espero que siempre goce de buena salud.

Gracias por todo.

Unos días más tarde le hace una visita al abogado.

Él la saluda con la fatiga y el agotamiento reflejados en su rostro. Al igual que en su primera asesoría, se reúne con él en una sala de conferencias con muy poco mobiliario. Fuera, se oye sin descanso el timbre de un teléfono, además del constante ir y venir de pasos y voces.

La mujer le explica a lo que ha ido y, después de un rato, el abogado le responde:

—Bueno, la decisión depende de usted, pero en mi opinión no es la más razonable. Tapar las cosas de este modo no es la solución. Si bien no podemos anticipar los problemas que surgirán después, se trata de dejar una chispa encendida.

Esas palabras ya las había escuchado bastantes veces. El abogado hace girar con rapidez un grueso y pesado bolígrafo sobre el pulgar.

«¿A qué problemas se refiere? ¿Podría haberlos?», habría preguntado ella en el pasado. El abogado le habría dicho con voz fría las pérdidas del pasado, del presente y del futuro. Entonces ella habría cerrado los ojos. Y así, sin poder ver nada, habría intentado retroceder de alguna manera usando como bastón los consejos del abogado.

—En estos casos, lo mejor es tomar alguna acción. Por ejemplo, podría acusar de difamación solo a algunos de los que publican comentarios maliciosos en Internet. Ya que ha pasado algo de tiempo desde aquel asunto, no creará un alboroto tan grande.

Alguien llama a la puerta y se asoma para susurrar algo. El abogado asiente en señal de que comprende y con la mano le indica que no.

—No —responde ella—. No pretendo tomar medida alguna. No es necesario.

Él golpea el escritorio con el bolígrafo y la mira a los ojos. Parece querer preguntarle si se va a echar para atrás, si va a dejar abierta la posibilidad de que surjan cuestiones que más tarde no será capaz de controlar, si está mentalizada para hacer frente a todo lo que suceda después. La mira con una expresión que demuestra que no entiende cómo ha podido tomar una resolución tan estúpida.

—Muy bien. Si es su decisión, no insistiré. Permítame decirle solo una cosa. Doctora, no confíe demasiado en la gente. Solo existe la buena voluntad cuando las cosas van bien, pero es lo primero que desaparece ante las adversidades. Sin excepciones. Siempre debe ponerse en lo peor. Lo que dice el abogado ha de ser cierto. Debe de ser lo que ha aprendido por experiencia propia después de años entrando y saliendo de juzgados. Es un negociador que maneja la balanza de la culpa y el castigo, un veterano que llena el vacío entre la lógica y el salto, un aventurero que busca solo las grietas y puntos débiles, un combatiente curtido por la batalla.

Sin embargo, ella no ha vivido como abogado. Por lo tanto, no puede pensar como uno. Ella era terapeuta. Ha comprobado que muchas personas albergan un corazón herido y vulnerable. Tal encuentro no se puede lograr sin buena voluntad y compasión.

Tal vez esta convicción sea lo único que le quede. Lo que ha permanecido en ella, lo que no ha perdido. ¿Podría decir que es algo que ha luchado por defender? ¿Podría verse de ese modo?

—Eso haré. Gracias —responde antes de marcharse.

Esa tarde ella y Sei van al solar del ginkgo. Hace sol. Cúmulos de nubes flotan en el cielo claro. Es pleno verano, pero, si se observa con detenimiento, puede verse que la estación comienza a retroceder lentamente.

—¿Lo pasaste bien en casa de tu madre?

—Sí, me quedé dos noches con ella. Comimos pizza y pollo frito. Además, también hay un cuarto para Sunmu ahí. Es un poco pequeño, pero lo decoré bien. ¡También hay una habitación

para mí! Es mucho más grande que la de ahora. ¿Quiere verla?

La niña le muestra fotos con el móvil.

A Sei le tiemblan los ojos por reflejo mientras elige las imágenes. Ya no lleva el parche, pero le ha quedado una marca roja en el globo ocular. La delgada cicatriz de su párpado tardará aún más en sanar. No le pregunta cuándo volverá a casa de su madre ni cómo terminó el asunto en su escuela.

Pues, aunque entre adultos se ofrecieron disculpas, se pagó una compensación y se decidió que Sei cambiaría de colegio, el problema no está resuelto del todo. No se sabe cuándo despertarán los monstruos que se mantienen dormidos dentro de la niña. Así que este momento podría ser un estado de tregua.

Todavía debe luchar contra sí misma. Y, cuando termine, sabrá qué perdió, qué ganó y qué defendió dentro de sí.

—¿Tienes los ojos bien? Mira aquí, ¿cuántos ves?

La mujer mueve dos dedos a toda velocidad. Es un humor caduco, un chiste pasado de moda. Es un juego infantil al que los adultos solían jugar con ella cuando era niña.

—Dos dedos. Veo muy bien —responde la niña frunciendo el ceño con picardía.

No hay nadie en el solar. Solo está el comedero de madera y tres o cuatro cajas de plástico. Cuando ellas se acercan, una bandada de palomas sale volando, levantando un polvo amarillo.

—¡Guau, tenía razón! Todo esto es maravilloso. Parecen muy bien hechas. Las trajo la Mamá de Maru, ¿verdad?

La niña está en lo correcto. En la esquina del comedero hay un mensaje con un nombre, un número de teléfono y un aviso de que se tomarán medidas en caso de que lo desechen sin previo aviso. El número escrito es el de la Mamá de Maru.

Sei mira la comida, el agua y las cajas de plástico cuidadosamente colocadas, y luego comienza a buscar a los gatos. Mira en los alrededores, entre la maleza y detrás del árbol de ginkgo.

—¡Señora! —la llama después de mucho tiempo.

Al acercarse, la niña alza la cabeza y señala detrás, donde hay otro árbol que no se veía porque está justo detrás del primero, pero que es mucho más alto y frondoso que el de enfrente.

—¿Sabía que había dos?

—Ya veo. Parecía que solo había uno, ¿verdad? —responde mirándolos, sorprendida porque la exuberancia que tanto llamaba su atención se debe, en realidad, al árbol de atrás.

La emociona poder experimentar este tipo de historias que parecen pertenecer a los libros más que al mundo real.

No, lo que piensa es que, si todo se apoya en algo más, ¿en qué se apoya ella misma? Y, por el contrario, ¿qué se apoya en ella? Y esta pregunta le trae varios nombres y momentos a la mente.

Después de un rato, dos gatos emergen con cautela de entre los arbustos. Uno es un gatito blanco y otro es idéntico a Sunmu. La niña pone un poco de comida enlatada sobre un pedrusco. Los animalitos se acercan uno tras otro, devoran la comida hasta el final y luego deambulan alrededor de ellas.

Ambas se quedan un rato más observándolos cazar pájaros, tomar el sol mientras se lamen las patas delanteras e intentar tomar una siesta en las cajas de plástico.

Esa tarde sosegada, las horas pasan tranquilas, como si se hubieran detenido.

Sin embargo, incluso en momentos así, el reloj sigue andando. Cuando pase la última oleada de calor, soplará el viento fresco y llegará el invierno. El tiempo corre sin parar y eso no se puede detener. Lo mismo pasará con ella. Como todos los seres vivos, ella también debe pasar por esta época para llegar a la siguiente y a la que viene después.

¿Finalmente su tiempo, que se había mantenido estático durante una larga temporada, ha vuelto a estirarse y respirar? ¿Por fin habrá comenzado a moverse? Se sorprende de pensar de esa manera.

—Sei, sabías que yo era una terapeuta famosa, ¿verdad? ¿Sabías que escribía artículos periodísticos y salía en la televisión? —pregunta mientras salen del solar.

—Sí —responde secamente la niña, que se había quedado un poco rezagada por despedirse de los gatos.

Sin disminuir su paso ni girarse para verla, la mujer sigue hablando.

Le cuenta cómo comenzó y terminó aquel incidente, le confiesa lo que tuvo que pasar y la temporada que atravesó. Le habla de todos esos momentos sobre los que quizás la niña ya estaba enterada, pero que, a fin de cuentas, nunca llegará a saber del todo. Le relata la larga y oscura

noche que por el momento desconoce, pero a la que tendrá que enfrentarse algún día.
—¿Qué? ¿Qué ha dicho? No la he oído bien —pregunta Sei, que corre levantando el polvo.
—Te estaba dando las gracias. Me alegra haberte conocido —se limita a responder.

* * *

Sei quedó en visitarla el sábado.

El clima, que daba indicios de que acabaría en tormenta, comienza a despejarse al acercarse el mediodía. La mujer abre todas las ventanas de la casa y enciende la radio a volumen bajo. Después saca dos mesas plegables de la bodega. Son tan grandes y pesadas que debe levantarlas y moverlas con ambas manos. Les quita el polvo y les pasa un trapo. Luego entra en el cuarto donde las pondrá para hacer espacio para colocarlas.

Comienza a arreglar el desorden que tiene sobre el escritorio. Trae una bolsa de plástico grande donde pone las cosas que ya no necesita: clips y pinzas de colores; libretas y calendarios arrugados; impresos publicitarios y documentos; facturas y declaraciones de impuestos vencidas; tarjetas de presentación y postales que ni siquiera recuerda cuándo, dónde o quién se las dio; bolígrafos que no sirven y notas viejas; incluso libros que no ha abierto en mucho tiempo.

Después de eso, recoge una pila de cartas que está a un lado de su escritorio. Son las que escribía a diario, que nunca terminó y que nunca envió. Son las palabras que buscaba y elegía con desesperación. Todo eso lo mete sin pensarlo dos veces en la bolsa de plástico. El escritorio queda limpio. También organiza los cajones y las estanterías. Se deshace de todo eso que pensó que seguro que usaría, que algún día necesitaría, que por nada del mundo podría desechar. Además, lo hace sin darle demasiadas vueltas.

Poco a poco empiezan a aparecer espacios vacíos. El sudor le escurre por la espalda. De vez en cuando, el denso sonido de las cigarras entra por la ventana. Después de la limpieza, esa habitación, que daba la impresión de ser estrecha y sofocante, parece mucho más amplia. Abre y coloca dos mesas plegables una al lado de la otra en el centro de la estancia y las nivela. Después trae una silla con respaldo y ajusta la altura.

Se sienta en ella un momento para tomarse un respiro.

Luego examina con cuidado lo que la niña ahí sentada verá, escuchará y sentirá. Como si no fuera a permitir que se cerrara de nuevo ese corazón que con tanta dificultad se ha abierto. Pasea la mirada lentamente por esa habitación que le es familiar y a la vez desconocida.

Sei llega antes de las dos de la tarde, justo cuando la mujer sale a dejar varias bolsas de basura en el patio.

—Mi madre me dijo que le diera esto.

Al abrir la puerta, la niña, vestida con ropa de color claro, le ofrece una bolsa de inmediato. Dentro hay un pastel, además de una caja de bombones artesanales. Sei coloca ordenadamente sus zapatos en la puerta principal antes de entrar. Luego, en vez de recostarse en el sofá con las piernas levantadas, se sienta con la espalda recta. Pareciera que sigue las instrucciones que su madre le ha dado en secreto.

—Sei, ¿ya has almorzado? ¿Comemos esto juntas? —le dice sacando una caja de la bolsa.

—He comido con mi madre. Eso es para usted, doctora.

—¿Doctora? Sei, ¿por qué me llamas así? —pregunta la mujer sorprendida.

—No sé, porque así es como la llama mi madre —responde Sei con una sonrisa tímida.

La mujer le recuerda con dulzura que no es necesario que la trate con tanta formalidad. Habla con sinceridad. No es la primera vez que se ven, así que no es necesario que usen títulos mientras se conocen mejor, como sucede con otros muchos pacientes a los que ella ha tratado.

Sin embargo, esto no quiere decir que la entienda a la perfección. Hay partes de ella que desconoce. Quedan aspectos inesperados e incomprensibles. Eso se debe a que tiene tanta vitalidad como el sol que sale y se oculta, como las estaciones que cambian. Mientras la niña viva, nunca podrá estar al tanto de cada detalle ni saberlo todo.

Tras pasar un rato en la sala de estar abierta, la conduce a la estancia.

La niña la sigue con cierto nerviosismo. La mujer saca la silla y le da tiempo de sentarse. Sei no tarda en encontrar una posición cómoda. La mujer revisa poco a poco la habitación, verificando la iluminación y la temperatura. Luego va a la cocina por dos vasos de zumo de naranja fresco. Después de dejarlos sobre la mesa, coloca un paquete de pañuelos y también unos tres o cuatro

bombones.

No logra convencerse de sentarse en su lugar, y así se da cuenta de que está evitando ese momento. ¿Será que el sentido de esta tarea que tantos años ha repetido incansablemente ha cambiado? ¿Habrá perdido la seguridad y orgullo que tenía en su profesión?

La niña, dándole sorbos al zumo de naranja, la observa. Sus ojos, donde se mezclan la preocupación y la curiosidad, la siguen con atención.

—Espérame un segundo. Olvidé limpiar la mesa.

La niña responde enseguida mientras ella intenta escapar de nuevo de la habitación.

—Está bien. ¡Yo lo hago! —dice y de inmediato se sirve de una manga de su ropa para dejarla reluciente.

Luego se vuelve a mirarla con una sonrisa llena de picardía. Al final la mujer cede, se acomoda y se sienta frente a ella. Al igual que cuando empezó su trabajo hace ya mucho tiempo, siente algo de miedo y vacilación, expectativas y dudas.

La estación anterior no hizo sino escribir cartas en esta habitación, en ese lugar en ruinas y aislado del mundo exterior. Pensaba que, por medio de ciertas palabras o del lenguaje, se enfrentaba a él. De esa actitud no sacó aprendizaje alguno. No ganó ni perdió. Como si el tiempo pasara ajeno a los vótores y los abucheos, esa temporada pasó sin más.

Por lo menos, podrá contarle a Sei esa historia. Sin embargo, solo lo hará cuando la niña lo quiera o se lo pida. Hasta entonces, la mujer esperará y la escuchará con toda su atención.

La mujer endereza los hombros y la espalda antes de mirar a Sei a los ojos.

—Bien. Entonces, puedes hablar de lo que quieras sin preocuparte. Si tienes algo que decir, hazlo con toda confianza, ¿entendido?

La invita a que no se ponga nerviosa, pero es evidente que a quien carcomen los nervios es a ella misma. La niña esboza una pequeña sonrisa. No obstante, al mismo tiempo su expresión se vuelve seria. Parece haber elegido lo que comenzará a contar. ¿Habrá encontrado un secreto que revelarle?

—¿Lista?

—Ya estaba lista desde hace rato.

La mujer acaricia suavemente la superficie de la mesa con ambas manos y mira a la niña a los ojos. Piensa que esta mesa tan insignificante, que ni siquiera recuerda cuándo, dónde o por qué compró, es suficiente para que les sirva de base. Piensa que este es el momento ideal para reconstruir cosas como una torre de ramas y guijarros, aunque pueda derrumbarse con solo tocarla.

Sei abre la boca.

¹ Nota de las T.: Raza de perro originaria de Corea. Específicamente, de la isla Jindo, de donde toma el nombre.

² N. de las T.: Se refiere a la canción *Crazy*, de Son Dam Bi.

³ N. de las T.: Guiso de pasteles de arroz en salsa picante.

Las afueras

estar en las afueras también es estar dentro

—Pablo García Casado

En Las afueras entendemos la literatura como un espacio y la lectura como la indagación de sus límites. Porque en muchos aspectos, leer es como caminar. Por eso, frente a la fugacidad en la que vivimos instalados y que se ha extendido a todos los ámbitos de la existencia, reivindicamos las horas suspendidas de la lectura, similares a las de quien vaga sin rumbo ni objeto. Os invitamos a emprender este camino juntos.

A todos vosotros: bienvenidos a Las afueras.